

PUCK

TENE RAZON

... Betty Warner



PUCK, TIENE RAZON

Por

LISBETH WERNER

Titulo original danés: DU HAR RET - TRAEK EN SEDDEL

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierla: Gonzalez Vicente

Ilustraciones R. Cortiella

11ª EDICIÓN

Depósito Legal: B.32.81 7-1989

ISBN: 84-310-2181-0



□ ¿Un concurso hípico? —los ojos de Annelise se dilataron por la sorpresa. Sonreía entusiasmada—. ¡Es una idea fabulosa!

— No es que sea nada nuevo — dijo Puck—. Hemos hecho concursos hípicos antes; pero sería divertido si esta vez pudiéramos reunir mucha gente. Como ahora es primavera y el sol brilla con más fuerza, sería un modo estupendo de pasar un domingo.

— Necesitamos un montón de premios — dijo ansiosa Annelise —. Tengo que encontrar a papá. ¿Qué crees tú que podríamos hacer? Saltos de obstáculos, naturalmente. Pero... ¿Podríamos organizar algo más? Es una lástima que ninguna de nosotras sea lo bastante buena como para hacer equitación de alta escuela.

— He estado pensando — dijo Puck — si no podríamos hacer una carrera a campo a través. Si empezáramos con una marcha de orientación, con mapa y brújula, seguramente participarían muchas más personas, ya que para esto no se necesita saber montar muy bien. Pero una carrera así no es muy divertida para los espectadores, y lo más importante es que venga a verla mucha gente.

Pero ¿crees de verdad que puede asistir mucha gente?
□preguntó Annelise.

□Chica, eso suena fantástico. Y ¿para quién será todo ese montón de dinero?

— Bueno, no es muy seguro que vayamos a recaudar tanto dinero; aunque espero que sí. He pensado que los beneficios podrían ser para la «Ayuda a los Refugiados Húngaros».

— Eso suena aún más fantástico. Si hacemos el concurso hípico con un fin tan bueno, seguro que vamos a reunir una gran suma — exclamó Annelise.

— Más vale que frenes un poco la imaginación — dijo Puck, sonriendo. En este sentido, no había quien frenara a su amiga. Dándole cualquier tema, su imaginación se ponía en marcha y, un momento después, había hecho de una pulga un elefante.

— Pero nadie puede dejar de asistir a un concurso hípico si, además, es para un fin benéfico — dijo Annelise con vehemencia.

— No, claro. De verdad, espero que no — contestó Puck —. Pero más vale empezar por el principio. Primero habrá que ver si podemos organizar el concurso. No sabemos de cuántos caballos disponemos, ni cuántos jinetes se van a presentar..., ni si nos darán permiso para hacerlo. Pero me gustaría dejar de usar por una vez los campos de La Granja y encontrar un sitio cerca de Oesterby. Así podríamos empezar con una vistosa cabalgata por la ciudad y de esta manera atraer a los espectadores con nosotros hasta el sitio indicado.

— Esto suena magnífico. ¿Cuántas carreras crees que podremos

organizar?

— Un par con saltos de obstáculos, me imagino, y también podríamos hacer una «gymkhana».

— ¿«Gym...» qué? —preguntó extrañada Annelise.

Puck se reía:

— Así que no sabes qué es eso, ¿eh? Bien; te explicaré qué es una «gymkhana». Mira, es una especie de concurso pon toda clase de ideas divertidas. Se puede, por ejemplo, obligar a los participantes a cruzar la plaza montados a caballo, después desmontar, quitarle la silla al caballo, montar otra vez sin silla y volver. O podría convenirse que primero cruzaran la plaza en una carrera de sacos hasta donde están los caballos, luego montar y cabalgar el último trozo hasta la meta. Hay muchas maneras de hacerlo, y resulta siempre muy divertido. Si hiciéramos un par de concursos así, es seguro que participaría gente joven de las granjas de los alrededores. Además, me parece que hay un club de equitación en Oesterby, ¿no?

— Sí, creo que sí.

— Y también me gustaría mucho hacer una carrera a campo a través. La he pensado más o menos así: salir de dos en dos, siguiendo un camino trazado de antemano por los campos y saltar sobre varios obstáculos, setos y verjas, etcétera. Si pudiéramos situar a los espectadores en un sitio alto, sería un bonito espectáculo ver a todos los jinetes cabalgando en campo abierto. Hace mucho que lo vengo pensando, y, en mi opinión, es una buena idea hacerlo en beneficio de los Refugiados Húngaros.

Las dos jóvenes amazonas habían llegado al camino rural que pasaba ante la entrada del pensionado de Egeborg, pero había que llevar los caballos a los establos de La Granja.

Las muchachas, un poco más tarde, estaban sentadas tomando el té en el confortable salón de La Granja. Exponían su plan al padre de Annelise, el propietario Dreyer. Aunque Annelise en su entusiasmo exageraba bastante, a Puck aún le era posible reconocer las líneas generales de su idea original. No intentó frenar a su amiga, ya que tanto el señor Dreyer como su esposa conocían bien a su hija y sabían distinguir perfectamente lo real de lo imaginario en el inspirado discurso de Annelise.

Al final, el propietario Dreyer dijo:

— Me parece una idea excelente. La «Ayuda a los Refugiados Húngaros» necesita de todo el dinero que se pueda reunir. Esta mañana fui a Sundkoebing para ver el campamento de los refugiados. Me ha causado mucha pena ver a esa pobre gente, que han tenido que dejar su país y su hogar para buscar refugio en esta tierra completamente desconocida para ellos, entre gentes cuyas costumbres les son totalmente extrañas.

«Debemos abrirles nuestros hogares, darles hospitalidad. Me gustaría que se pudiera recibir más gente aún que hasta ahora. He estado pensando si no habría un par de húngaros a quienes les gustaría vivir aquí en La Granja y trabajar con nosotros. He hablado con el jefe de campamento, y él preguntará si mi oferta le interesa a alguien. Esta pobre gente no puede seguir en un campamento meses, sin nada que hacer. Tienen necesidad de sentirse útiles; si no, perderán el respeto a sí mismos, y eso no debe suceder.

«Pero la verdad es que se necesita mucho dinero para que la ayuda resulte satisfactoria. Por esto, cada idea para obtener dinero es recibida allí con entusiasmo, y en mi opinión has tenido una idea genial, Puck. Intentemos organizar el concurso hípico. Sirve para un buen fin, y al mismo tiempo ayudará a aumentar el interés por los caballos y la equitación. Y esto es necesario en el país.

— ¡Suena fantásticamente bien! — dijo Annelise dando gritos de júbilo —. Ofrecerás muchísimos premios, ¿verdad, papá?

El señor Dreyer se reía.

— Poco a poco —dijo—. Espero que no me arruines antes de empezar. Pero sí voy a ofrecer algunos premios, a ver si otros quieren seguir mi ejemplo. Mañana mismo hablaré con varias personas de Oesterby. Quizá os den permiso para usar los campos que pertenecen a la granja del reverendo. Están muy bien situados para que la gente acuda, y tienen alambradas. Esto nos ayudará a controlar la entrada de los espectadores. Si un par de chicos del colegio quisieran hacer de taquilleros, estaría resuelto parte del problema. Quizá sería mejor nombrar un comité que se ocupara de los asuntos prácticos. Voy a telefonear al director Frank, al alcalde y a algunos más. Al presidente del Club de Equitación habrá que llamarle también, claro está. Luego sólo hay que esperar que haga buen tiempo.

Puck tenía las mejillas encendidas cuando regresó al pensionado.

Lo que había empezado siendo una simple idea se había convertido ya en todo un plan que estaba teniendo ecos en toda la comarca. Ella no había pensado que un concurso hípico pudiera tener tantas posibilidades. Se sentía muy feliz. Cuando entraba en el vestíbulo se abrió la puerta del despacho del director y apareció éste. Dedicó una amplia sonrisa a Puck y dijo:

— Vaya... ¿Ya estás aquí? ¡Qué ideas tienes! Parece que has revolucionado a toda la comarca con tu concurso hípico.

— ¿Verdad que es estupendo que todo vaya tan bien?

— contestó Puck —. Hace mucho tiempo que lo había pensado; pero nunca creí que pudiera convertirse en algo tan hermoso como parece que va a resultar. Yo solamente se lo expliqué a Annelise y...

— Conocemos a Annelise — rió el director —. Es un auténtico genio de la fantasía. Sus ideas parecen fuegos artificiales. Acabo de hablar con el señor Dreyer por teléfono, y tengo la impresión de que todos están encantados. Ahora tenemos que buscar una fecha. El colegio patrocina el plan. Pero no olvides, Puck, que faltan pocas semanas para los exámenes. También hay que encontrar algún rato para repasar las lecciones.

— No lo olvidaré.

Puck subió corriendo la escalera. ¡Cuántas cosas tenía que contar a sus amigas en el «Trébol de Cuatro Hojas», la habitación que las cuatro compartían!

Las tres chicas con las cuales Puck compartía la habitación. — Inger, Lise, a quien llamaban Navio, y Karen— estaban ocupadas repasando sus lecciones o escribiendo cartas.

— Escuchadme —comenzó Puck—. Hay grandes noticias. Vamos a celebrar un concurso hípico a beneficio de la «Ayuda a los Refugiados Húngaros». Forman el comité el director, el señor Dreyer y muchos otros.

Inger, sonriendo, levantó la cabeza de sus libros. Karen dijo:

— Fabuloso. ¿Crees que habrá un caballo para mí también?

— Claro que habrá un caballo para ti — dijo Puck —. Y a ti ¿qué te parece, Navio?

— Creo que será divertido.

Raras veces se expresaba Navio con tanta reserva. Puck la miró asombrada. Su amiga estaba en la mesa, con el papel de escribir delante y una pluma en la mano. Seguramente estaba escribiendo a

su padre.

— ¿Te pasa algo?

Navio negaba con la cabeza.

— No. Creo que todo va bien. Tal vez me encuentro un poco rara. No sé... No creo que sea nada importante. Quizá algo que comí y no me ha sentado bien.

También Inger miraba a su amiga con una expresión preocupada.

— De esto no has dicho nada, Navio. ¿Te duele algo?

— ¡Un poquito! pero no penséis en ello. Cuéntanos más sobre tus planes, Puck.

Puck se sentó sobre la cama y empezó a contarles su paseo con Annelise por el Bosque del Oeste, los planes que habían convertido en un gran proyecto que parecía tener todas las posibilidades de ser un exitazo.

— Acabo de hablar con el director. Él también está entusiasmado — concluyó Puck.

Contemplaba complacida las caras de sus amigas. Karen estaba ansiosa, Inger la escuchaba con una gran sonrisa, Navio intentaba poner interés, pero era evidente que se encontraba mal. No parecía la alegre compañera que ellas conocían tan bien.

— Será necesario llamar a la señorita Holm. Creo que algo grave te pasa —dijo Puck a su amiga.

—Será mejor que te vayas a la cama — propuso Inger.

— Quizá tengáis razón —aceptó Navio suspirando y se levantó.

Tuvo un gesto de dolor. Inger se le acercó para tocarle la frente.

— Me parece que tienes fiebre — dijo —. Ahora mismo aviso a la señorita Holm.

Cuando Navio se hubo acostado y la hubo visto la señorita Holm, llamaron a la señora Frank. La joven esposa del director no tardó mucho en darse cuenta de que algo serio le ocurría a la niña. Avisaron al médico y, hasta que llegó, Puck, Inger y Karen no se separaron de la cama de su amiga, por si necesitaba algo. Nadie hablaba. Permanecían sentadas, mirando angustiadas a Navio, que yacía en la cama con las mejillas ardiendo por la fiebre y quejándose de dolores en un costado. Suponían lo que le pasaba, pero no querían decir nada. No valía la pena anticipar los disgustos. Esperaban la llegada del doctor.

— ¿Por qué no cuentas algo más de tu concurso hípico? — susurró la enferma, intentando sonreír.

— Prefiero esperar a que te encuentres mejor. No quiero molestarte con mis tonterías ahora.

— No me molestas. Habla cuanto quieras —rogó Navio.

Puck se limitaba a sonreír. Navio era una excelente chica, y muy valiente. Cuando vino el médico, las niñas fueron enviadas al pasillo, donde se quedaron esperando el resultado del diagnóstico. Las tres temían lo peor, pero no se atrevían a hablar de ello. La puerta se abrió por fin y la señora Frank salió.

— Más vale que bajemos todas — dijo, y descendió las escaleras seguida de las muchachas.

La señora Frank entró en el despacho del director a llamar por teléfono. Las tres amigas se quedaron fuera, escuchando cómo la señora hablaba con el servicio de urgencia de la Sociedad Asistencial «Falck»

Momentos después regresó y les dijo:

— Navio tiene apendicitis. Acabo de pedir una ambulancia. Vamos a internarla en el hospital de Sundkoebing.



* * *

Días más tarde, Puck estaba escribiendo una carta a su padre, el ingeniero Winther, que estaba en Valparaíso, Chile.

Querido papá: Esta vez tengo tantas cosas que contarte que no se si cabrá todo en esta carta. Hemos celebrado un concurso hípico en beneficio de los refugiados húngaros. Resultó un exitazo fabuloso. Un día tuve la idea de organizarlo, cuando Annelise y yo dábamos un paseo a caballo por el bosque. No tenía la menor sospecha de

que las cosas iban a evolucionar con tanta rapidez. La «Ayuda a los Refugiados Húngaros» nos ha tenido ocupados a todos. Hay un campamento en las proximidades de Sundkoebing con gente que huyó de Hungría, y el padre de Annelise está intentando sacar un par de estos hombres de allí para llevarlos a La Granja, donde puedan trabajar y vivir en mejores condiciones que en el campamento.

Pero vuelvo a lo del concurso hípico. Fue celebrado en los terrenos de la granja del reverendo y asistió muchísima gente. El resultado fue una recaudación de 421 coronas y 50 oeres, lo cual me parece fantástico. Hemos recibido ayuda de todos. El propietario Dreyer ha estado formidable. Llamó a todo el mundo y logró que muchas personas ofrecieran premios. Además consiguió que los mozos e hijos de los granjeros de los alrededores participaran en los pruebas, con lo que los asistentes tuvieron un buen espectáculo.

La sensación del día, sin embargo, no fue ésa. Tampoco el que yo tuviera la suerte de ganar un premio en el salto de obstáculos. No, lo que hizo del concurso un éxito rotundo fue el que una chica húngara del campamento de los refugiados participara con un caballo del señor Dreyer. Montaba tan bien que nos dejó a todos con la boca abierta. La chica se llama Ilonka Racz. Tiene la misma edad que yo. Es una chica excelente y gusta mucho a todos.

Fue el señor Dreyer quien la conoció primero en una de sus visitas al campamento. Había estado hablando con el jefe sobre el concurso, explicándole que la recaudación se destinaba a ayudarles. Al día siguiente, el jefe llamó por teléfono para decir que los húngaros asistirían con mucho gusto al concurso y que a una chica llamada Ilonka le gustaría participar en él, ya que con frecuencia había montado a caballo en Hungría. El resultado fue que dieron permiso a Ilonka para venir a La Granja y en los días siguientes se entrenó con nosotras. Annelise le prestó unos pantalones de montar (ya sabes cuanta ropa tiene Annelise donde escoger).

Es lástima que no podamos hablar mucho con ella. El húngaro suena rarísimo. Pero no creo que tarde mucho en aprender el danés.

Según tengo entendido, su padre es catedrático y vivíann cerca de Budapest. El jefe del campamento ha contado al señor Dreyer que nadie sabe dónde están sus padres. Toda la familia se fugó de Hungría después de la sublevación contra los comunistas, pero

Ilonka se extravió cuando cruzaban la frontera, llegó a un campamento de refugiados en Austria y desde allí vino a Dinamarca. Nadie sabe dónde quedaron sus padres. Me da una pena tremenda. Parece tan sola y tímida cuando está sentada en el salón de La Gran Granja viéndonos charlar y reír mientras tomamos el té...

Pero montada a caballo es fantástica. En el concurso nos dio una demostración de equitación de alta escuela, y más tarde participó en los saltos de obstáculos, de los que se llevó el primer premio. Tenías que haber visto a los húngaros aplaudiendo como locos y chillando cosas que

nadie podía entender, mientras demostraban su júbilo.

»Ahora el director Frank y el señor Dreyer han decidido que Ilonka va a vivir, por lo menos una temporada, en el pensionado de Egeborg, donde intentará seguir las clases. Naturalmente tendrá muchísimas dificultades con el idioma, pero el director ha dicho que seguramente no tardará en aprender.

¿Sabes dónde va a vivir? En el «Trébol de Cuatro Hojas». Tenemos por el momento una cama libre, porque Navio ha enfermado. Estaba el otro día muy triste y desanimada y llamaron al médico, quien dijo que tenía apendicitis. Luego vino la ambulancia y se la llevó a Sundkoebing.

Quedamos todas muy preocupadas, pero el médico dijo que la operación iba a salir perfectamente, y así fue. La señora Frank la acompañó y yo también tuve permiso para ir con ella en la ambulancia. La señora Frank pensó que era una buena idea que una de las amigas de Navio estuviera cerca. Luego, como es natural, fui a visitar a tío Anders y tía Henny, y pasé la noche con ellos, a mis anchas.

Al día siguiente por la mañana fui al hospital a ver a Navio. La operación había salido bien y ella estaba estupendamente, aunque muy cansada. No creo que vuelva al colegio de momento, porque necesitará irse a reposar en cuanto salga del hospital. La echamos mucho de menos en el «Trébol de Cuatro Hojas». Como su cama queda vacía, han decidido que Ilonka vivirá con nosotras hasta el regreso de Navio, lo cual será muy divertido. A ver si logramos levantar sus ánimos, y enseñarle un poco danés (dudo mucho que nosotras podamos aprender el húngaro) para que podamos charlar y

pasarlo bien juntas. Es emocionante tener una nueva amiga.

A pesar de estas noticias, todo sigue igual en el colegio. Espero con ansia vuestras cartas. ¿Hay alguna novedad en Valparaíso?

«Muchas veces pienso si algún día podré tomar el avión e ir a visitarlos. ¡Estaríamos tan bien juntos!... Cada vez que miro el mapa pienso en lo lejos que está Chile, pero cuando pienso en tu última visita reconozco que las distancias ya no significan tanto como cuando había que ir en barco. Con el avión no se tarda mucho, pero ¡qué caro es! Tengo ganas de tener ya vuestra próxima carta. Pasadlo bien y escribidme una carta muy, muy larga. Besos cariñosos y un abrazo fuerte de

Bente.

Mientras Puck estaba escribiendo la carta en su habitación, el propietario Dreyer estaba sentado en el despacho del director Frank, fumando un gran puro.

— Es estupendo —dijo— que la muchacha pueda permanecer en el colegio una temporada. Ha sido un problema para la gente del campamento, porque ella está muy deprimida por todo cuanto ha tenido que sufrir durante los últimos meses. No ha sido posible encontrar a sus padres, pero hay indicios de que han logrado salir de Hungría. Fue precisamente en la frontera austrohúngara donde Ilonka se extravió, y por eso se creyó durante algún tiempo que los comunistas habían hecho prisioneros al profesor Racz y a su esposa, y habían sido devueltos a la Hungría ocupada.

Pero ahora creen que no fue así. Hay la suposición de que el profesor y su mujer salieron de Hungría y viven en algún lugar del mundo occidental. Ahora hay tantos refugiados húngaros y tantas dificultades para prestarles ayuda, que aún se tardará algún tiempo en aclarar problemas como éste. A pesar de todo, es raro que aún no se haya podido encontrar al profesor. Creo que es un científico muy famoso, y una persona así no debe ser difícil de encontrar. Bueno, no sé... ¿No cree usted que tengo razón, señor director?

El director Frank estaba cargando su inseparable pipa. Movía la cabeza dubitativamente.

— No sé. Nunca se sabe qué razones pueda haber.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Este profesor Racz me parece que era un investigador atómico.

Dreyer frunció las cejas:



— Sí, creo que algo tenía que ver con la física nuclear, e incluso parece que había estudiado con Bohr, el creador de la teoría atómica moderna, pero esto lo han hecho casi todos los físicos del mundo. Creo que Raczy es uno de los grandes genios de la física, sí. Pero ¿por qué menciona usted precisamente esto?

Quedaron un rato en silencio mientras el director Frank, con mucha calma, encendía su pipa y llenaba la habitación con grandes nubes azules de humo.

— Bueno... No sé... Estaba pensando en lo que le pasó a Niels Bohr aquí durante la ocupación. ¿Se acuerda usted de cómo tuvieron que pasarlo de «contrabando» a Suecia, y más tarde llevarle en avión a Inglaterra y a los Estados Unidos, porque necesitaban de sus conocimientos para la fabricación de la bomba atómica y tenían miedo de que pudiera caer en manos de los nazis? No sé lo importante que pueda ser el profesor Raczy y cuáles son sus conocimientos. Pero ¿no podría darse el caso de que los comunistas tuvieran gran interés en conservar un físico famoso y no dejarle salir del país para que no pueda aprovechar su genio, digamos, la otra mitad del mundo?

— Sí —dijo Dreyer—, parece probable. Pero, entonces, ¿qué?

El director movió la cabeza.

— No tengo la menor idea —dijo con una leve sonrisa.

— También cabe la posibilidad de que Raczy hasta el momento haya tenido que guardar silencio respecto a su paradero, aunque esté en el mundo occidental. Cuando se trata de gente tan importante hay razones para ser prudente. Pero, ya verá; quizá pronto tendremos la solución. El día menos pensado el profesor Raczy reaparecerá en Inglaterra o en los Estados Unidos, y ¡caso concluido!

Ahora, hasta encontrarlo, nosotros tenemos la responsabilidad de su hijita, y será nuestro el problema. He intentado hablar con

ella. Es una niña muy rara. El intérprete me dijo que todos la querían mucho en el campamento y que le tenían lástima porque estaba tan afligida a causa de la desaparición de sus padres, y porque siempre era tan tímida y educada. Se le nota que proviene de una familia cultivada.

Fue una gran alegría verla como se desenvolvía en el concurso hípico. Monta muy bien a caballo y creo que le conmovió su éxito. Hemos estado muy contentos con ella los días que permaneció en la Gran Granja. Es difícil entablar conversación, porque sólo sabe húngaro y un poquito de alemán. Pero los niños aprenden rápidamente y estoy sorprendido por sus progresos con el idioma danés.

Dreyer se levantó.

— Bueno, bueno — continuó — ya veremos cómo sale todo. Nuestra pequeña refugiada no podía encontrar un sitio mejor que Egeborg. Y no puede pedir mejores amigos que los que tendrá aquí. Si a pesar de todo surgen problemas, llámeme, por si puedo ser útil.

Se despidió del director, y Frank le acompañó a través del vestíbulo hasta la puerta.

En el «Trébol de Cuatro Hojas» Puck cerraba su sobre y puso la dirección con mucho cuidado. Estaba contenta de que Ilonka fuera a vivir al colegio. Tenía que hablar con Inger y Karen sobre la mejor manera de conseguir que la nueva compañera se sintiera cómoda. Y también había que organizar un montón de clases de equitación en La Gran Granja, y excursiones al bosque. Había muchas cosas en qué ocuparse..., sobre todo pensando que los exámenes estaban aproximándose.

Puck se levantó y bajó la escalera. Iría rápidamente a Oesterby y echaría la carta; así saldría en el tren de la noche.



— Me gustaría ver a Navio.

— ¿A quién?

— Perdona, quiero decir a Lise Sommer. Es que siempre la llamamos Navio.

La enfermera sonreía.

— Me acordaré de esto —dijo—. Yo también la voy a llamar Navio en el futuro. Está en la habitación número seis. Puedes entrar.

Navio estaba en una habitación de cuatro camas. Las otras tres enfermas tenían visita y se hablaba en voz baja. Navio estaba mirando hacia la puerta cuando Puck entró. Se veía tan pequeña y paliducha en la gran cama del hospital... Pero su cara se iluminó con una gran sonrisa al ver a su amiga.

— ¡Hola! ¡Qué contenta estoy de verte!

Puck colocó sus regalos: una cajita de uvas y un ramillete de violetas recogidas en el jardín del colegio, sobre la mesilla de noche.

— ¿Cómo estás?

— Estupendamente, aunque me siento algo floja; pero es lo normal después de una operación, creo.

— ¿Fue muy difícil?

Navio reía.

— Para mí no, por lo menos. Me dieron un pinchazo en el brazo, como cuando la vacunación de la «polio». Total, nada. Me apagué como una vela y no tengo la menor idea de lo que pasó después, mientras el doctor me libraba del apéndice. Cuando desperté aquí, en mi cama, todo había terminado. Ahora cuéntame tú, como va

todo en «El Trébol de Cuatro Hojas».

— Pues — dijo Puck un poco indecisa —, en realidad han ocurrido muchas cosas, y hay cambios; pero a tu regreso todo estará igual que antes.

— ¿Hay cambios? Nadie me ha dicho nada.

Puck vaciló. ¿Cómo recibiría Navio la noticia de que había llegado otra niña al «Trébol de Cuatro Hojas» y ocupado su sitio? Había que explicárselo de forma que ella no lo sintiera demasiado y hacerle comprender que, tan pronto regresara, el sitio sería suyo otra vez.

— Mira — le dijo Puck —, ha venido una niña húngara al colegio. Se llama Ilonka Racz. Es una chica excelente y nos gusta mucho a todos. Ha estado refugiada en un campamento, cerca de Sundkoebing, y participó en nuestro concurso hípico. Durante unos días vivió en La Gran Granja, antes de venir al colegio. No va a quedarse mucho tiempo, me parece; pero no han podido encontrar a sus padres, y mientras está sola, el director Frank piensa que debe quedarse con nosotros. Ahora vive en el «Trébol de Cuatro Hojas» hasta tu regreso.

Puck calló observando la cara de su amiga. Si esperaba verla enfadada o celosa, se llevó una gran sorpresa. La cara de Navio se ensanchó en una gran sonrisa.

— ¡Hay que ver! —dijo— Es formidablemente palpitante. Lástima no estar allí, para conocerla yo también. ¿Crees que aún estará a mi regreso?

— No se sabe. Depende de cuando encuentre a sus padres. La Cruz Roja los está buscando. Pero aún no han logrado nada.

— ¡Qué pena me da! — dijo Navio compasiva —. Debe de ser horrible estar sola y no saber dónde se encuentran sus padres. Claro que a veces también yo tengo mis dudas sobre el paradero del valiente capitán Sommer; pero tengo la suerte de poder consultar la lista de posición de los barcos en la compañía naviera. Además, las cartas de papá llegan con bastante regularidad. Pero figúrate; perder a los padres así, de repente... ¿Cómo pasó?

— Nadie lo sabe muy bien — contestó Puck —. Escapaban de Hungría después de la sublevación contra los comunistas, y en la frontera se extraviaron. Ilonka fue mandada a un campamento de refugiados en Austria. Pero no saben qué pasó con los padres. El

padre es un hombre muy famoso en física nuclear o algo por el estilo. Es bastante raro que no hayan podido dar con él.

— No creerás que los comunistas le han detenido, ¿verdad?

— Ya les gustaría, pero dicen que logró escapar. Quizá está oculto en alguna parte para que los agentes comunistas no puedan encontrarle. O tal vez hace ya mucho que se encuentra seguro en América, si no es que ha caído enfermo. Todo pudiera ser.

— Quizás ha tenido apendicitis —dijo Navio pensativa.

Puck no pudo contener la risa. La operación parecía haberla impresionado más de lo que Navio quería admitir.

Después de salir del hospital tuvo el tiempo justo para visitar al veterinario Anders Moeller, el cual cuidaba de «Plet», el perro de Puck, mientras ella estaba en el pensionado de Egeborg y el padre de ésta trabajaba por cuenta de su empresa de ingeniería en Chile. Como siempre, «Plet» recibió a su dueña con gran alegría, y no se movió de su lado mientras duró la visita.

Puck había llegado sin avisar, así que la señora Moeller tuvo que mandarla por pasteles, mientras ella preparaba el té de la tarde. Cuando Puck regresó, sentados alrededor de la mesa en la confortable salita de estar, iniciaron una animada charla. Había mucho que contar sobre el concurso hípico y la nueva amiga húngara.

— Aún no nos entendemos muy bien — dijo Puck —, pero ya sabe un montón de palabras en danés. Y las usa muy bien; así que no tardaremos mucho en poder hablar sin demasiada dificultad. Nos ha enseñado a chapurrear un poco de húngaro. Es un idioma muy difícil. Parece que no tenga ni pies ni cabeza. Hasta ahora no hemos podido encontrar ni una sola palabra que se parezca a algo conocido; pero suena muy divertido. Había pensado comprar algún regalo para Ilonka aquí en la ciudad, para animarla un poco. Hemos de hacerle sentir que tiene buenos amigos que la quieren ayudar y apoyar.

Media hora antes de partir el tren para Oesterby, Puck paseaba por las calles de Sundkoebing en busca de un regalo para Ilonka. Era difícil encontrar algo de lo que se pudiera estar segura que la niña húngara iba a apreciar. Al final, Puck entró en una librería para ver si tenían algún libro con fotos de Dinamarca. De esta manera, Ilonka se familiarizaría con los paisajes daneses, ya que por lo

menos durante algún tiempo Dinamarca sería su patria.

Al entrar en la librería, Puck encontró a su amiga Annelise.



— ¡Caramba! No sabía que estabas en la ciudad.

— He ido a visitar a Navio — dijo Puck.

— Yo estoy con mis padres. ¿Quieres venir con nosotros en el coche? Papá vino al Banco y mamá y yo tuvimos la idea de acompañarle. ¿Qué has venido a comprar?

— Un regalo para Ilonka. Quería encontrar algo para animarla.

— Yo he tenido la misma idea y creo haber encontrado algo que le gustará. He comprado un disco húngaro. Música gitana y esas cosas. Es estupendo. Me gustaría conservarlo; pero se lo voy a regalar. Puede usar el tocadiscos de Navio. ¿No es una buena idea?

Puck vaciló un poco:

— Bueno...

En aquel instante la señora Dreyer se reunió con ellas. Saludó a Puck y dijo:

— Más vale marchar ahora. Tenemos que encontrarnos con papá en el aparcamiento. Vendrás con nosotros, ¿verdad, Puck?

Fue un bonito paseo. El tiempo primaveral alegraba el paisaje. El sol brillaba sobre campos y bosques, y Puck disfrutaba del recorrido. Al llegar al colegio, las dos niñas babaron del coche y se fueron hacia el edificio principal, mientras el propietario Dreyer y su esposa continuaban hasta La Gran Granja.

— Estoy ansiosa — dijo Annelise — por regalarle el disco a Ilonka. ¿Qué compraste tú? ¿Un libro?

— Sí, encontré uno muy bonito. Espero que le guste.

Puck seguía pensando si verdaderamente era buena la idea de

Annelise de comprar precisamente aquel disco. Pero no se atrevía a decírselo para no desilusionarla. Su intención era buena, y el único inconveniente era que quizá Ilonka, al oírlo, en vez de ponerse contenta, se pondría triste. La música es un fenómeno muy raro.

Las dos niñas llegaron cuando sonó el aviso de la cena. No tuvieron tiempo de hablar con las amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». Tenían apenas tiempo de lavarse las manos y peinarse antes de correr escaleras abajo para ir al comedor. Hasta después de la cena no hubo tiempo de entregar los regalos.

Ilonka quedó pasmada cuando Puck le dio el paquete con el libro.

— ¿Para mí? —preguntó, y miró a Puck con sus grandes ojos negros.

Puck sonreía, y dijo que sí con la cabeza. Ilonka empezó a desenvolver el paquete. Su cara se iluminó con una ancha sonrisa cuando vio el precioso libro de maravillosas fotografías. Hojeó el libro con mucho interés y examinaba cada foto detalladamente. Había fotos de Ekagen, de Vejlefjord, del castillo de Frederiksborg y las rocas de Bornholm: fotos de las bellas torres de Copenhague y la casa de Hans Christian Andersen en Odense. Era como una excursión por toda Dinamarca, y cada fotografía era una obra maestra. Ilonka mostraba su contento.

Mientras tanto, Annelise estaba impaciente con su disco, en espera de poder regalárselo a la muchacha húngara. Por fin Ilonka cerró el libro y se fue hacia Puck. La abrazó impulsivamente y le dio un beso en la mejilla. Puck se sonrojó. Estaba contenta. Había tenido éxito con su regalo.

— Mira aquí — dijo Annelise y tendió el disco hacia Ilonka.

Lo recibió con una sonrisa y lo desenvolvió con manos rápidas.

Con una exclamación de alegría leyó los títulos de las melodías. Annelise estaba entusiasmada.

— Ven, usaremos el tocadiscos de Navio; así podemos escucharlas en seguida —dijo.

Sacaron el tocadiscos del armario y lo abrieron. Con manos que temblaban de emoción, Ilonka puso el disco.

Las niñas se colocaron alrededor a escuchar. Era música gitana húngara. Acordes extraños y hermosos. Un aire exótico y al mismo tiempo serio y sentimental, con algo incitante y lleno de vida. Era

como si la música expresara un sueño, sentimientos y deseos; como si tratara de alcanzar algo lejano a lo que no podía llegar. Era imposible escuchar aquella música sin emocionarse.



Puck estaba mirando el disco que giraba y giraba, mientras observaba a Ilonka con el rabillo del ojo. Ilonka escuchaba con una mirada soñadora en sus ojos negros. Detrás observaba a Ilonka con el rabillo del ojo. Ilonka escuchaba con una mirada soñadora en sus ojos negros. De vez en cuando, una sonrisa asustada aparecía en su cara, pero casi en seguida daba paso a una gran serenidad. Las lágrimas asomaron a sus ojos y corrieron sobre sus mejillas. Se volvió hacia Puck y se abrazó a ella mientras lloraba como si su corazón fuera a romperse.

Por encima del hombro de Ilonka la mirada de Puck se cruzó con la de Annelise, que estaba seria y preocupada. Annelise se levantó en silencio y fue a parar el tocadiscos. Quitó la placa y la colocó en su funda. Después cerró el aparato y volvió a colocarlo en su sitio.

Ilonka seguía llorando. Inger hizo un gesto a Karen y a Annelise. Las tres niñas se levantaron y salieron de la habitación. Puck no sabía qué hacer, pero intuía que el llanto que sacudía el cuerpo de Ilonka era una reacción natural. Pensó que la música, a pesar de todo, quizá le había ayudado a liberar sus sentimientos, la añoranza de sus padres, la preocupación por su paradero, la continua incertidumbre, el dolor de haber dejado su hogar, su mundo...

Durante los días siguientes, Ilonka se acercaba más y más a Puck. Era como si intuyera que en Puck podría encontrar la comprensión que tanto necesitaba en su nueva situación. Aunque todos en el pensionado se esforzaban por hacer la vida cómoda a su nueva compañera, y aunque no le faltaban sonrisas y ayuda en

todas partes, la muchacha húngara seguía siendo un pájaro exótico con dificultad de adaptación. En esta situación era natural que buscara la compañía de una sola persona. Y esta persona era Puck. Su elección podía tener muchas razones. Puck era la primera alumna de Egeborg que Ilonka había conocido, compartían la misma habitación y, finalmente, el regalo de Puck a Ilonka, por alguna razón, había tenido gran éxito e importancia para la niña. Casi siempre llevaba consigo aquel libro con las hermosas fotos de los paisajes daneses. Con frecuencia se le veía hojearlo y examinar las fotos con serio interés.

En el colegio no había libros húngaros, y cuando las otras chicas estaban leyendo novelas o revistas ilustradas, Ilonka tomaba su «Libro de Dinamarca» y se concentraba en él mientras, de vez en cuando, miraba a Puck con su asustada sonrisa llena de gratitud.

El disco de Annelise permaneció en su funda, en la estantería. No volvieron a ponerlo. Era como si Ilonka no se atreviera. La emoción había sido demasiado fuerte la primera vez que lo había escuchado. Mientras el disco representaba el pasado, y evocaba recuerdos que todo lo que pudiera entristecer a Ilonka, el libro con las fotos de Dinamarca era una especie de bienvenida a una nueva existencia, un nuevo país, una nueva esperanza.

Puck no supo explicarse de otro modo la diferente reacción frente a los dos regalos. Intentó hacérselo comprender a Annelise una tarde, cuando paseaban por la orilla del lago.

— Cosas así son difíciles de prever. Yo también creía que Ilonka se sentiría muy feliz al recibir un disco con música húngara. Pero nunca se sabe cómo las cosas influirán en el ánimo de las personas.

— Claro... Creo que tienes razón —dijo Annelise—; pero fue una gran desilusión.

— Lo comprendo muy bien —dijo Puck—. En realidad, tú tienes más mérito, porque yo compré ese libro por no tener otra idea mejor. Le quería regalar algo para animarla. Tú tenías exactamente la misma idea, con la diferencia de que tú ya habías pensado lo que querías comprar. Nadie podía sospechar que reaccionaría así. Ya verás; en cuanto Ilonka se sienta más segura y contenta, será feliz escuchando las melodías húngaras.

— ¿Tú crees? —preguntó Annelise, dudosa y añadió—: No sé por qué, pero tengo la impresión de que siempre meto la pata

cuando trato de ser amable con la gente.

— ¡Tonterías! —rió Puck—. Éste era un caso especial.

— Quizá sí, pero...

Puck rodeó con el brazo los hombros de su amiga:

— Escúchame, Annelise, no merece la pena que pierdas tu buen humor. Las cosas no siempre pasan como uno desea. Tampoco ha ocurrido ninguna catástrofe que justifique tu desánimo.

Annelise se liberó del brazo de su amiga. Su voz sonaba enfadada:

— Gracias. No necesito que me compadezcas. Sé muy bien lo que hago. Además, para ti resulta fácil dar buenos consejos, porque casualmente tuviste suerte con tu regalo. Hablemos de otra cosa.

Puck miró con el rabillo del ojo a su amiga. Conocía a Annelise y sus rápidos cambios de humor. Sería mejor dejar el tema. Intentó dar un tono despreocupado a su voz cuando dijo:

— ¿Qué te parece un paseo a caballo? Hace ya días que no hemos estado en el bosque.

— «Blis» ha estado cojeando, pero ya está bien. Por mí, podemos ir.

— Podíamos proponérselo a Ilonka —dijo Puck—. ¿No crees que es una buena idea?

— Puede ser —contestó Annelise sin mucho entusiasmo.

Puck se dio cuenta de que su amiga sentía celos. Como hija única, le era muy difícil aceptar el hecho de no poder mandar en todo. Tenía la sensación de haber fracasado, y no podía olvidarlo. Al menos, de momento. Puck se prometió hacer todo lo que estuviera en su mano para que Annelise e Ilonka fueran buenas amigas. Sería la única solución.

Media hora después, las tres muchachas estaban en camino hacia el «Bosque del Oeste». Los caballos no habían salido del establo en los últimos días y estaban excesivamente fogosos. A las pequeñas amazonas les costaba mantenerlos al trote. Al llegar al norte del pantano los pusieron al galope a través de un claro y continuaron entre los árboles. Era un día espléndido.

El sol brillaba en las hojas verdes. Los pájaros cantaban alegres. Pronto llegaría el verano.

Las niñas habían estado demasiado ocupadas en dominar sus monturas para tener tiempo de charlar. Cuando se adentraron un

poco en el bosque, Annelise dijo:

— Sería divertido hacer saltar un poco a los caballos aquí. Podemos amontonar ramas secas entre estos dos árboles. La tierra está firme y puede ser una pista estupenda.

— Qué idea más fantástica —dijo Puck—. Venid, vamos a atar los caballos a un árbol y empezaremos a prepararlo.

Ilonka las miraba con curiosidad. Puck explicaba con signos y gestos lo que iban a hacer. La niña húngara entendió en seguida. Desmontaron, ataron los caballos y se pusieron a recoger ramas secas y a amontonarlas entre los dos árboles. El montón debía tener unas medidas de altura y anchura determinadas. Necesitaban más ramas de lo que habían pensado, pero entre las tres lo terminaron con relativa facilidad. Ya tenían un obstáculo divertido e incitante para probar sus habilidades como jinetes.

Volvieron a los caballos y montaron. El de Annelise estaba algo inquieto e hizo un par de brascas cabriolas que casi la hicieron caer por el suelo, tras perder uno de los estribos. Un instante después, segura de nuevo en su silla, con pleno dominio del caballo, reía jocosamente.

— ¡Vaya, casi te gana! — jadeó Puck.

— Olvídalo. Todo va bien. Veamos, ¿quién salta primero?

— Hazlo tú —propuso Puck.

— ¡Estupendo! —gritó Annelise.

Pero su montura estaba demasiado inquieta. Aún no tenía al caballo totalmente bajo su control. Cuando lo espoleó, el animal volvió a corcovear con violencia; pero esta vez Annelise se mantuvo fija en la silla. El caballo se lanzó a un furioso galope para detenerse bruscamente delante del montón de ramas. De nuevo Annelise estuvo a punto de caer.

— ¡Ya le enseñaré yo a este caballo!

Era evidente que la muchacha se estaba enfadando. Giró y puso el caballo al galope, haciéndole dar otra vuelta antes de ir hacia el obstáculo. Estaba claro que ella y el animal no estaban de acuerdo. Faltaba la armonía necesaria entre montura y jinete para saltar con éxito.



El caballo de Annelise se había dado cuenta de que no era del todo inútil negarse a saltar.

Cuando se acercó de nuevo al montón de ramas, se quedó con las cuatro patas clavadas en el suelo. Annelise agarró con firmeza las riendas e hizo retroceder unos pasos al animal. Puck e Ilonka se mantenían apartadas esperando que les tocara el turno. Puck gritó:

— ¿Quieres que vaya delante?

— No, gracias —contestó Annelise—. Esto lo arreglaré yo sola. ¡Tiene que saltar sin ayuda!

Espoleó al caballo en otro intento. Era una chica decidida, con mucha voluntad, y por fin logró saltar, a pesar de que el animal intentó rehusar el obstáculo por tercera vez.

Tras el salto apareció en su cara una amplia sonrisa. Gritó:

— ¡Venga, la próxima!

Puck miró interrogativamente a Ilonka. Ésta movió la cabeza corno diciendo: No; salta tú primero, Puck puso su caballo al galope intentando encontrar un ritmo calmado, equilibrado. Sabía muy bien que si el caballo de Annelise había rehusado dos veces, era, sobre todo, porque iba a demasiada velocidad y sus movimientos no eran suficientemente equilibrados.

También para Puck fue dificultoso mantener el caballo en un suave galope. Los tres animales tenían demasiado brío después de permanecer tantos días sin salir. La entrada de Puck, sin embargo, fue mejor que la de Annelise y saltó bastante bien. El caballo cruzó por encima del montón de ramas sin el menor esfuerzo.

Ahora le tocaba a Ilonka.

Annelise y Puck se apartaron para darle paso libre. Ilonka puso su caballo al trote, pero en vez de dirigirse hacia el obstáculo empezó dando una vuelta lenta en derredor. Después, casi imperceptiblemente, lo puso a un cortísimo galope. Los movimientos del caballo eran calmados y seguros, con un perfecto

equilibrio entre montura y jinete cuando se dirigía hacia el obstáculo. La pequeña amazona sonreía feliz.

— ¡Qué bien monta! — exclamó Annelise.

— Ha sido fantástico —afirmó Puck—. Creo que puede enseñarnos mucho, ¿eh?

— Intentémoslo otra vez — dijo Annelise entre dientes.

Puso su caballo al trote, intentando copiar la maniobra de Ilonka. Aún le era difícil hacer entrar al caballo en el galope tranquilo que era primordial para un buen salto. El caballo rehusó un par de veces antes de que lograra hacerlo saltar. Cuando le tocó a Puck, ésta se puso nerviosa pensando si lograría hacerlo tan bien como debía. Saltó bastante bien. Ahora su caballo estaba más tranquilo que el de Annelise. Estaba claro que el primer intento fracasado de Annelise la había puesto nerviosa, lo cual no favorecía a su montura.

— Bueno, supongo que no vamos a hacer más intentos —dijo Puck, después de que Ilonka saltara elegantemente por segunda vez.

— Yo no me voy de aquí antes de haber logrado un buen salto — dijo Annelise —. Dejadme intentarlo otra vez.

Espoleó al caballo y, después de unos saltos de galope, Puck comprendió que aquello no iba por buen camino. Annelise iba demasiado aprisa y cabalgaba bruscamente. Se trataba de su honor. Estaba acalorada, lo cual no es bueno para un jinete. Intentó hacer dar al caballo una vuelta en círculo, pero éste piafó violentamente, se alzó de manos y se dirigió hacia el obstáculo. Annelise había perdido completamente el dominio de su montura. Puck abrió desmesuradamente los ojos. ¿Qué iba a suceder?

Los movimientos eran demasiado bruscos para Annelise. Estaba mal sentada en la silla, tiraba de las riendas con demasiada fuerza. Resultaba claro que tenía miedo. El caballo galopó hacia el obstáculo y clavó las patas ante él. Annelise salió despedida por encima del cuello del animal y cayó encima del montón de ramas. La caída fue tan violenta que se quedó con la cabeza y las riendas en las manos. El caballo desapareció al galope bosque adentro.

Puck desmontó de un salto, tendió las riendas a Ilonka y corrió hacia Annelise.

— ¿Te has hecho daño?

Annelise se incorporó. Tenía una herida en la mejilla. Sus ojos

estaban llenos de lágrimas.

— ¿Te has hecho daño? —repitió Puck—. Ven que te ayude.

— Déjame en paz —gruñó Annelise—. No me pasa nada. —repitió—. Solamente me he hecho daño en el hombro; pero eso no es nada, creo.

Se levantó y cojeó unos pasos.

— A mí no me pasa nada... creo.

En apariencia había salido de la caída sin mayor daño. Pero su buen humor se había esfumado. Puck sabía que era mejor no intentar hablarle. Valía más dejarla en paz.

— ¿Y el caballo?

— A estas horas estará en casa —murmuró Annelise—. Pero montad vosotras. Ya me arreglaré.

— Tonterías — dijo Puck —. Cabemos las dos en mi caballo. ¡Va! Ven.

No había nada que hacer con ella. Al fin Puck e Ilonka montaron. Iban lentamente, mientras Annelise las acompañaba a pie. Puck le preguntó varias veces si quería montar con ella; pero cada vez la contestación era un no enfadado. Al final Puck se rindió. Así, el regreso fue silencioso y triste. La excursión, que había empezado tan prometedora, terminó en un fracaso rotundo.

Al llegar a la casa del guardabosques, Puck e Ilonka desmontaron para continuar a pie el último trozo de camino hasta La Gran Granja. El caballo de Annelise había regresado al establo hacía un buen rato, y un hombre fue enviado a ver que había sucedido. Las muchachas le encontraron en el camino.

— Tuviste suerte de que tus padres no estuvieran en casa — dijo el hombre a Annelise —. Se hubieran llevado el mayor susto de su vida.

— No había por qué asustarse —replicó Annelise enfadada —. No es la primera vez que un jinete cae de su montura.

Tras dejar los dos caballos en el establo, emprendieron el regreso al colegio. Puck no hizo nada para mejorar la situación. Sabía que, cuando Annelise estaba de mal humor, todo era inútil ya que no entraba en razón. Ilonka iba a su lado seria y preocupada, como si todo fuera culpa suya.

Annelise desapareció en su habitación. Cuando Puck e Ilonka estuvieron en el «Trébol de Cuatro Hojas», la niña húngara se

dirigió a Puck:

— ¿Annelise... enfado... mí?

— Nadie se ha enfadado contigo, Ilonka. No hay ninguna razón para estar enfadada contigo. Annelise está rabiosa porque se cayó del caballo. Mañana estará de mejor humor.



Pero al día siguiente Puck tuvo la certeza de que Annelise seguía enfadada. Durante el desayuno y, más tarde, durante el canto matinal, Puck no vio a su amiga. Algo estaba pasando. Luego, en el recreo, notó que Annelise había reunido una pequeña corte a su alrededor, en su mayor parte niñas de las clases inferiores, que se sentían honradas de que Annelise se dignara hablarles. Cuando Puck, que iba charlando con Karen e Ilonka, se acercó a la pequeña reunión, bajo unos árboles, escuchó la conversación de la «corte», que, naturalmente, trataba de trapos. Annelise, cuyo guardarropa era impresionante y cuyo interés por todo lo referente a la moda era muy grande, estaba dando una lección a las pequeñas sobre el arte de vestir. Las niñas escuchaban con la boca abierta, admirándola. Era muy emocionante.

— ¡Hola! — dijo Puck al pasar.

Annelise no se dignó mirarla siquiera.

— Bueno — dijo Puck cuando se habían alejado un poco —, me parece que sigue enfadada.

Ilonka la miró indecisa.

— ¿Annelise... triste... por qué?

— ¿Y yo cómo quieres que sepa por qué está triste? Quizá está simplemente enfadada. Todos tenemos derecho a estar enfadados de vez en cuando.

— Bueno, pero no le cuesta nada contestar a un saludo — opinó

Karen. Las relaciones entre Karen y Annelise nunca fueron muy cordiales, aunque ahora eran buenas compañeras y se trataban en forma amistosa—. Cuando Annelise está de este genio más vale no acercarse. Nunca se sabe lo que estará tramando. ¿Os enfadasteis ayer?

— No —dijo Ilonka seria—: No enfadarse.

Le parecía importante asegurarse de que todo estaba en orden. Con todo su ser buscaba la amistad. Lo cual era natural pensando en lo sola que debía de encontrarse.

— No, no nos enfadamos — contestó Puck —. Pero Annelise tuvo problemas con su caballo. Imagínate el resto. Perdió su buen humor y, según parece, no lo ha encontrado aún.

Puck no dio importancia al pequeño incidente. Sonó la campana indicando la siguiente clase y el trabajo absorbió su atención. A la hora de almorzar le entregaron una carta de Valparaíso, y con ella se olvidó de todo. Las cartas de su padre, que llegaban por lo menos una vez a la semana, eran siempre una experiencia maravillosa. El ingeniero Winther escribía largas y divertidas cartas, llenas de descripciones de lo que había visto y vivido.

En los años transcurridos desde la muerte de su esposa, la madre de Puck, él y su hija habían estado más unidos que nunca. Cuando tuvo que marchar a Chile para ocuparse del proyecto de un puerto que había sido encargado a la empresa de ingenieros donde trabajaba, esta unión se había mantenido a través de las cartas semanales. Puck las guardaba todas. Casi formaban un libro. Muchas veces Puck se entretenía releýéndolas. Así tenía un relato completo de la vida de su padre en Valparaíso.

Aquellas cartas eran para ella un tesoro precioso. Cuando por la noche las leía en la cama, era como si saliera para un largo viaje, visitando lugares extraños, encontrándose con gente desconocida y experimentando tantas emociones que creía vivir una aventura. Por eso la llegada de cada nueva carta era un gran acontecimiento.

Tan pronto terminó su almuerzo, se fue a sentar en el jardín bajo un árbol. Abrió el sobre y empezó a leer. No decía nada nuevo. Su padre y su madrastra estaban bien. Tenían mucho trabajo y decían haber instalado su casa confortablemente. La carta estaba llena de observaciones divertidas, anécdotas y descripciones de las costumbres del lejano país. Era como si de nuevo estuviera al lado

de su padre oyendo su sonora y tranquila voz.

Tan ocupada estaba leyendo que no advirtió la presencia de Annelise y una de sus «damas de honor», que paseaban por el jardín. Tampoco las dos niñas la vieron a ella, ya que la ocultaba el árbol donde estaba apoyada. De repente, Puck oyó la voz de Annelise.

— Está bien que permanezca aquí. Yo no me opongo. Pero no es para que todo el colegio empiece a danzar en torno a ella. La tratan como si fuera una famosa artista de cine en visita oficial.

Puck agudizó el oído. ¿Estaba Annelise hablando de Ilonka?

— Pueden dejar que cuide de sí misma —continuó—. No hace falta tanta fiesta. Tendría que estar contentísima de no tener que vivir en el campamento, y poder estar en el colegio sin pagar ni un céntimo. ¿Tengo razón o no?

No cabía duda, hablaba de Ilonka. Puck sentía cómo el calor le subía a las mejillas. Annelise no tenía por qué decir esas cosas. Si empezaba a chismorrear tan maliciosamente, la existencia de Ilonka en el colegio se convertiría pronto en un infierno. Se levantó y fue hacia las dos chicas.

Annelise la miró sorprendida:

— ¿Así que nos estabas espiando?

— No — dijo Puck acalorada —, no estaba espiando. Estaba sentada tras el árbol, leyendo una carta de papá, y no pude evitar el oír lo que decías. Y si hablabas de Ilonka, entonces...

— ¡Entonces sí que estabas escuchando! —dijo Annelise mirando a Puck despectivamente—. Creí que todo el mundo tenía derecho a hablar de lo que le venga en gana, sin miedo a ser espiado.

La niña que venía con Annelise miraba asustada a una y a otra. Estaba segura que de un momento a otro iban a estallar.

— Te voy a decir una cosa Annelise —dijo Puck intentando calmarse—. Claro que se puede hablar de todo, y sabes tan bien como yo que no estaba espiando. He tenido una carta de papá, mírala. Estaba leyéndola cuando veníais, pero tu voz es tan penetrante que no he podido evitar oír lo que decías. Así pues quiero llamar tu atención sobre el hecho de que Ilonka es una refugiada y está sola; que no tiene ni padre ni madre por el momento, ni tiene idea de dónde se encuentran ni aun de si viven. Si en estas circunstancias no la tratamos con todo el cariño y

amabilidad de que somos capaces, no valemos gran cosa. Debería darte vergüenza. Y si tratas de hablar mal de Ilonka, me las vas a pagar.

— ¿Qué quieres decir?

Annelise hizo un gesto orgulloso con la cabeza. Ahora se trataba de no quedar mal ante la más pequeña.

Puck se le acercó aún más:

— Sabes perfectamente a lo que me refiero. Si no tratas bien a Ilonka, si me entero de que intentas hacerle daño o si de alguna manera la molestas, lo pagarás.

Annelise dio un empujón a Puck que estuvo a punto de derribarla.

— Bah, tonterías —dijo, volviéndose hacia su «dama de honor»—. Ven, no queremos escuchar más estupideces.

La otra niña miró asustada a Puck y siguió a Annelise. Puck permanecía en el sendero del jardín viendo como se alejaban. Estaba furiosa y triste a la vez, porque presentía que de aquella entrevista iban a surgir problemas que causarían daño a Ilonka.

No podía apartar el pensamiento de su mente, y menos aún la preocupación. Cuanto más pensaba en las palabras de Annelise y en el tono de su voz, más miedo sentía de que pudiera tramar algo que causara problemas a la niña húngara.

Puck decidió dar un paseo y pensar detenidamente sobre el asunto. No debía actuar estando furiosa. No haría ningún favor a Ilonka echando más leña al fuego. Cuanta más sensación tuviera Annelise de estar en un callejón sin salida, mayor era la posibilidad de que hiciera un daño irreparable. Más valía dar un paseo y pensar con calma la forma de resolver el problema.

En cuanto terminaron las clases, Puck dejó los libros en su habitación, se puso el anorak y metió su monedero en el bolsillo —quizá pasaría por la pastelería del señor Bose en Oesterby. ¿Quién sabe?—. Salió del colegio y se puso en camino.

Hacía un tiempo espléndido. El sol brillaba en un cielo azul sin nubes. Los campos estaban preciosos. Puck iba pensando y pensando durante su paseo, intentando descubrir la causa de que Annelise hubiera cambiado su actitud hacia Ilonka. Estaba claro que el incidente del bosque había sido la causa.

Annelise estaba muy mimada. Era hija única y estaba

acostumbrada a mandar. El día anterior había tenido un fracaso y, en vez de tomarlo a broma, se convirtió en un problema para ella. Sus facultades de hacerse respetar por los demás habían quedado maltrechas. Cuando Ilonka saltó el obstáculo tan fabulosamente bien, quizá Annelise, sin pensarlo, había visto en ella una enemiga, sólo porque montaba mejor.

La causa también podía haber sido el que Ilonka hubiera intimado con Puck y despertado los celos de Annelise. A Annelise le era muy fácil sentirse celosa pues, siendo hija única, estaba acostumbrada a ser el número uno. Más de una vez había sucedido eso en el colegio.

En el fondo era una buena chica; pero tenía un genio violento e impulsivo y, con frecuencia, decía cosas que en realidad no sentía, sólo porque quería hacerse respetar. Puck sabía muy bien que si no lograba hacer las paces de alguna forma, las cosas acabarían mal. ¡Qué tonta había sido al enfrentarse con Annelise! No debió haberla amenazado. Sobre todo, mientras escuchaba una niña más pequeña. Ahora era una cuestión de honor para Annelise. Era muy orgullosa y, seguramente, iba a demostrar a las chicas pequeñas que ella no tenía miedo, y que no se le podía amenazar impunemente.

Puck se paró. Miraba hacia los campos del sur. El hermoso paisaje de Selandia que conocía tan bien de sus paseos a pie o en bicicleta, se extendía ante ella. ¡Cómo amaba aquella región! Mientras viviera se acordaría del pensionado de Egeborg con cariño y gratitud. Nunca hubiera creído que, llegaría a considerarlo como su hogar.

Cuando llegó se sentía muy infeliz y triste, igual que Ilonka ahora. Pero el caso de Ilonka era peor, por no conocer la suerte de sus padres. Puck no había tenido ocasión de hablar con ella sobre su familia. En parte porque era difícil conversar con ella, debido a sus limitados conocimientos del idioma; en parte porque tenía la impresión de que preferiría guardar silencio respecto a su pena y preocupación. Esto entristecía a Puck. Estaba, segura de que, si lograba animarla y darle esperanzas, su vida mejoraría.

Puck dejó correr su vista por el paisaje. Allá abajo, cruzando los sembrados, se veía el camino que llegaba de Sundkoebing, pasando por el colegio. Puck vio acercarse un pequeño coche negro a gran velocidad. Era un precioso descapotable. Cuando se hubo acercado

más, vio que llevaba matrícula de Copenhague. A Puck siempre le habían gustado los coches. Conocía la mayor parte de las marcas y tenía gran afición por hojear revistas ilustradas americanas con sus espectaculares anuncios de automóviles en brillantes colores. Cuando el coche llegó donde se encontraba la muchacha, disminuyó la marcha y se paró junto a ella. Conducía un hombre con abrigo y sombrero verdes.

— ¡Hola, hijita! — saludó con sonora y amable voz —. ¿Podías decirme donde está Oesterby? .

Puck se acercó al coche. La cara del hombre era agradable. Llevaba gafas gruesas, y tenía las sienes plateadas, casi blancas.

— Siga usted recto por este camino. Oesterby está a pocos kilómetros.

— Gracias —dijo el hombre, y se dispuso a arrancar; pero se detuvo. Se asomó de nuevo.

— ¿Vives en el pensionado? —preguntó.

Puck dijo que sí con la cabeza:

— ¿Es el edificio que se va allá abajo?

— Sí, al lado de la arboleda.

— He oído hablar muy bien del pensionado de Egeborg. — El hombre sonreía afablemente —. Dicen que es un colegio muy bueno.

— Sí que lo es — dijo Puck satisfecha —. Lo pasamos muy bien.

— ¿Sois muchos?



— Sí, entre chicos y chicas somos bastantes.

Se hizo un breve silencio. Entonces dijo el hombre:

— ¿Quizá conoces a Ilonka Racz?

Puck se sobresaltó. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y

preguntó:

— ¿De qué la conoce usted?

El hombre se reía.

— Tengo algo que ver con la «Ayuda a los Refugiados Húngaros»

—dijo—. ¿Quizá tú eres su amiga?

Puck volvió a mover la cabeza afirmando.

— Sí, se puede decir que sí. Es una chica excelente. ¿Le llevo sus saludos?

— No, gracias, no creo que me conozca. Pero yo la conozco por mi trabajo. ¿Cuánto tiempo crees que va a permanecer en el colegio?

— Nadie lo sabe —contestó Puck—; sin embargo, espero que se quede por mucho tiempo.

— Bueno, ya veremos —dijo.

El hombre encendió un cigarrillo, aspiró profundamente, expulsó el humo y se volvió de nuevo a Puck. La saludó, puso la primera y se fue en dirección a Oesterby.

Puck se quedó mirándole. ¿Quién era aquel hombre? Seguramente algún funcionario de un ministerio que había ido de visita al campamento de los refugiados cerca de Sundkoebing. Qué raro era que pudiera acordarse del nombre de Ilonka. Puck se sobresaltó. ¿Cuál era el número de la matrícula? K. 23 y tres cifras más. Qué tonta había sido de no fijarse bien. Pero era 23 y algo. ¿Y qué coche era? Recordó que era un «Mercedes».

Puck movió la cabeza como para alejar sus pensamientos. No debería ver misterios por todas partes. Más valía encontrar una solución para que Annelise recobrara su buen humor y evitar problemas a Ilonka.

Puck continuó su paseo; pero no logró olvidar el precioso coche negro y el señor tan amable que había preguntado por Ilonka. ¿Quién era? ¿Sabía algo de Ilonka que los demás ignoraban?

Cuando llegó a Oesterby miró por todas partes en busca del pequeño descapotable. No tuvo éxito. Seguro que había pasado hacía rato.

Puck se paró ante el escaparate del señor Bose. Decidió comprar regaliz y chocolate con el resto de su asignación semanal. Siempre iba bien tener dulces guardados, sobre todo si había que poner a alguien de buen humor. Puck había decidido que, costara lo que

costara, con regaliz o concesiones, había que poner a Annelise de buen humor. Sobre todo, para evitar problemas a Ilonka.

Puck no se dio cuenta de que estaban en la pastelería hasta que tropezó con dos de sus amigos del colegio. Hugo Svendsen y Henrik Smith, más conocidos por los mote de Alboroto y Cavador.

— ¡Vaya, caya! ¿Estáis gastando vuestro dinero en dulces?

Detrás del mostrador, el pastelero Bose estaba riendo.

— A mí me gustan los clientes fijos; así siempre se sabe a qué atenerse — dijo el buen hombre.

— Sí — sonrió Puck —. Sobre todo, si pagan.

— Me parece que esto va dirigido a ti, Henrik —apuntó el señor Bose.

— No lo puedo creer — dijo Cavador poniendo cara de inocente —. Creo recordar que solamente le debo a usted dos coronas. He pagado mi deuda a plazos honradamente durante los dos últimos meses. ¿No es verdad?

— Claro que es verdad, y también es verdad que siempre eres bien venido aquí. ¿Tú qué quieres, jovencita?

Puck vaciló. Sabía que resultaba caro comprar dulces estando delante Alboroto y Cavador. Pero, por otro lado, sus dos amigos eran muy espléndidos cuando tenían algo que repartir, para que ahora ella se mostrase mezquina.

— Te voy a ayudar, hijita —propuso Alboroto—. ¿Y si empezáramos con unos trozos de mazapán y después algo de turrón? Acaba de llegar un gran surtido, y es delicioso. Claro que vale una fortuna; pero tú siempre tienes dinero.

— ¡Para! Para un poco, que yo había pensado comprar otras cosas —rió Puck—. Necesito regaliz, una bolsa de caramelos y algunas pastillas de chocolate, pero tienen que ser de las más baratas. ¿No tiene nada roto para vender?

— Mientras el pensionado de Egeborg siga por aquí, no hay nada que no se pueda vender —dijo el pastelero, mirándola feliz.

Cavador se había acercado a la ventana y estaba mirando a la calle. De repente exclamó:

— Mira qué coche. ¿Lo habéis visto?

Alboroto corrió hacia la ventana.

— Ya se fue —dijo Cavador—. Era un «Mercedes 220», descapotable. Algo bueno, puedes creerme. ¡Lástima que no lo

visteis!

— ¿Te fijaste en el número de la matrícula? —preguntó Puck.

— No. ¿Por qué? ¿Conoces a alguien que tenga un «Mercedes»? Si es así, me vas a impresionar. Es un coche fabuloso.

— No, sólo sentía curiosidad. Tenga, señor Bose, aquí está el dinero. Más vale regresar al colegio. ¿Habéis venido en bicicleta?

— Sí. ¿No las viste? ¿Tú vas a pie?

— Sí, tenía ganas de pasear. ¡Hace tan buen tiempo! Además, tenía muchas cosas en qué pensar.

— Bueno, te acompañaremos un trozo a pie —propuso Alboroto —. Es mucho más divertido ir juntos... masticando.

Se despidieron del señor Bose y emprendieron el regreso. Alboroto, Cavadador y Puck habían sido grandes amigos desde la llegada de Puck al pensionado de Egeborg. Los dos chicos eran los alumnos más populares, siempre dispuestos a gastar bromas, aunque algo menos tratándose de los trabajos escolares; pero tanto los alumnos como el profesorado apreciaban su buen humor y su honrado compañerismo.

Mientras tomaban el camino hacia el colegio, dijo Alboroto:

— ¿Cómo te va con tu hija adoptiva? Quiero decir con llonka; parece que ha intimado mucho contigo.

— Nos va muy bien — dijo Puck —. Pero hay muchos problemas, llonka está muy triste y añora a sus padres. No sabe qué ha sido de ellos ni si están vivos. No ha tenido noticias desde su fuga de Hungría. Pensad, además, por lo que lia tenido que pasar antes de llegar a Austria.

— Leí en el periódico sobre una niña que llegó a un campamento de Italia; pero pudo localizar a sus padres adoptivos en Dinamarca — dijo Cavadador —. Le dieron permiso para venir a reunirse con ellos aquí. Pero, ¿no crees que será muy difícil encontrar a los padres de llonka? Y pensar que ellos quizá la están buscando en otro país. ¡Ojalá se encuentren pronto!

— Si han logrado escapar. ¿Sabes lo que hace su padre?

— Tengo entendido — dijo Puck —, que es un famoso físico nuclear.

— ¡Madre! Igual que Niels Bohr.

— Sí. Además, creo que fue alumno de Niels Bohr.

— Si es físico nuclear — dijo Cavadador—, es extraño que los

rusos no lo hayan retenido hace tiempo. Siempre creí que mandaban los mejores científicos a Rusia para emplearlos en sus fábricas nucleares.

— Quizá esto ha sido la causa de su intento de fuga —dijo Puck—. Quizá se escapó para no ayudar a los rusos a fabricar bombas atómicas.

— No me extrañaría —opinó Alboroto.

Anduvieron un rato en silencio. Entonces Alboroto prosiguió:

— Tiene que haber gente en este país que conozca a Ilonka.

— ¿Qué quieres decir? —dijo Puck sobresaltada.

— Nada. Es que ayer me tropecé con un hombre a la entrada del colegio.

— ¿Un hombre?

Puck se paró y se volvió hacia Alboroto. Le tomó por el brazo.

— ¿Por qué no lo has dicho antes? —dijo entrecortada.

Alboroto la miró asombrado:

— ¿Por qué tenía que contártelo? No hay nada raro en preguntar por ella. Era un hombre muy simpático.

— ¿Cómo era? ¿Tenía el pelo gris? ¿Llevaba gafas y un abrigo verde?

Alboroto la miró aún más sorprendido.

— ¡Escucha! —dijo—. ¿Me estás interrogando? ¿Quizá tengo el honor de hablar con el jefe de la policía en persona?

Sonreía. Puck movió la cabeza negativamente:

— ¿Quieres tomar esto en serio? Es serio. Tengo que saber cómo era el hombre. Es muy raro que tanta gente pregunte por Ilonka. ¿Por qué no entran al colegio a hablar con el director? ¿Por qué nos preguntan a nosotros? Esta tarde, aquí en el camino, un hombre me detuvo. Conducía un «Mercedes». Tenía, como os he dicho antes, pelo gris y gafas y abrigo verde. ¿Tenía este aspecto el hombre de ayer?

Alboroto negó con la cabeza:

— No. Era un hombre pequeño y gordo. Muy simpático. Vino andando. Creo que empezamos a hablar por casualidad. Durante la conversación dejé caer una palabra sobre Ilonka.

— Pero, ¿qué quería saber de ella?

— Solamente mencionó su nombre. Dijo que él trabajaba en el servicio de ayuda a los refugiados. La conocía por eso. Preguntó

dónde vivía.

— ¿Y tú se lo dijiste?

— Claro. No es ningún secreto. Nadie ha dicho que no podamos decir que vive en el colegio. Además, mucha gente de por aquí alrededor lo sabe. No hay nada raro en eso.

— A mí también me parece que te excitas demasiado

— dijo Cavadó —. Se puede preguntar por una persona sin que haya nada criminal en ello.

— No, claro que no — dijo Puck —. No tiene por qué ser algo criminal preguntar por Ilonka. Pero encuentro raro que un hombre me detenga aquí en el camino para preguntar por ella, y ahora tú me cuentas que lo mismo te pasó a ti ayer. Pero son dos hombres distintos. Y los dos hablan de ella como por casualidad. ¿Por qué?

— Estás viendo fantasmas a la luz del día —opinó Alboroto—. Si los dos hombres trabajan para la «Ayuda a los Refugiados Húngaros», lo cual es muy probable teniendo en cuenta que hay un campamento cerca de Sundkoebing, parece natural que pregunten cómo se encuentra la chica, ahora que se ha trasladado al colegio.

— Sí, en eso tienes razón; pero no preguntaban por eso únicamente. Estaban interesados en saber si ella estaba aquí.

— Oye... ¡Eso es verdad! —reflexionó—. Quizá hay algo más en todo esto. Pero ¿qué podemos hacer?

— No vamos a hacer nada — opinó Cavadó —. No ha pasado nada. Ilonka se encuentra bien en el colegio, y todo está en orden. Además, ¿qué interés iban a tener esos hombres en ella?

— Tampoco yo lo sé. Solamente me parece raro que se interesen por ella.

— Bueno, vamos a ver lo que pasa. Démonos prisa en regresar al colegio. Es hora del repaso.

— ¿Por qué no vais vosotros delante? No tenéis por qué ir andando. Yo ya llegaré a tiempo.

— Bueno, pues nos largamos — dijo Alboroto —. ¡Hasta luego!

Los chicos montaron en las bicicletas y se dirigieron al colegio. Puck siguió su camino pensativa. Otra vez reflexionó: ¿Qué sabía el hombre del coche descapotable sobre Ilonka? Quizá la respuesta a aquella pregunta era la clave del problema de la niña húngara. Quizá Ilonka guardaba un secreto. Todo era bastante misterioso, pensó Puck mientras pasaba por delante de La Gran Granja antes de

llegar al colegio.

Llegó cuando la campana anunciaba la hora del repaso.

Subió corriendo las escaleras, cruzó el vestíbulo, y entró en el «Trébol de Cuatro Hojas», donde Inger ya estaba sentada con sus libros delante. ¡Inger era siempre tan terriblemente puntual y ordenada!...

— ¡Hola! —dijo Inger—. ¿Has estado en Oesterby?

— Sí, y traigo bastante surtido a casa. ¿Dónde están las otras?

Se escuchaban pasos en el corredor. La puerta se abrió y Karen entró corriendo.

— He llegado en el último momento —jadeó—. Estaba cerca del lago. Hace un tiempo tan bueno que cuesta trabajo decidirse a regresar.

Se paró y miró a las otras:

— ¿No está aquí Ilonka?

— No — contestó Inger —. Creí que tú sabías donde estaba.

Karen hizo un gesto afirmativo con la cabeza:

— Sí, pero entonces me puse a charlar con unos compañeros. Luego Ilonka... No sé cómo pasó, pero me parece que estaba peleándose con Annelise.

Puck la miró con fijeza.

— ¿Con Annelise? ¿Por qué se peleaban?

— No tengo la menor idea — dijo Karen —. Quiero decir que no sé cómo empezó. Pero ya sabes cómo es Annelise cuando está de mal humor. No creo que Ilonka la molestara; pero, de repente, Annelise empezó a gritarle. Dijo un montón de cosas feas, que no debía haber dicho. Annelise tiene demasiado genio.

— ¿Y qué dijo Ilonka?

— No mucho. Le es bastante difícil defenderse en danés.

— Y vosotros, ¿por qué no intervinisteis?

Karen hizo un gesto orgulloso:

— ¿Qué te has creído? Puedes estar segura de que le dije todo lo que pensaba. No hubo ni uno entre nosotros que estuviera de acuerdo con ella. Un par de las pequeñas miraban con la boca abierta a Annelise y parecían muy impresionadas. Pero nosotros nos pusimos de parte de Ilonka, porque es muy injusto tratarla mal.

— Sí, pero ¿qué pasó con Ilonka? ¿No viste hacia dónde se fue?

— Nada más. Annelise se fue y nosotros nos quedamos

arreglando uno de los botes.

Karen vaciló un instante, reflexionando.

— Creo que se fue bordeando la orilla del lago. Creí que le gustaría estar sola después de la pelea. Todo había terminado ya. Después no he vuelto a verla.

— ¿Cuánto tiempo hace de esto? —preguntó Puck.

Empezaba a inquietarse por lo que pudiera haber ocurrido. Una sensación de miedo la invadió. No podía explicarlo. No podía probar nada. Le sería difícil convencer a los demás de que Ilonka corría peligro. Pero ella no dudaba de que algo terrible estaba pasando.

Ilonka estaba en peligro; en un grave peligro.

— Tenemos que encontrarla. Vamos a buscarla en seguida.

— Pero, no podemos salir ahora —dijo Inger—. El repaso...

— Tendrá que esperar —dijo Puck decidida—. Si Ilonka ha desaparecido, es nuestro deber encontrarla. Hablaré con la señorita Holm y le diré que es necesario que salgamos.

— ¿Crees de verdad que algo malo está ocurriendo? —preguntó Inger.

— No sólo lo creo, sino que estoy completamente convencida —dijo Puck—. No creáis que estoy volviéndome histérica. No puedo probar nada; sin embargo, tengo la sensación de... Pero venid, no podemos perder tiempo.

Las tres muchachas salieron corriendo. Puck fue a la habitación de la «capitana del corredor», la señorita Holm, y llamó a la puerta.

— Pase.

Puck abrió. La señorita Holm estaba sentada en un sillón, leyendo una revista de actualidad.

— ¿Qué haces aquí? Deberías estar estudiando en tu habitación —dijo.

La señorita Holm tenía la costumbre de parecer enfadada. Escuchó la explicación de Puck y dijo muy seria:

— Creo que exageras, pero si estás inquieta no voy a ser yo quien te impida buscar a Ilonka. Ve con Inger y Karen. Pero tienes que prometerme estudiar a vuestro regreso. El colegio tiene sus normas.

— Prometido —dijo Puck—, y gracias.

Las tres niñas bajaron corriendo la escalera y cruzaron el jardín.

— ¿Qué camino tomó? —preguntó Puck.

— El camino hacia la casa de los profesores.

— En otras palabras, hacia el bosque. Vamos corriendo.

Corrían lo más rápido posible. Puck iba delante. No había ni rastro de Ilonka. Pero quizá la encontrarían al pasar por la casa del guardabosque. Allí, el arbolado no era tan denso y sería más fácil ver entre los troncos.

«¡Ojalá no lleguemos tarde! —pensó Puck—, ¡Ojalá no le haya pasado nada! Hay que encontrarla pronto..., pronto».

Las tres niñas corrían junto a la orilla. Al pasar por delante de la casa del guardabosques se pararon a mirar indecisas a su alrededor. ¡Ni rastro!

— ¿Estás segura de que tomó este camino? —preguntó Puck.

—

Karen afirmó con la cabeza:

— Segurísima. Iba caminando por la orilla del lago desde el embarcadero. Claro que puede haber cambiado de dirección.

— La hubiéramos visto cuando cruzábamos el jardín —opinó Inger.

— Pero me es difícil creer que se haya adentrado más en el bosque —tartamudeó Karen, que ya empezaba a tener miedo—. ¿Por qué crees que se habrá marchado? Todos la apoyábamos. Solamente Annelise fue la que..., y ni siquiera sé si fue algo serio. De vez en cuando todos nos peleamos, ¿no? Pero no es para tomarlo así.

— Quizá nosotras no —dijo Inger—. Sin embargo, si estás sola en el mundo y estás triste, entonces no necesitas muchas razones para desesperarte.

— ¿Pero qué vamos a hacer? —dijo Karen angustiada—. Si de veras Ilonka se ha metido en el bosque, será imposible para nosotras encontrarla.

— Podemos seguir las veredas del bosque —sugirió Inger.

— No creo que nos sirva de mucho —dijo Puck—. Hay que pensar en lo que hubiéramos hecho nosotras en su situación. No creo...

Puck hizo una pequeña pausa. Un recuerdo surgió en su memoria. El recuerdo de cuando ella también se fugó al bosque. Aquél día en que ella se refugió en la soledad de la naturaleza para

estar a solas con sus preocupaciones y sus penas.

— No —dijo lentamente—, por los senderos no. Lo mejor sería buscarla entre los árboles, y será muy difícil encontrarla allí. Pero tenemos que intentarlo. Cada una en una dirección, a ver si logramos encontrar su rastro. Si tú, Inger, continúas hacia el norte, por la orilla del lago, puedes tomar el camino que cruza el pantano. Y tú, Karen, la zona alrededor de la casa del guardabosques. Yo tomaré el camino sur, hacia la arboleda. La llamaremos de vez en cuando en voz alta. A ver si nos oye. Pero creo que debemos darnos prisa, mucha prisa.

— No comprendo por qué lo tomas tan en serio — dijo Inger—. Claro que es triste que se haya marchado, pero ¿por qué necesariamente le iba a pasar algo malo? El bosque suele ser bastante tranquilo.

Puck vaciló. Estaba a punto de darles una explicación...,pero lo dejó. Sonaba demasiado fantástica para que pudieran creerla. Dirían que tenía demasiada imaginación, simplemente.

— Bueno, claro — dijo —, no hay ninguna razón para tener miedo; pero no podemos olvidar que ella es una extraña aquí y no conoce el bosque. Todo es nuevo para ella. Es necesario encontrarla. Pensad lo infeliz que debe de sentirse.

— Tienes toda la razón, Puck — dijo Inger —. Ven, vámonos.

Las niñas se separaron, tomando cada una dirección distinta. Era un terreno grande el que habían decidido explorar. Pero para obtener resultados no había otra solución. Puck cruzó la zona de arbolado al sur de la casa del guardabosque, y llegó hasta el claro arado que servía de cortafuegos e iba desde el camino rural hacia el oeste entre la arboleda y el Bosque de Oeste.

Conocía aquel trozo tan bien como el bosque, y sabía qué pocas probabilidades tenía de dar con Ilonka allí. Algunas partes eran casi impenetrables. Los abetos estaban muy juntos y no había razón para creer que la niña húngara se hubiera metido donde las ramas podían dañarle la cara y arañarle las manos. Era más probable que hubiera pasado por la parte donde la vegetación era menos densa y los árboles estaban más separados. Pero también este espacio era muy grande y llegaba, hacia el sur, hasta la parte seca del lago Soender.

Puck oía cómo sus amigas llamaban en voz alta a la

desaparecida, pero no había contestación. Ella misma repetía el nombre de Ilonka una y otra vez mientras buscaba, mirando entre los árboles, con la esperanza de ver a la muchacha húngara.

Al final había llegado tan lejos que pudo ver el camino rural y el lago Soender. Se paró un instante pensando adonde ir. Naturalmente, podía seguir hacia el oeste, pero la posibilidad de encontrar a Ilonka en la parte sur era igual de grande, y aún le faltaba un buen trozo antes de llegar a la linde.

Puck aún no había decidido qué camino seguir cuando oyó el ruido de un automóvil que se acercaba. Con cautela fue hacia el camino. Manteniéndose escondida detrás de un abeto intentó ver quién venía conduciendo.

»Podría ser —pensó— el «Mercedes» de antes, aunque sería demasiada casualidad »

Puck movió la cabeza como para alejar sus pensamientos. Debía tener cuidado con su imaginación.

El coche apareció en el camino. Era un gran automóvil americano de color verde. Cuando se hubo acercado más aminoró la marcha, y Puck se acurrucó detrás del árbol cuando vio que el conductor paraba el auto justo enfrente del sitio donde ella estaba.



Había dos hombres en el asiento delantero. Puck no conocía a ninguno de los dos. Uno de ellos bajó el cristal y tiró una cerilla. Fumaba un puro voluptuosamente, y azuladas nubes salían por la ventanilla del coche. Oyó la voz del otro hombre, que decía:

— Deja la ventanilla abierta. Este humo es para asfixiarse.

— Es un puro muy bueno. Ha costado cuatro coronas, amigo.

El hombre del puro tenía la cara redonda y era calvo. Tenía un aspecto simpático.

— ¿Por qué nos hemos parado precisamente aquí? —dijo el otro.

— Porque más adelante hay una granja. Aquí nadie puede vernos.

— ¿Y qué estamos esperando?

— Nada esta vez. Pero más vale conocer un poco el terreno.

— Creí que teníamos órdenes fijas —dudó el otro.

El hombre de la cara redonda se rió.

— Claro que las tengo —dijo—. Pero no debo decirlo todo de una vez. Antes tienes que decidir si o no. Aún estás a tiempo de rehusar.

La voz dél otro sonó irritada:

— Claro que sí. Ya lo he dicho una vez. Trabajamos para la misma causa y estamos juntos, ¿no?

El hombre del puro rió de nuevo:

— Esto depende exclusivamente de ti. Mientras hagas lo que debes hacer, estaremos juntos. Y cuando dejes de hacerlo, entonces...

Hubo una pequeña pausa. Estaba claro que era el hombre de la cara redonda quien mandaba. Pero qué cosas tan extrañas decían, pensó Puck.

— Me gustaría — dijo el otro poco después — saber pronto de qué se trata. Sé que tenemos una gran misión aquí, pero me siento como un imbécil por no saber qué clase de trabajo he de hacer.

— Bueno, algo sí te puedo decir ya — dijo el hombre de la cara redonda —. Has oído hablar de Raczy, ¿no?

— ¿Raczy? ¿Ese profesor atómico melenudo?

— Sí, ese.

— Pero... Él no esta aquí. ¿No se encuentra en Suiza?

— Sí, vive en Berna. Le hemos encontrado. Y también nos hemos comunicado con él. Estaba en el último informe entre los responsables de un proyecto llamado Z-421.

— Sí, eso ya lo sé. No tengo ni idea de lo que significa Z-421, pero...

— Tampoco tienes por qué saberlo. Mientras sepas que se llama Z-421, lo cual significa bastante para nosotros, sabes más que suficiente. Muchos estarían contentísimos de saber sólo la mitad de lo que tú sabes. Pero dejémoslo. Lo importante es habernos comunicado con Raczy.

— Pero, si se ha escapado de Hungría y está en Suiza...

— Si claro, precisamente por eso hemos estado en contacto con él. Mientras permanezca en Suiza no conocerá nuestros propósitos. Se trata de hacerle regresar.

— No regresará jamás.

— Quizá no —el hombre de la cabeza redonda se rió—; quizá sí. Todo depende de ti. Veamos. Hay ciertas partes de este paisaje que debes aprender de memoria. Ahora, quiero...

Empezó a subir los cristales, puso el coche en marcha y arrancó. Puck se quedó mirando el gran coche verde. Su corazón latía violentamente. Lo que había oído le daba escalofríos. Empezaba a ver claros ciertos aspectos del problema en el cual, de repente, estaba involucrada. La amenaza era aún más grande de lo que ella se había imaginado.

Ahora era mucho más importante encontrar a Ilonka. Costara lo que costara, había que dar con ella. Era horrible pensar que andaba sola por el bosque, cuando su vida estaba en peligro. Puck vacilaba, pero dio la vuelta y se adentró corriendo en el bosque. Mientras se dirigía hacia el oeste, a intervalos cortos gritaba el nombre de Ilonka. Cruzaba entre los árboles intentando organizar su búsqueda de forma que tuviera más posibilidades de ver o dar con Ilonka, si era que aún se encontraba allí.

De repente se paró y escuchó. Oía un sonido regular, como de gente trabajando en el interior del bosque. Siguió el sonido. Quizá los leñadores habían visto algo que pudiese ayudarla.

Poco después llegó a un camino donde dos leñadores estaban talando abetos y troceándolos. Había una pequeña caseta para los trabajadores al lado del camino. De la chimenea salía un humo claro y azulado.

Los hombres saludaron amistosamente a Puck, quien se paró y dijo:

— ¿No habrán visto ustedes por casualidad a una niña morena de mi edad?

Uno de los hombres negó con la cabeza. El otro se quitó el sombrero y se rascó el cogote mientras parecía concentrarse.

— ¿Tiene que haber sido hoy? —preguntó.

— Sí, esta tarde.

— ¿Era muy morena?

— Sí. Tiene el pelo negro como el carbón. Y sus ojos también son negros.

— Pero, Lars — dijo el hombre volviéndose hacia su compañero

—. ¿No era aquélla que vimos cerca de la casa del guardabosque,

cuando fuimos a ayudar a Iversen a subir el tronco al carro?

— No recuerdo haber visto a nadie — dijo el otro.

Parecía no tener ningún interés en el asunto.

— Pero tiene que haber sido ella. Una chiquilla que venía del lago. Me fijé porque tenía aspecto de extranjera... No parecía danesa... Quizá italiana o algo por el estilo.

— Seguro que era ella —dijo Puck—. ¿Se acuerda usted de cómo iba vestida?

— Pues no; yo no me fijo en esas cosas. Pero en su cabello sí. Y también en que paseaba seria y pensativa.

— Un millón de gracias. Y perdonen que les haya molestado.

Puck saludó a los hombres, que continuaron su trabajo. Corría tan rápidamente como podía. No era allí, sino en la parte sur del lago Ege donde había que buscar. Mientras corría intentó plantearse la situación en la cual se encontraba. ¿Qué debía hacer? ¿Qué sería lo más prudente? ¿Cómo lograría resolver mejor el problema? Naturalmente, hablaría con el director. Tan pronto llegara al colegio iría a contárselo todo, ya que tenía derecho a saberlo y él era quien mejor podía ayudarla.

Durante su estancia en el pensionado de Egeborg, el director Frank y su amable esposa habían sido sus mejores amigos y consejeros. Puck no sabía cómo se hubiera arreglado sin la constante ayuda de aquel matrimonio. El director era un hombre fuerte y culto, con una gran comprensión de los problemas del prójimo, y mucho cariño hacia sus discípulos. La señora Frank no era solamente bonita y moderna, sino una persona buena, casi como una hermana mayor para todas las niñas del colegio. Puck había simpatizado con ella desde el primer día. La admiraba y sabía que siempre podía contar con ella para cualquier problema.

Puck estaba contenta de no saberse sola. Hablaría de todo con el director y la señora Frank. Le darían los buenos consejos que necesitaba y podía poner el problema en sus manos.

Pero primero había que encontrar a Ilonka.

Cruzó corriendo el cortafuegos hasta llegar a la casa del señor Bang, el guardabosques. No podía dejar de pensar en cuánto había significado para ella aquella casa, cuando por primera vez llegó al pensionado de Egeborg. En aquel entonces, también ella era una niñita asustada que había buscado refugio en el bosque, y en su

silencio había encontrado la paz y tranquilidad que necesitaba al encontrarse entre tanta gente extraña que no la entendía muy bien.

El bosque, desde entonces, se había convertido en su amigo, en todo su mundo. Y de una pequeña mimada, tímida y asustada niña de capital llamada Bente, se había convertido en la alegre, decidida y popular interna que todos conocían bajo el apodo de Puck. La casa del guardabosques y una ventana rota habían jugado un importante papel en aquel cambio. En todo esto pensaba Puck cuando llegó a aquella casa, mientras miraba en todas direcciones para ver de hallar a Ilonka.

Al final se acercó y llamó a la puerta. El guardabosques le había prestado ayuda en otra ocasión; seguramente lo haría de nuevo, si se lo pedía.

Fue el mismo señor Bang quien abrió la puerta. Contemplaba sonriendo a su inesperada huésped.

— ¡Hola, Bente! Hacía mucho que no había tenido el honor... Pero entra, mujer.

Puck negó con la cabeza.

— Muchas gracias, señor Bang, pero no tengo tiempo. Solamente he venido para que me ayude. Una de mis amigas ha desaparecido. Se trata de la niña húngara que ha venido a vivir al colegio. Tengo miedo de que le haya pasado algo. ¿No la habrá visto usted por casualidad?

— ¿Una niña húngara?

— Sí. ¿No sabe que tenemos una niña húngara en el colegio? Se llama Ilonka Racz y es muy simpática. Pero se ha peleado con... con una de las otras, y se ha marchado al bosque sola. Ahora tengo miedo de que algo le haya ocurrido. Tres compañeras la estamos buscando, sin éxito hasta ahora. Las otras están en el Bosque del Oeste. Yo la busqué en la otra parte, y he hablado con dos de sus obreros. Uno dijo que había visto a Ilonka cerca de la casa de usted.

Creí que quizá también la habría visto usted y podría ayudarme.

— No, no la he visto, pero... Me extraña mucho. He estado la mayor parte del día en el Bosque del Oeste y acabo de regresar. Oí que alguien iba gritando algo por allá arriba. Debían de ser tus amigas.

El guardabosques se rascó pensativo y se pasó la mano por la cara.

— Si estos hombres la han visto por aquí, y ella ha tomado el camino hacia el oeste, tengo que haberme cruzado con ella en algún momento. Esto sería lo más lógico. ¿No habrá regresado al colegio sin que la hayáis visto?

— No creo que haya regresado —dijo Puck—. La hubiéramos visto, con toda seguridad. Tiene que estar en algún lugar del bosque. Creo que quería estar sola. No debe tener ningún deseo de volver al colegio.

— ¿Quieres decir que se ha fugado del pensionado?

Ahora el guardabosques estaba interesado.

— No creo — dijo Puck —. No creo que tenga intención de fugarse. Solamente creo que necesitaba estar sola, y que se ha adentrado en el bosque para evitar la compañía de otra persona. Pero entre el arbolado se puede perder. No conoce el lugar, y si...

Puck se calló. Más valía no decir nada. El caso era demasiado serio. Pero se le ocurrió algo.

— Si no está en el colegio ni en la arboleda ni en el Bosque del Oeste, pero a pesar de ello ha tratado de estar sola, ¿qué otro sitio queda?

— No te entiendo — dijo el guardabosques frunciendo las cejas —. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Es una adivinanza?

Puck reía. La ocurrencia le daba nuevas esperanzas.

— ¿No cabe la posibilidad —preguntó— de que se encuentre aquí?

— ¿Aquí?...

— Sí — dijo Puck —. Quizá esté en uno de los almacenes.

— Esto es fácil de averiguar — contestó el guardabosques —. Ven.

Fueron al primer almacén y abrieron la puerta. Estaba lleno de madera. Había un tronco para partir leña y un hacha. No había nadie. Siguieron su búsqueda. La próxima habitación era una especie de lalicer con un banco de carpintero y varias herramientas. Un rincón estaba lleno de serrín, y... ¡allí estaba Ilonka!

Puck corrió hacia ella.

— Ilonka, nos has tenido muy preocupadas...

Tomó su mano y la levantó. El guardabosques se había quedado en la puerta. Murmuraba algo que Puck no logró entender. Unidas de la mano, las dos niñas salieron al aire libre.

— Tenía tanto miedo de que te hubieras perdido en el bosque...
—dijo Puck.

Se sentía aliviada y triste al mismo tiempo. Los ojos de Ilonka mostraban una gran tristeza. En su cara se notaba que había estado llorando.

— Ven; regresemos al colegio. Inger y Karen te están buscando por el bosque. Quizá nos oigan. Vamos a decirles que todo va bien. ¡Si supieras el miedo que he pasado!...

La muchacha húngara miraba a Puck sin comprender. Seguramente no sabía lo que estaba pasando, ni la situación que sólo Puck conocía y que, de momento, estaba decidida a callar.

Hablaría con el director Frank, pero con nadie más. Sería horrible si alguien supiera su secreto.

Sabía muy bien que se enfrentaba con fuerzas peligrosas; por eso no quería hacer confidencias a nadie. Sería peligrosísimo dejar escapar semejante secreto. Sobre todo, Ilonka no debía enterarse, pues ya tenía bastantes preocupaciones. Afligida por la soledad y el miedo que sentía por la suerte de sus padres, ya tenía suficiente. Asustarla, además, diciéndole el peligro que corría, sería demasiado para ella.

— Perdone que le haya molestado, señor Bang.

El guardabosque sonreía. Le rogó que no pensara más en ello, que no había sido nada, y aseguró que siempre podía acudir a él si le necesitaba.

Puck agarraba la mano de Ilonka con firmeza. Tenía ganas de salir corriendo hacia el colegio, para protegerse tras sus muros. Pero no podía dejar a Inger y Karen. Estaban en el Bosque del Oeste buscando a la desaparecida. Había que llamarlas.

— Buscar Inger y Karen — dijo.

Ilonka la miró sin comprender al principio. Luego dijo que sí con la cabeza. Señalaba hacia los bosques. Momentos después, las dos amigas se adentraban en el bosque. Corrían unidas de la mano. Puck se sentía aliviada y feliz. Apretó la mano de Ilonka. No iba a soltarla hasta que el peligro hubiera pasado y todo se normalizara de nuevo.

Poco después disminuyeron la marcha, pues no podían seguir corriendo de aquella forma. Puck puso sus manos a ambos lados de la boca, como un altavoz, y gritó los nombres de Inger y Karen.

Por fin escuchó voces, que contestaban desde el norte. Era Inger. De Karen, por el momento, no había ni rastro. Pero cuando se reunieron con Inger empezaron a buscar hacia el oeste, donde era más probable encontrarla. Después de un rato escucharon también su voz que les contestaba, hasta que se encontraron.

Juntas regresaron al colegio. De la pelea con Annelise nadie comentó nada, pero Puck decidió hablar seriamente con ella, tan pronto llegaran. Las amigas estaban contentas de que todo hubiera terminado felizmente. Sólo Puck sabía que el peligro no había desaparecido, que aún era más amenazador. Inger y Karen dijeron a Ilonka lo contentas que estaban de verla de nuevo y le sugirieron juegos y cosas que hacer juntas los días siguientes. Les parecía importante que la niña húngara se sintiera feliz, olvidara malos ratos pasados y se diera cuenta de que tenía amistades de verdad en el colegio. Que podía estar tranquila y contenta, sabiéndose rodeada de gente que la quería.

Cruzaron corriendo el último trozo de jardín y subieron por la escalera grande hasta la puerta principal. Mientras Inger, Karen e Ilonka fueron en dirección al «Trébol de Cuatro Hojas», Puck se fue al despacho del director y llamó a la puerta. Quería ponerle al corriente de la peligrosa situación.

Pero nadie contestaba a su llamada. Volvió a llamar, pero fue en vano. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Dio la vuelta y, luego de cruzar el comedor, se fue hasta la cocina. Un par de chicas estaban allí, preparando la cena.

— ¿Alguien ha visto a la señora Frank? —preguntó Puck.

Thora, la cocinera, negó con la cabeza:

— La señora Frank no está en casa. El director y su esposa se han ido a la ciudad.

— ¿A Sundkoebing?

— No, a Copenhague. Van a una fiesta; a una junta escolar. No regresarán hasta pasado mañana. ¿Querías hablarle de algo importante?

— No, nada en realidad — dijo Puck —. Perdone la molestia.

Regresó por el comedor y empezó a subir la escalera lentamente. ¿Qué podía hacer ahora? Aún quedaban los profesores; pero no tenía ganas de hablar con ellos. Seguramente tampoco iban a entenderla. No estaba segura de poder explicarles su secreto. Dirían

que tenía demasiada imaginación, que había leído demasiadas novelas de aventuras, o que quería hacerse la interesante. Que un par de hombres, que dijeron trabajar al servicio de los refugiados, hubieran preguntado por Ilonka, no era raro.

Pero Puck estaba convencida de que la misteriosa conversación de aquellos dos hombres era por el contrario algo extraordinariamente peligroso. ¿Lograría hacer creer a alguien que aquella conversación fue real? Sabía que el director la creería. Pero las maestras viejas no sabrían qué hacer ante semejante noticia. ¿Y los profesores? Podía hablar con uno de ellos; pero quizá merecía la pena esperar el regreso del director. No tardaría más de un día en volver.

Mientras tanto, trataría de mantener a Ilonka en casa y abrir mucho los ojos para estar al tanto de los acontecimientos. No había por que creer que Ilonka corriera peligro mientras permaneciera en el colegio. Sólo si salía del jardín podía ser peligroso. Por lo tanto, había que mantener a Ilonka ocupada dentro del edificio, hasta que el director Frank y su esposa volvieran de Copenhague.

Puck llamó a la puerta de la señorita Holm. Entró.

— Bueno —dijo la maestra—. ¿Habéis encontrado a la desaparecida?

— Sí, la encontramos por fin. ¿Sabe usted dónde estaba? En uno de los almacenes del señor Bang, el guardabosques.

— Qué sitio más raro para esconderse —opinó la señorita Holm—. ¿Crees que le pasa algo?

— No, nada. Necesitaba estar sola, porque estaba de mal humor. Ahora está contenta otra vez. Creo que lo mejor será no decirle nada.

— Pero, no logro entender... —dijo la señorita Holm y se levantó—. Creo que debería...

— Ay, no —dijo Puck persuasiva—; no lo haga. Sé que todo está bien. Se había peleado con alguien y esto la puso muy triste. Ya ha terminado de llorar y se encuentra muy bien, estoy segura.

Pero la señorita Holm no estaba tan segura como Puck. Y no le gustaba recibir consejos de una de sus alumnas.

— Muy bien —dijo—. Regresa a tu habitación. Dile a Ilonka que me gustaría hablar con ella un momento.

Puck se quedó mirándola seria, como suplicando a la maestra.

Deseaba convencer a la señorita Holm de que lo mejor era dejar en paz a Ilonka. Pero, ¿cómo es posible convencer a una maestra?

— Anda, de prisa —dijo la señorita Holm, y su voz sonaba irritada—. Haz lo que te digo.

Puck se fue. Suspiró hondo, pensando que debía obedecer. Son los adultos quienes mandan..., aunque no siempre tengan razón.

Regresó al «Trébol de Cuatro Hojas». Ilonka estaba sentada en su mesa, estudiando. Parecía contenta. Inger levantó la vista al entrar Puck, y de su sonrisa ésta dedujo que Inger estaba convencida de que todo estaba en orden.

— Ilonka, la señorita quiere hablarte — dijo Puck.

Lo dijo lentamente, esforzándose por hablar claro para que la otra le pudiera entender, al mismo tiempo que sonreía ampliamente como para asegurarle que aquella conversación no tenía importancia. A pesar de ello, Ilonka parecía asustada.

— ¿Con mí?

Puck dijo que sí con la cabeza.

— No pasa nada —dijo intentando dar un tono despreocupado a su voz—. No es nada malo, Ilonka. ¿Entiendes? Nada malo... Sólo bueno. Sólo divertido. Señorita Holm... hablar... contigo... ahora.

El intento de quitar importancia al asunto había fracasado. Los ojos de Ilonka estaban muy abiertos y asustados. Inger se levantó y dijo:

— Te acompaño.

Cuando las dos salieron, Puck se dejó caer sobre una silla suspirando.

— ¡Los adultos son a veces los mayores cegatos del mundo! — murmuró.

— A eso —apoyó Karen— se llama hablar claro.

— Es la verdad — dijo Puck —. Le pedí a la señorita Holm que la dejara en paz. Es lo único que Ilonka necesita ahora, que la dejen tranquila para encontrarse a sí misma. Lo único que no necesita es una de esas conversaciones confidenciales en las cuales se trata de sonsacar opiniones y sentimientos de otras personas. Ella necesita tranquilidad, necesita estar despreocupada. Y no ser interrogada por una maestra gorda. ¡Estoy furiosa!

— Es raro verte tan exaltada —dijo Karen, y añadió—: Pero me gusta ver que tú también eres capaz de perder los estribos. Suele ser

a mí a quien llamáis histérica.

— No estoy histérica — dijo Puck con brusquedad —. Solamente estoy furiosa y rabiosa porque ella lo va a estropear todo. Ilonka se encuentra mal, y aunque la señorita Holm es buena, simpática y todo eso, puede empeorar las cosas con sus cuidados maternos. Yo, por lo menos, no estaré tranquila hasta que esta conversación termine.

— No comprendo — dijo Karen —, que lo tomes tan en serio. No tienes por qué estar inquieta.

— La señorita Holm sabe lo que hace. Hablas como si fuera cuestión de vida o muerte.

Puck estuvo a punto de decir que quizá así era, pero se calló. No iba a compartir su secreto con nadie. Era demasiado peligroso hablar de ello. En su lugar dijo:

— Bueno, esperemos a ver cómo salen las cosas.

Se inclinó sobre sus libros. Era tarde ya. También Karen estaba ocupada en sus estudios.

No tardaron en oír pasos en el corredor. La puerta se abrió, Inger e Ilonka entraron. Inger hizo un gesto tranquilizador a espaldas de Ilonka como para decir a Puck que no se preocupara, que todo iba bien. Ilonka, por el contrario, estaba bastante abatida. Forzó una sonrisa y se fue a su mesa. Puck, devolviéndole la sonrisa, preguntó:

— Bueno, ¿lo pasaste mal?

— ¿Mal?... No.

Ilonka negó con la cabeza, y se echó a reír. La risa no sonaba muy convincente, aunque parecía encontrar bastante divertida la situación.

— La señorita Holm sólo intentaba saber por qué Ilonka se había marchado —dijo Inger—. Pero Ilonka no quería decir nada sobre Annelise. Ha estado estupenda, según mi opinión. Es una buena compañera.

— No... enfadar... Annelise... —dijo Ilonka buscando las palabras con cuidado. Añadió: —Annelise... buena.

— Sí es buena — dijo Puck —. Annelise vale mucho, pero tiene ideas raras de vez en cuando. La queremos mucho, y ella también te quiere a ti, Ilonka. Annelise quiere a Ilonka...

Los ojos negros e interrogantes de Ilonka estaban llenos de

lágrimas. Puck fue a sentarse en el borde de la mesa y le dio un golpecito amistoso en la espalda.

— Compréndelo, Ilonka; te queremos mucho todos, y no te vamos a abandonar a tu suerte.

— ¿Abandonar?

Otra vez una palabra que Ilonka no conocía. ¡Qué difícil! ¿Cómo explicárselo? Por encima del hombro, Puck dijo a Inger:

— Inger, rápido, ¿cómo se dice abandonar en alemán?

— Se dice... Se dice... ¿Cómo rayos se dice? —dijo Inger y buscó en su diccionario. Buscaba rápidamente.

— «Wir lassen dir nicht im Stiche». No sé si se dice así, pero creo que se puede entender —añadió sonriendo.

La cara de Ilonka se iluminó. Sabía mucho alemán. Lástima que ése no era el caso de las compañeras del «Trébol de Cuatro Hojas». Ella sabía muy bien lo que habían querido decir. Con una sonrisa ancha y una expresión de gratitud, miró a sus tres amigas. Una pequeña lágrima asomó a sus ojos, corrió sobre sus mejillas y, de repente, su emoción fue demasiado grande. Escondió su cara en las manos y sollozó.

Puck se quedó sentada a su lado en silencio. No dijo nada. Tampoco Inger ni Karen tenían deseos de hablar. La dejaban llorar, que era lo mejor para ella. Había sido la gota que hizo derramar el vaso. Ilonka lloraba sin disimular. El voto de confianza por parte de sus amigas la había convencido. Su llanto expresó el miedo, la pena y preocupación contenidas durante semanas.

Al final levantó la cabeza y miró con los ojos llenos de lágrimas a sus tres compañeras, intentando sonreír efímero. Expresaba su gratitud sabiéndose amiga y que ellas no la abandonarían a su suerte.

Entonces empezó a hablar. Antes había sido muy callada, en parte por las dificultades del idioma, en parte porque se había encerrado en sus penas y preocupaciones. Pero ya no pudo callar; tenía que hacer confidencias. Tenía que contar, contar, contar. ¡Y tenía tantas cosas que explicar! No es sano encerrarse en sí mismo. Muchas veces vale más hablar, sobre todo si se tiene la seguridad de que quienes escuchan entienden.

Ilonka contó sobre su casa en Budapest. Lo bien que habían estado juntos todos, a pesar de que el país estaba ocupado y

oprimido, porque tenían la esperanza que con el tiempo cambiarían las cosas.

El padre disfrutaba de ciertos privilegios por parte de los dueños del país. Le respetaban como científico famoso, esperando que iría a trabajar con ellos para la Unión Soviética. Necesitaban de sus conocimientos y por eso no había sido acosado, como lo habían sido muchos de sus amigos, cuyo único crimen consistía en pertenecer a familias antiguas.

El abuelo había sido hacendado; pero el padre de Ilonka, como hijo menor, no podía hacerse cargo de los bienes paternos. Le habían mandado a la Universidad de Budapest y, más tarde, había estudiado en Viena, Berlín y Copenhague.

En Budapest tenían una casa cerca de una escuela de equitación. Allí fue donde Ilonka aprendió a montar. Tan pronto le sobraba un poco de tiempo, estaba en la escuela ayudando a los mozos del establo a barrer y limpiar los caballos. En recompensa le dejaban montar tantas veces como quisiera. Sus horas más felices las había pasado montando allí.

Poco a poco había comprendido la situación real del país. Había oído hablar a los adultos de muchas cosas que no iban destinadas a oídos infantiles. Relatos de los campos de concentración y conversaciones sobre la manera de interrogar de la dictadura maduró entre la población húngara, ella había notado un ambiente extraño que predecía algo violento y dramático. Pero no tenía idea de lo que iba a pasar.

Un día empezó la sublevación, y en los días siguientes no salió de casa. Había escuchado tiroteos en las calles, coches que pasaban haciendo mucho ruido por delante de la casa, cañonazos, granadas de mano que explotaban. Las caras de los adultos estaban serias y preocupadas. No podía recordar cuánto tiempo había durado. Pero cuando terminó; nadie estaba contento. En los días siguientes pasaron cosas horribles.

Una noche la habían despertado y su madre le ordenó no preguntar ni hablar. Salieron de la casa y se marcharon en un coche cerrado. Se durmió con la cabeza apoyada en el hombro de su padre, y fue lejos, en el campo, cuando despertó. Hacía mucho frío. El coche se había parado y empezaron a andar cruzando los campos arados. Hacía viento, caía aguanieve y llevaban unas maletas con

las pocas cosas que habían querido salvar. Se escondían en las zanja y también buscaron refugio en un pajar. Al final llegaron a un bosque. El padre dijo que todo terminaría pronto y entonces estarían seguros.

Pero, de repente, empezó un tiroteo. Había visto hombres uniformados que venían corriendo. Los demás fugitivos del grupo se esparcieron en todas direcciones y, en las prisas, alguien que no conocía la había tomado de la mano y se la había llevado consigo. Llamó a su madre y a su padre, pero se habían extraviado en la obscuridad. No recordaba cuánto tiempo había pasado ni cuánto había corrido; pero, de repente, vio una luz que resultó ser una casa, donde una señora en uniforme marrón le había dado una taza de té caliente e indicado un sitio donde dormir. ¿Dormir? ¿Como si ella deseara dormir sin saber el paradero de sus padres!

Sí; así había sucedido todo. Ilonka lo había explicado todo en una mezcla de danés y alemán. No habían entendido todos los detalles, pero sí lo principal. Sobre todo, comprendieron la pena y preocupación que la niña llevaba encima.

Para Puck, la situación se hacía casi insufrible, porque sabía que una frase suya podía convertir aquella pena en alegría jubilosa. Con sólo decir: «Tus padres viven, están en Berna, Suiza». Con eso hubiera bastado. Ella sabía que era verdad, hubiese podido asegurarle que tenía razones especiales para saberlo. Con sólo que pronunciara aquella frase, Ilonka quedaría contenta y tranquila.

Pero no podía darle aquella alegría. Tal como estaban las cosas, tendría que callar hasta que la situación hubiera cambiado y hubiese hablado con el director Frank.



¿Qué pasaría si, Ilonka supiese dónde se encontraban sus padres? ¿Cómo sería posible retenerla en el colegio? Pediría en seguida ser enviada con ellos, y aquello encerraba la terrible posibilidad de que la gente que la buscaba la atrapase. Sí, así era. Por eso Puck tenía que callar, aunque las palabras le quemaban la

lengua.

En vez de esto, dijo:

— Ya verás, Ilonka; pronto, muy pronto, tendremos noticias de tus padres.

— ¡Lo deseo tanto! No sé qué haría para volver a verlos.

— Los verás. Estoy completamente segura de que les verás — dijo, Puck, sonriendo.

— ¿Tú crees?

Puck afirmó con la cabeza.

— Cada noche rezo para que estén vivos. — Miraba a sus amigas y añadió—: ¿Queréis rezar vosotras también esta noche?

Nadie dijo nada, pero afirmaron con la cabeza.

Era como si Ilonka se encontrara mejor después de haber hablado. Estaba más tranquila. Tomó sus libros y Puck se fue a su mesa. Un momento después las cuatro estaban ocupadas repasando sus lecciones.

Después de la cena, las muchachas se fueron a dar un paseo por el jardín. Inger y Karen tenían algo que hacer cerca de la huerta. Puck e Ilonka paseaban lentamente entre los árboles del jardín cuando Annelise fue a su encuentro.

Era la primera vez que Puck la veía después de la riña entre Annelise e Ilonka. Puck se preparó para decirle unas cuantas cosas, si intentaba molestar a la niña húngara.

Pero ésta no era la intención de Annelise. Al contrario, se acercaba con expresión de disculpa. Tendió la mano a Ilonka y dijo:

— Quiero disculparme. Estoy muy avergonzada.

Ilonka la miraba asombrada. Siendo húngara, con mucho genio y temperamento, no comprendía que Annelise le pidiera perdón.

Tendió su mano a Annelise e impulsivamente le dio un beso en la mejilla. Annelise se sonrojó, Puck se echó a reír.

— ¡Caso concluido! —dijo Puck—. Eres una locuela porque no piensas lo que dices. ¿Es que querías matarnos a disgustos? Ilonka se marchó, y tuvimos que recorrer la mitad del bosque antes de encontrarla. Y todo por tu culpa.

— Sí — dijo Annelise apenada —, ya lo sé. Por eso he venido a pedir perdón. Tengo que admitir que Ilonka es una chica fabulosa. Tampoco parece guardarme rencor, ¿verdad? Hablando de otra cosa; estaba trabajando con unos problemas de matemáticas, y no

les encuentro ni pies ni cabeza. ¿Tienes tiempo de echarles un vistazo? He dejado el libro en el vestíbulo.

Puck miró a Ilonka y vaciló.

Ilonka dijo:

— Yo esperar... Yo esperar aquí.

— Muy bien — dijo Puck —. Ven Annelise, terminemos lo antes posible los problemas.

Las dos niñas entraron corriendo en el vestíbulo. Puck empezó a explicar. Pero como ella no entendía mucho más que Annelise, tardaron bastante en encontrar la manera de resolver el problema. Cuando Puck regresó al jardín vio a Ilonka venir hacia el edificio principal y se dio cuenta de que la muchacha húngara estaba de muy buen humor. La miró con curiosidad, pero Ilonka sólo sonreía. No dijo nada. Puck pensó que era la disculpa de Annelise lo que había puesto tan contenta.

Al día siguiente, Puck se preguntó muchas veces cómo podía ser tan ingenua. Debió haber sospechado en seguida de aquel buen humor tan extraordinario y repentino. No era que hubiese cambiado nada, pero tenía que haber sido capaz de sumar dos y dos. Una niña como Ilonka, con añoranzas y preocupaciones continuas, con el recuerdo de tantas cosas horribles como le habían ocurrido en los últimos meses, no cambia tan rápidamente sin razones muy importantes. No podía ser únicamente porque se había desahogado con ellas y porque Annelise le había pedido disculpas. Tenía que haber otra causa; pero Puck no sospechó nada hasta después de las clases. La misma Ilonka se delató.

Ella y Puck estaban solas en el «Trébol de Cuatro Hojas», arreglando los libros. Ilonka tarareaba y su cara estaba iluminada por una hermosa pero inescrutable sonrisa. Puck estaba contenta de ver a su amiga de tan buen humor. Aún no sospechaba la causa de aquel repentino cambio. Entonces Ilonka la miró como quien tiene un gran secreto y necesidad de comunicarlo.

— Creo... pronto... ver mamá y papá —dijo.

— Sí — dijo Puck —, de eso no hay duda.

— Muy pronto —añadió Ilonka.

Amontonaba los libros y los colocaba en su sitio. Puck estaba ocupada ordenando las cartas de su padre. Tenía un álbum para guardarlas cuidadosamente, pues significaban mucho para ella.

Estaba absorta en su trabajo cuando oyó a Ilonka salir tarareando. Puck estaba leyendo parte de una de las cartas: era la viva descripción de una excursión a la costa del Pacífico, un domingo. Casi le parecía escuchar las olas en la arena y ver el sol brillar sobre el agua verdeazulada, con las gaviotas volando sobre la playa. No había nadie que escribiera tan bien como papá.

De repente se olvidó por completo de aquella imagen del Pacífico lleno de sol. Puck se quedó pensativa.

«...ver papá y mamá de nuevo...» —recordó.

¿Qué era lo que había dicho Ilonka?

Puck se levantó de un salto. Ahora todo estaba claro. Ilonka no lo había dicho como una esperanza, sino como algo que sabía. Estaba segura de ver pronto a sus padres. Pero ¿cómo lo sabía?

Alguien tenía que habérselo dicho. Alguien debía haber hablado con ella y haberle dicho que pronto iba a verse con su padre y su madre. Pero ¿cuándo? Puck cerró los ojos un momento, intentando recordar lo que había pasado durante las últimas veinticuatro horas. Desde que la había encontrado en casa del guardabosque no la había perdido de vista. Habían estado juntas todo el tiempo, menos,... menos unos momentos la tarde anterior, cuando ayudó a Annelise con los problemas.

Pero había sido muy poco rato. ¿Qué podía haber pasado? Cuando ella salió del vestíbulo se había encontrado con Ilonka. ¿De dónde venía Ilonka?

—Veamos —murmuró Puck para sí—. Veamos... ¿Vino...? Sí; venía de la entrada del jardín.

¿Habría estado hablando con alguno de los hombres de los coches ¿Habría estado uno de ellos espionando en espera de la oportunidad para hablarle? ¿Le había contado él que sus padres estaban vivos, y que pronto los iba a ver?

Tenía que hablar con Ilonka en seguida. Puck salió de su habitación y bajó corriendo la escalera. Ilonka no estaba en el vestíbulo. Puck corrió alrededor del edificio pero no vio a su amiga. Fue hacia la entrada y salió al camino rural. Allí se paró y miró en todas direcciones, pero no veía ni rastro de coche ni de gente, ni a Ilonka.

Pero, de repente, vio el coche. El coche grande de color verde oscuro que había visto el día anterior. Estaba arrimado a la linde

del bosque en una pequeña vereda, al lado del cortafuegos. Era difícil de ver, porque su color se confundía con el color de los abetos.

Puck dio media vuelta y atravesó el jardín del colegio. Era peligroso quedarse en el camino, donde podía ser vista desde el automóvil. Por eso quería tomar la senda por detrás del parque del colegio, pasando por la casa del guardabosques y la arboleda.

Esperaba no llegar tarde. Quizá ya tenían a Ilonka en su poder. Puck estaba segura de conocer el plan de los hombres y lo que intentaban. El profesor Racz estaba seguro en Suiza. Los comunistas tenían pocas posibilidades de capturarlo allí. Siendo un científico famoso, seguramente estaba bajo protección y podía sentirse tranquilo en aquel país.

Pero los hombres del coche habían hablado de él, y el de la cara redonda dijo que habían estado en contacto con el profesor Racz, que era uno de los responsables de la realización de cierto proyecto. Puck no podía saber lo que significaba este proyecto, pero no era difícil pensar que tenía algo que ver con la energía atómica.

En otras palabras: era importante para los comunistas apoderarse de Racz. Necesitaban de sus conocimientos. Esto lo había dicho Ilonka el día anterior. Pero, ¿cómo iban a arreglárselas para hacer volver al famoso científico a Hungría?

El plan era diabólico y simple. Si lograban secuestrar a Ilonka, lo cual sería más fácil que secuestrar al profesor, dominarían a éste. Cuando Ilonka se encontrara en poder de los comunistas, sería posible forzar el regreso del profesor.

El plan era diabólico en verdad. Puck no dudaba que la situación era ésta. La conversación de los dos hombres el día anterior y la descripción que había hecho Ilonka de la importancia de su padre, permitían a Puck llegar a esa conclusión. Había que salvar a Ilonka costase lo que costase. No debía caer en las garras de los comunistas.

Puck no estaba muy segura de lo que iba a hacer. Tenía la desesperada idea de que su presencia sería suficiente para evitar el secuestro. Estaba segura de que el hombre del «Mercedes» y los otros dos del coche verde tenían que ver con el plan. Habían estado dando vueltas alrededor del colegio en los últimos días. Sin duda, uno de ellos había hablado con Ilonka, intentando ganarse su

confianza y diciéndole el paradero de sus padres.

Puck pasó por detrás de la casa del guardabosques y llegó cruzando el Bosque del Oeste hasta el sendero cortafuegos. Se escondió entre los matorrales espiando el coche verde. Por lo que ella podía ver, estaba vacío. ¿Dónde estarían los hombres? ¿Estaban en algún sitio esperando a Ilonka o quizá escondidos para atraparla por la fuerza, tan pronto apareciera en el camino? No importaba qué plan tuvieran; había que desbaratarlo.

Puck permaneció en su escondite pensando lo que iba a hacer. Había por lo menos dos hombres en aquel complot, y quizá también el conductor del «Mercedes». Debía tener cuidado. Las fuerzas eran demasiado superiores para que ella se las pudiera arreglar sola. Había que evitar que Ilonka acudiera a la cita. Pero no sabía dónde se encontraba. ¿Qué podía hacer?

Decidió acercarse al coche. Pequeña y ligera logró cruzar el sendero cortafuegos arrastrándose por el suelo entre la hierba alta y unos matorrales que la ocultaban. Se quedó quieta escuchando. No se oían ni pasos ni voces. No había nadie al lado del coche, que estaba casi oculto entre los árboles. Puck podía ver el camino del colegio. El paisaje era hermoso, lleno de sol. Nadie que pasara casualmente por allí, podía captar la atmósfera llena de amenazador dramatismo en aquel día tan espléndido.

De repente, Puck vio a Ilonka salir del colegio. Avanzaba con paso ligero, como quien acude a una cita esperada con impaciencia. Desde su escondite, Puck la siguió con la vista todo el recorrido hasta el coche. Su corazón latía violentamente. Ilonka nunca había estado en mayor peligro que ahora! En algún sitio del paisaje soleado había hombres escondidos que querían secuestrarla. Sin embargo, Ilonka iba despreocupada a su encuentro, confiando que eran amigos, que la guiarían hasta sus padres, impacientes por volver a verla.

De repente, Puck vio algo moviéndose entre los árboles. Un hombre apareció. Estaba a punto de salir al camino para encontrarse con Ilonka cuando algo le hizo volverse atrás. Un hombre montado en bicicleta salía del bosque. El otro volvió rápidamente a su escondite, mientras el ciclista pasaba en dirección a la niña húngara.

Puck estuvo a punto de gritar de alegría. Había reconocido al

ciclista: Era el señor Bang, el guardabosques.

El recién llegado no reparó en el coche verde. Estaba demasiado ocupado mirando a la pequeña niña húngara que tan despreocupada venía por el camino. Cuando llegó junto a ella, bajó de la bicicleta y le dijo:

— ¡Hola! ¿Adonde vas?

Puck no pudo oír la contestación de Ilonka, pero sí la voz del señor Bang:

— Ayer tus amigas te estaban buscando, y les diste un gran susto con tu desaparición. Esto no se va a repetir. ¡Vuelve al colegio y de prisa!

Ilonka negó con la cabeza, pero no había posibilidad de diálogo. El guardabosques la agarró, la sentó en la barra de la bicicleta, y se la llevó de regreso al colegio. Ilonka miraba con ansia el coche verde, pero no tenía alternativa; el guardabosques mandaba. Puck estaba en su escondite sintiendo que el júbilo le cosquilleaba en todo el cuerpo. El señor Bang había llegado como un ángel guardián, sin saber que con su presencia había salvado en el último momento a Ilonka y a sus padres de un futuro terrible.

Tan contenta se puso, que estuvo a punto de saltar de gozo, pero recordó dónde se encontraba y permaneció muy quieta, limitándose a sonreír feliz porque el peligro había pasado, por lo menos por aquella vez. Seguramente aquellos hombres no iban a intentar otro secuestro el mismo día, y al siguiente, el director Frank regresaría de Copenhague y ella podría contárselo todo.

Se quedó quieta. Esperaba que los secuestradores subieran al coche y se largaran. Durante un par de minutos no pasó nada. Luego escuchó un silbido. Unas ramas crujían bajo los pies de dos hombres, que pronto aparecieron. Uno de ellos era el que había visto en el «Mercedes»; el otro, el gordo de la cara redonda.

— ¡Por todos los diablos!

Era el hombre del pelo gris quien había soltado la exclamación, furioso.

— En cuestión de pocos segundos — continuó —, todo hubiera ido perfectamente.

— Quizá regrese.

No le darán permiso. Sólo espero que sabrá callar. Le dije ayer que la condición para volver a ver a sus padres era que nadie se

enterase.

— ¿Qué vamos a hacer ahora?

— Sé dónde está su habitación. El director está ausente. Nuestra única esperanza es sacarla de su habitación esta misma noche. Podremos hacerlo si seguimos mi plan. Lo tenía pensado como solución extrema, si este intento fracasaba.

— ¿Y el coche?

— Por el momento tendremos que regresar. Pero esta tarde... o mejor dicho esta noche...

Una puerta del coche fue abierta y cerrada. Puck se levantó un poco para ver si los hombres ya habían entrado en el vehículo. Aquel pequeño movimiento fue suficiente para que la descubrieran. El hombre gordo ya se encontraba en el coche, pero el otro no había subido aún. Giró en si mismo instante en que Puck se movía en su escondite, y sus ojos vigilantes la vieron en seguida.

En un salto llegó hasta ella. Puck se levantó y empezó a correr lo más de prisa que pudo. Si lograba acercarse a la casa del guardabosques podría correr más que su perseguidor.

En aquel mismo instante, otro hombre salió de detrás de un árbol y la sujetó. Era el que el día anterior estaba sentado en el coche verde y había pedido explicaciones sobre el asunto.

Puck se sentía vencida. El hombre la tenía bien agarrada de un brazo y con el otro le tapaba la boca, para ahogar el grito que estaba a punto de lanzar. El hombre del pelo gris se había acercado.

— ¡Mira, una pequeña espía! — dijo rabioso.

Puck intentó soltarse. Daba patadas y se retorció igual que una serpiente, pero todo era en vano. Estaba vencida. Todo había pasado tan aprisa que no le habían dado tiempo de nada.



El hombre que la tenía sujeta dijo:

— ¿Qué vamos a hacer con ella? ¿Quiere que la lleve conmigo?

El hombre del pelo gris negó con la cabeza:

— No; es demasiado arriesgado. Tengo una idea mejor. Hay una

cabaña más adentro, en el bosque. La utilizan los leñadores, pero no vendrán hoy, ya que, están trabajando mucho más arriba, en el Bosque del Oeste. La encerraremos allí. Seguramente no la van a encontrar en unos días, y para entonces es igual lo que pueda contar. Venid. Está por ahí.

Arrastraron a Puck, que seguía con sus intentos de escapar aunque sabía lo inútil que era. Luchó tanto como pudo. Cuando más tarde recordaba aquella terrible aventura, se extrañaba de no haber tenido miedo. Estaba demasiado furiosa y con demasiados deseos de luchar para tener tiempo de sentir miedo.

Los hombres la llevaron por el bosque. Puck no logró explicarse cómo abrieron la caseta; pero un momento después estaba dentro, en el suelo. La puerta fue cerrada de nuevo. Escuchó unos golpes, como si aseguraran la entrada con clavos. Entonces los pasos se alejaron. Estaba sola.

En aquellas circunstancias, lo más natural hubiera sido echarse a llorar, perder toda esperanza buscando salida para su miedo en sollozos sin reserva. Pero pasó algo raro. Puck se echó a reír. Cuando oyó alejarse los pasos de sus captores su primer pensamiento fue: «Ahora me encuentro segura». Tan fuerte fue ese sentimiento que lo pronunció en voz alta. Y cuando se oyó hablar en voz alta no pudo dejar de reír.

¡A salvo! ¿Cómo había podido pensar que estaba a salvo? Estaba allí encerrada con las manos atadas. La habían puesto fuera de combate. No tenía posibilidad de defensa si los hombres se decidían a volver para buscarla.

A pesar de todo, se sentía segura. Por lo menos estaba sola. La situación era terrible; pero ella no había perdido el ánimo ni la esperanza. Sus manos le dolían y sus muñecas escocían donde la delgada cuerda oprimía la carne. Pensó en las películas de vaqueros que había visto con frecuencia, donde el héroe siempre se encontraba en circunstancias parecidas, con las manos atadas a la espalda. Entonces ¿qué solía hacer el gran héroe?

Miró a su alrededor en la penumbra de la caseta. Con intensa alegría vio una gran hacha en uno de los rincones, que había sido guardada allí por los leñadores. Con la ayuda del hacha le sería posible cortar la cuerda.

Sus captores no le habían atado los pies; tenían demasiada prisa.

Luego de colocarse de espaldas al rincón, logró dar la vuelta al hacha, de manera que el filo mirara hacia adelante. Entonces se sentó y empezó a mover cuidadosamente las manos de forma que el afilado borde del hacha hiciera de cuchillo sobre las cuerdas. Momentos después se había liberado de las ataduras.



Se levantó frotándose las doloridas muñecas, fue hacia la puerta e intentando abrirla. Pero la puerta estaba muy bien cerrada. Los hombres la habían clavado. Puck no tenía bastante fuerza para abrirla. Intentó empujar con la espalda, con todas sus fuerzas, pero en vano. No había ninguna ventana, sólo un par de rendijas por donde apenas pasaba la luz.

Entonces se acordó del hacha.

¡Qué tonta por no haber pensado en seguida! La tomó decidida. Era muy pesada y debía tener cuidado al usarla, pero era su única salvación. Tenía que manejarla con destreza, aunque no es nada fácil para una muchacha usar una gran hacha forestal.

Puck tenía bastante fuerza. Sus entrenamientos deportivos y sus clases de equitación iban a serle muy útiles. El peso de la herramienta y su largo mango hacían difícil su manejo, y el primer intento de derribar la puerta fue un rotundo fracaso. Entonces se dio cuenta de que, usando el hacha como palanca, todo iría mejor.

En efecto; momentos después había logrado separar tanto la puerta del marco que con un solo golpe podría liberar totalmente los clavos.

Tiró el hacha, empujó y salió disparada. No había tiempo que perder. Se trataba de ponerse a salvo lo más rápidamente posible. Si los hombres habían oído sus golpes con el hacha, quizá volvieran

para impedir su fuga.

Puck corría a toda velocidad. Las ramas de los abetos le arañaban la cara sin que ella lo notara. Corrió como una gacela hasta llegar cerca de la casa del guardabosques. Poco después cruzó el parque y alcanzó el edificio principal del colegio.

Subió la escalera a grandes saltos y entró corriendo en el «Trébol de Cuatro Hojas». Se quedó jadeando al lado de la puerta. De repente se sentía muy pequeña y asustada. Era la reacción tras lo ocurrido.

Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero en el mismo instante vio a Ilonka echada en su cama. Corrió hacia ella y se sentó a su lado.



Ilonka estaba de espaldas, mirando ante sí con fijeza. Su cara estaba seria, inexpresiva. Sus ojos eran insondables.

— ¿Qué te pasa, Ilonka?

Puck sabía muy bien lo que le pasaba, pero quería que la muchacha húngara se lo contara.

Ilonka no contestó. Estaba como petrificada.

Puck puso la mano en su hombro.

— Dímelo, Ilonka. ¿Qué te pasa?

Ilonka negó con la cabeza.

— Nada... pasar...

Puck se inclinó sobre ella:

— Eso no es verdad, Ilonka. Estoy segura de que algo te pasa. Dímelo. Como la otra no reaccionaba, Puck se inclinó aún más y musitó en su oído:

— Tienes que dar gracias al Cielo de que el guardabosques llegara a tiempo.

Ilonka se sobresaltó. Lo había entendido. Se sentó en la cama

mirando a Puck con expresión poco amistosa.

— Lo sé todo, Ilonka. Conozco todo el asunto. Esos hombres no eran amigos, sino enemigos. Eran comunistas, Ilonka. Querían hacerte caer en una trampa.

Ilonka negó con la cabeza.

— Iba a ver a mi padre y a mi madre.

— No —dijo Puck persuasiva—. No les creas. No quieren hacerte ningún bien. Quieren atraerte hasta el coche y llevarte tras del «telón de acero», de regreso a Budapest para encerrarte. Te usarían para hacer volver a tu padre a Hungría. ¿No ves que son tus enemigos? Si fueran amigos, no tendrían por qué tomar tantas precauciones.

Hubo una larga pausa. Ilonka miraba a Puck con fijeza. La expresión hostil se desvaneció y fue reemplazada por otra interrogativa, que de nuevo dio paso a una mirada implorante.

— Pero me aseguraron... que venían de parte de papá.

— Pero ¿por qué? —dijo Puck—. Tu padre puede ponerse en contacto con la Cruz Roja. Es verdad que saben el paradero de tus padres. Yo también, porque escuché su conversación. Tus padres están en Suiza, Ilonka. Puedes ponerte en contacto fácilmente con ellos. Pero tenemos que capturar a esos hombres. Van a intentar secuestrarte esta noche. Tienes que creerme. Lo sé todo.

De repente, todo se desplomó para la niña húngara. Dio la espalda a Puck y se puso a sollozar con la cara escondida entre las manos. Puck se inclinó de nuevo hacia ella y dijo, persuasiva:

— Prométeme quedarte aquí, Ilonka. No te vayas a ningún sitio. ¿Me has entendido?

La otra dijo que sí con la cabeza.

— ¿Me prometes quedarte aquí? Tengo que dar un recado. Pero volveré. Me esperarás, ¿verdad?

Ilonka dijo que sí de nuevo., Puck se levantó y fue hacia la puerta. Ahora había que actuar. Ella sabía lo que iba a hacer.



No para la escuela sino para la vida, es un lema que con frecuencia se encuentra escrito en los colegios daneses. Quiere significar que la finalidad de la enseñanza no es hacer de los alumnos máquinas de recordar y pensar, sino convertirlos en personas buenas, que en la vida sean capaces de actuar y hablar para lograr un mundo mejor.

Éste no era el lema del pensionado de Egeborg, pero todo el ambiente estaba lleno de su significado. Para el director Frank, lo principal era que los niños se sintieran felices y contentos, unidos por fuerte amistad y compañerismo, cuya base era el respeto mutuo, la voluntad de mantener la palabra dada, y el buen humor por encima de todo.

Que la unión hace la fuerza es una verdad que muchos conocen. Después de los acontecimientos ocurridos durante la estancia de Ilonka, Puck pudo comprobar más que nunca la razón del viejo dicho.

Dejó a Ilonka para ir a buscar a Alboroto y Cavadador. Cuando hubo contado a sus dos compañeros lo sucedido, así como su plan, encontró precisamente la comprensión y voluntad de ayuda que esperaba. Estuvo sentada en un banco junto del lago, con Alboroto a un lado y Cavadador al otro, y les explicó minuciosamente todo lo ocurrido. La habían escuchado muy serios, después de haber dado su palabra de honor de no decir nada a nadie que no tuviera que ver con el plan.

— Esos hombres vendrán esta tarde o esta noche —dijo Puck—. Su plan no lo sé. Pero como encontrarán la puerta principal cerrada, lo más natural será que pongan una escalera en la pared. Será fácil

para ellos dominarnos a nosotras cuatro si vienen armados. Pueden con toda facilidad escaparse con Ilonka si tienen una pistola; pueden atarla, amordazarla y bajarla por la escalera como si nada. Un mo mentó después habrían desaparecido en la oscuridad de la noche. Pero nosotros tenemos al mismo tiempo la oportunidad de atraparlos.

— ¿Estás segura de que no debemos decir nada a los profesores? —preguntó Cavador.

— Puede que sea una locura —dijo Puck con una sonrisa—. Quizá deberíamos informar a los profesores; no estoy tranquila con el director Frank fuera de casa. Pero ¿a quién se lo íbamos a decir? ¿A la señorita Fagerlund? Sufriría un ataque.

— Podríamos decírselo a Strandvold — opinó Cavador.

— Sí —dijo Puck—, pero estoy segura de que el profesor llamaría a la Policía, y tengo miedo de que alguien de fuera del colegio se entere. Sólo mientras sea un secreto, puede servir nuestro plan para que los criminales caigan en la trampa. La cuestión ahora es decidir cuántos chicos necesitamos que participen. No debemos olvidar que sólo habrá que reunir a quienes saben callar.

— Hay muchos que sabrán callar, si los instruimos con nuestro antiguo sistema —opinó Alboroto—. La situación es demasiado seria para que alguien la pueda tomar a broma, y yo opino que debemos ser muchos. Hay un par de los cuales no me fío; hablarían. A ésos los mantendremos fuera. No vamos a hacer ninguna reunión. Tan pronto tengamos el plan, hablaremos a cada uno en privado. No hay razón para contárselo todo. Hay que decirles que estén alerta y podemos prohibirles hablar de ello, incluso entre sí.

— ¿Crees que pueden hacerlo?

— Claro que pueden.

Puck se fue de aquella pequeña reunión con nuevos ánimos. Sabía que era necesario informar a sus dos amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». Tampoco tenía miedo de que Karen e Inger fueran a hablar. Cuando regresó al cuarto encontró a sus amigas con Ilonka. Se notaba que no sabían nada de lo pasado ni de lo que iba a pasar.

Cerró la puerta y, en pocos minutos, había contado a sus asombradas compañeras las actividades de los hombres misteriosos y su intento de atraer a Ilonka hacia una trampa.

También les contó los proyectos para la noche y les dio una

cuidadosa descripción del plan que había tramado junto con Alboroto y Cavador.

— ¡Qué lástima que Navio no esté! — dijo Karen sonriendo—. Parece que la oigo decir: «¡Formidablemente palpitante!»

— Claro que es palpitante — dijo Inger—, pero también es muy peligroso. ¿Qué quieres que hagamos? Ya nos has dicho lo que van a hacer los chicos; pero me gustaría saber qué pasará esta noche en el «Trébol de Cuatro Hojas».

— Sí — dijo Puck —. Éste es uno de los problemas para el cual aún no tengo solución. Creo que lo mejor será cerrar la puerta con llave.

— Pero, entonces ¿no podremos escapar? —jadeó Karen.

— No — dijo Puck —; los que no podrán escapar serán los criminales. No es mi intención que nos quedemos aquí. Pondremos un par de almohadas dentro de las camas para dar la impresión de que estamos durmiendo. Estaremos a salvo en otra habitación. Yo, por lo menos, debería estar en la caseta de los leñadores. Imagináos que alguno de los hombres vuelve para asegurarse de que yo aún me encuentro allí.

— No lo hagas — dijo Karen —. Yo iré en tu lugar. No creo que vayan a notar si la prisionera tiene el mismo color de pelo o no.

— Pero yo había decidido estar en la caseta — dijo Puck—. Alguién vendrá conmigo a encerrarme. Entonces me echaré en el suelo con cara de sufrimiento. Tan pronto los hombres hayan estado allí, venimos corriendo al colegio para ver cómo siguen las cosas.

— ¿Podría ser yo quien te encerrara? —preguntó Karen.

— ¡Estupendo! ¿Dónde meteremos a Ilonka?

— Tendremos que decírselo también a un par de chicas. Podríamos hablar con Annelise; seguramente está ansiosa de demostrar su buena voluntad hacia Ilonka. Incluso podríamos quedarnos en su habitación hasta que todo haya pasado —propuso Inger.

— Perfecto —dijo Puck—. Tan pronto terminemos de cenar lo prepararemos todo. Yo volveré a la caseta en cuanto la señorita Holm dé las buenas noches. Será difícil bajar la escalera pasando por delante de su habitación sin que se dé cuenta. Pero creo que todo irá bien. Cuando hayamos trazado el plan, estará prohibido hablar de ello. Los chicos también han recibido esta orden, y estoy

segura de que la van a cumplir. Confío en que la camaradería de Egeborg sabrá superar su prueba esta noche y que seremos invencibles.



De nuevo Puck tenía las manos atadas a la espalda; pero esta vez con un nudo corredizo en el dedo, que con un simple tirón podía deshacer sus ataduras.

Estaba sentada en el suelo, en la caseta de los leñadores. Fuera, bien abrigada y con un impermeable color verde oscuro, estaba Karen. Un poco más lejos, detrás de un árbol, estaban las dos bicicletas.

Todo estaba listo.

Lograr salir del colegio después de la hora de acostarse había sido una hazaña. Ni sabían cómo habían conseguido bajar la escalera, cruzar el vestíbulo y salir por la puerta principal. Habían tenido suerte y nadie las había visto ni oído. Solamente estaban enterados los que conocían el plan. También estaba calculado que cada uno de los conspiradores solamente sabían la parte del plan que debían realizar.

— ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar aquí? —preguntó Karen, que había encontrado una rendija en la pared por la cual podía conversar en voz baja con su amiga.

— Es difícil saberlo. Ya es de noche; no creo que tarden mucho.

— Seguramente oiremos el coche al acercarse.

— No estés tan segura; es un coche fabuloso. Un gran modelo americano.

Karen iba y venía. Puck se estremeció. El papel que le había tocado no era muy agradable que digamos. Pero era necesario. El éxito de su plan dependía de que no fallara ningún detalle.

Puck no supo cuánto tiempo había pasado allí. Pero de repente escuchó pasos que se acercaban. Fuera, Karen se escondió rápidamente detrás de unos árboles y se echó boca abajo en el suelo. Estaba muy quieta mientras, con la respiración contenida, escuchaba los pasos en la senda del bosque. Una sombra apareció y una linterna fue encendida.

En la caseta, Puck se había echado en el suelo y fingía estar durmiendo. Por las rendijas de la pared, el hombre dirigió el cono luminoso sobre ella, y murmuró:

— Bueno, ésta se encuentra donde debe.

Puck pensó:

— ¡Eso es lo que usted se piensa, señor secuestrador!

Se sentía muy contenta. La primera parte del plan había transcurrido como ella pensaba. Había sabido hacer su papel.

La linterna se apagó. El hombre dio la vuelta y se marchó de prisa por el camino. Puck se soltó la cuerda, pero permaneció en el suelo. Había que saber esperar. ¿Qué pasaría si el hombre volvía?

Pero el hombre no volvió y sus pasos se alejaron rápidos, como si llevara mucha prisa. Puck se levantó. Karen salió de su escondite y abrió con mucha cautela la puerta que había cerrado con tornillos para que fuera fácil de abrir.

— Ahora tendremos que correr. ¡Ven!

Las muchachas fueron hacia sus bicicletas. Había que cruzar el bosque, pues era demasiado peligroso usar el camino rural. Había un sendero entre los árboles y las niñas conocían todas las curvas. Pronto pudieron dejar las bicicletas a la orilla del lago y avanzar furtivamente por el gran jardín del colegio hacia el edificio principal.

Llegaron hasta el extenso césped delante de la casa y se pararon detrás de uno de los grandes árboles. El jardín, en apariencia, estaba vacío. El colegio estaba a oscuras; ni una sola luz en las ventanas. Pero una de ellas, precisamente la ventana del «Trébol de Cuatro Hojas», en el primer piso, estaba abierta. El plan era hacerles el trabajo lo más fácil posible a los secuestradores. Y entonces...

— Nos quedaremos aquí — musitó Puck —. Podemos sentarnos detrás del árbol. ¿Tienes frío?

— Aún no, pero no tardaré mucho en tenerlo —contestó Karen, alegre.

— ¡Chist!

— No voy a decir una sola palabra.

La conversación a partir de entonces se desarrolló entre las niñas musitando las palabras al oído de la otra; así la posibilidad de que alguien las oyera era mínima. Estaban sentadas detrás del árbol, completamente escondidas. De vez en cuando, Puck estiraba el cuello para atisbar en la oscuridad hacia el edificio. Los minutos pasaban y no ocurría nada.

— Empiezo a tener frío —musitó Karen—. Es raro que no pase nada. Nosotras...

No dijo más. A lo lejos se oía el ruido de un coche. Después volvió el silencio. Las muchachas esperaban con gran tensión. La gravilla de delante del edificio crujía. Y una vez más el parque quedó en silencio. En la oscuridad de la noche sólo se oía soplar el viento entre las copas de los altos árboles.

Pero Puck se daba cuenta de que los acontecimientos estaban en marcha.

De nuevo se oía un ligero crujido de grava bajo las suelas de unos zapatos, y Puck adivinó una sombra bajo la ventana del «Trébol de Cuatro Hojas». Pudo oír el ruido de algo pesado que era movido y puesto entre los rosales. Debían de estar poniendo una escalera apoyada en la pared. Los ojos de las muchachas se habían acostumbrado a la oscuridad y podían ver unas sombras que se movían junto al edificio principal, pero no llegaron a distinguir los detalles.

A Puck le parecía que pasaban siglos. Estaba impaciente. ¿Por qué no pasaba nada?

Sin pensarlo cerró el puño. A su lado notó que Karen estaba en tensión y a punto de saltar. Puck se volvió y puso su mano en el brazo de su amiga.

— ¡Quieta!... ¡Cuidado!...

Ni siquiera se atrevía a cuchichear. Sus labios solamente se movían, pero Karen la entendió.

El tiempo pasaba lentamente... En realidad sólo había transcurrido medio minuto o quizá un minuto como máximo. Entonces oyeron como alguien bajaba rápidamente la escalera, y la tormenta estalló.

De todos lados se oían pasos rápidos, carreras. Era como si el

parque mismo hubiera cobrado vida. Los chicos salían de todos los arbustos y matorrales, de cada árbol y de cada sombra.

Sonó un disparo. Otro... y otro.

— Ven —dijo Puck—. ¡Vamos allá!

Se levantó y Karen la siguió como un rayo, corriendo con todas sus fuerzas a través del césped hacia la casa, donde se libraba una gran batalla. Dos hombres estaban en el suelo al pie de la escalera, y Alboroto, Cavador y media docena de chicos más luchaban violentamente con ellos. Parecían haberles vencido ya.

Puck escuchó el ruido de un motor puesto bruscamente en marcha. Debía de ser el tercero de los compinches, que había esperado en el coche y ahora decidía que era más seguro huir.

— ¡Cuidado!... ¡La pistola! —gritó uno.

— Está aquí — se oyó jadear la voz de Alboroto —. La tenemos.

— ¿Dónde? —gritó Puck.

— A tus pies... Recógela...

Le era difícil a Puck distinguir entre amigos y enemigos. Parecían un confuso montón de enredadas sombras; brazos y piernas se movían y pateaban. Pero inmediatamente vio la pistola. Tomó el arma con un sentimiento de desagrado. Menos mal que no tenía que usarla.

En la casa de los profesores se oían voces. Alguien gritó:

— ¿Qué pasa ahí?

Se iluminaron las ventanas. Un par de profesores venían corriendo por el césped.

— ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? —sonó la voz del profesor Strandvold—. ¿Estáis completamente locos, corriendo por el jardín en plena noche? ¡Queréis hacer el favor, en seguida...!

Puck corrió a su encuentro.

— ¿Qué diablos...? —empezó el profesor, pero Puck le interrumpió.

— No es ningún juego señor Strandvold. ¡Los chicos han atrapado a un par de delincuentes! ¡Mire, aquí está la pistola!



El profesor tomó el arma que le tendió la muchacha y a la luz de su linterna la contempló asombrado.

— Tiene usted que ayudar... ¡Corra! —gritó Puck.

El profesor no contestó y corrió hacia los que luchaban. Fue seguido por un par de maestros, y entre todos no tardaron mucho en tener maniatados a los dos hombres.

— Vamos a llevarlos adentro. Que alguien llame a la policía.

En el vestíbulo depositaron a los prisioneros en el suelo. Strandvold encendió la luz.

Uno de los hombres era el del pelo gris; el otro, el que había capturado a Puck en el bosque.

La mirada del hombre del pelo gris asustó a Puck, aunque el tipo estaba completamente indefenso. La chica dio media vuelta y subió la escalera corriendo. Quería asegurarse de que Ilonka estaba a salvo.

La niña húngara se encontraba en la habitación donde la había dejado, con Annelise y un par de chicas más. En un sillón estaba Inger mirando a Puck con ojos grandes y asustados.

— ¿Ya pasó todo? ¿Te ha pasado algo?

— Nada en absoluto — dijo Puck —. Todo en orden. Uno de esos tipos se escapó de momento, pero los otros dos están abajo, empaquetados como un regalo de cumpleaños, liados con cuerdas. Lo único que falta es la tarjeta de felicitación.

Riendo, se sentó en la cama de Annelise.

— Todo en orden, Annelise —dijo suspirando.

Ilonka estaba sentada a los pies de la cama. Se veía muy asustada. Puck le dirigió una sonrisa radiante.

— Todo en orden — repitió.

Ilonka no sabía qué decir. De repente exclamó:

— ¡Estupendo!

— Sí — dijo Puck —; no hay mejor manera de decirlo.

* * *

Habían pasado algunas semanas desde la batalla nocturna en el pensionado de Egeborg. Estaban en época de exámenes y los alumnos se encontraban ocupadísimos, rellenando lagunas y repasando asignaturas.

En el «Trébol de Cuatro Hojas» se trabajaba a toda presión. Puck, Navio Karen e Inger estaban sentadas cada una en su mesa, con sus libros delante. Inger estaba repasando un párrafo en inglés, que Karen no había entendido. Había tantas palabras...

— Ahora escucha —dijo Inger—. «Meanwhile» significa mientras, y «while» también significa mientras. Se puede decir: «While the man had his dineer», que quiere decir, mientras el hombre tomaba su cena; y se puede decir: «He had his dinner, and meanwhile...» Que significa: Estaba cenando, y mientras, etcétera. Pero no se puede decir: «Meanwhile the man had his dinner». Sería una tontería. —Miró en derredor y vio a Puck abstraída—. ¿En qué estás pensando?

Puck levantó la vista del libro. Estaba lejos.

— ¿Qué?

— Te preguntaba en qué estás pensando.

— En Ilonka —dijo Puck.

— Yo también —añadió Karen.

— Y yo — dijo Navio —. Si supiérais la rabia que me da pensar que estuve hospitalizada mientras los chicos arreglaban lo de los comunistas. Deberían hacerles caballeros de la Orden de «Dannebrog» o algo por el estilo.

Inger cerró su libro de un golpe.

— Aquí estoy yo trabajando como una mula para intentar meter un poco de conocimiento en vuestras cabezas de pájaro —dijo con una ancha sonrisa—, y vosotras a pensar en...

— En lo mismo que tú, ¿no? — la interrumpió Puck —. Admite que las tres echamos de menos a Ilonka, excepto Navio, que no tuvo tiempo de conocerla.

— Claro que la echamos de menos — dijo Karen —. Era una

chica extraordinaria.

— Vaya aventura —dijo Navio—. ¡Qué rabia me dal ¿Por qué no pude haber estado yo? No hay justicia en el mundo.

— Una no puede quedarse sin apéndice y luchar contra agentes comunistas al mismo tiempo. Pero tienes razón. Fue toda una aventura, y Puck estaba en lo cierto: Iban a secuestrar a Ilonka y, si hubieran tenido éxito, hubieran obligado a su padre a regresar a Budapest y a trabajar para la Unión Soviética. En cambio, ahora...



— Léenos la carta otra vez — propuso Karen.

— Ay, sí — dijo Navio.

— Pero este párrafo de la gramática inglesa... —empezó Inger.

— Puede esperar — opinó Karen —. Anda; léenos la carta otra vez, Puck.

Puck tomó de su cajón dos cuartillas, una escrita a mano, en húngaro; la otra, una traducción a máquina.

— Queremos oírla toda — dijo Karen —. Solamente lo has leído una vez.

Y Puck leyó:

Queridísima Puck: ¡Ya estoy otra vez con mis padres! Estamos de maravilla aquí, en Suiza, como puedes comprender. Además, estamos muy ocupados porque se acerca nuestro viaje a Norteamérica. Pienso muchas veces en mi estancia en Egeborg, junto a ti, y a las otras amigas y amigos daneses. ¡Qué bien me tratasteis todos! Todos sin excepción.

También pienso en la manera tan decidida y valiente que os portasteis todos cuando me salvasteis de los agentes enemigos. Papá y yo hemos hablado muchas veces de esto, y él está muy impresionado por vuestra hazaña. Porque de veras trataban de secuestrarme y llevarme a Budapest, y así obligar a mis padres a regresar tras el «telón de acero».

Si no hubiera sido por vosotros, aquel diabólico plan hubiese tenido éxito y papá se hubiera visto obligado a trabajar con ellos en

un proyecto de gran importancia.

Pero ahora ha cambiado y soy la niña más feliz del mundo. ¡Fue tan maravilloso volver a ver a mis padres! Gracias a Dios, gozan de buena salud los dos, y puedes imaginarte fácilmente nuestra felicidad. Papá dice que algún día iremos a Dinamarca. Le gusta mucho Copenhague. Estuvo estudiando allí, antes de la guerra, con vuestro famoso profesor Bohr.

Por el momento tenemos el proyecto de vivir en los Estados Unidos. Papá tiene arreglado el visado y, dentro de un par de días, saldremos en avión hacia Nueva York y allí tomaremos otro para los Ángeles. ¿No suena todo esto como un cuento de hadas? A papá le han ofrecido un puesto en la Universidad de California, y dice que, si todo va bien... ¡me regalará un caballo!

Pero os echo mucho de menos a todos y tengo muchas ganas de volver a veros. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí, y no olvidéis a vuestra

Ilonka

Se hizo un silencio. Puck sonreía, pero con una sonrisa triste.

— Como si fuera posible olvidarla — dijo.

Inger carraspeó:

— Pero, si tenemos que ir algún día a California a visitar a Ilonka Racz, más nos valdría mejorar nuestros conocimientos de inglés. Así que: «Meanwhile...»

Puck no la escuchaba. Dijo:

— Conviene darse cuenta de vez en cuando de lo bien que está una. Pensad por lo que ha tenido que pasar esta chica, y lo preocupadas que estamos nosotras.

Navio hizo un gesto afirmativo con la cabeza:

— Esto ha sido dicho antes, pero te lo vuelvo a repetir: ¡Tienes toda la razón, Puck! Y tú, Inger, ¿qué pasó con «while» y «meanwhile»? No permitiremos que nos suspendan, ¿verdad?



Los campos de La Gran Granja se extendían hacia Oesterby. El vecino más cercano a ella era el reverendo Friis, ya que los edificios de su granja eran los primeros que se veían al tomar el camino de Sundkoebing para ir a la estación del ferrocarril. La iglesia era la típica de los pueblecitos daneses y estaba, naturalmente, orientada con la torre hacia el oeste. De esta manera indicaba los puntos cardinales de una forma decorativa y correcta.

El panorama desde la Gran Granja, hacia el este, no podía ser más hermoso. Los viejos árboles alrededor del jardín del reverendo párroco eran altos y copudos, y había una antiquísima valla de piedra entre los campos y el jardín.

Al pasar por allí se veía, entre los gruesos troncos de los tilos, la gran extensión de césped ante los blancos muros entramados de la casa. Aquel jardín, pensó Puck muchas veces, era un símbolo de bienestar. Precisamente así debía ser el jardín de un párroco de pueblo.

El anciano reverendo Friis, con su cabello blanco, también tenía el digno aspecto que uno se imagina en un reverendo de pueblo. Las muchachas del pensionado de Egeborg le veían pasear muy a menudo por el jardín y, a veces, se encontraban con él en las calles de Oesterby, cuando habían ido en bicicleta a gastar su asignación semanal en la pastelería del señor Bose.

Se había dicho que el párroco planeaba celebrar una reunión veraniega en su jardín, y que todos los alumnos del colegio serían invitados.

Pero el reverendo Friis no gozaba de muy buena salud últimamente, y le era difícil cumplir todos los deberes de un pastor: visitas a los hogares, reuniones bíblicas, las preparaciones de primera comunión, reuniones de los «Boy Scouts», etcétera.

— No crea usted, señor Frank, que he olvidado mi promesa de celebrar la fiesta veraniega aquí, en mi casa — decía el reverendo Friis conversando con el director de Egeborg—. Muchas veces pienso que ahora es el tiempo, pero no tengo fuerzas suficientes.

— No tiene usted que reprochárselo —contestó el director—. Conocemos sus dificultades, y lo único que sentimos es que usted no se encuentre bien. De todas formas, no comprendo por qué no pide usted vacaciones, ¿No cree que un viaje por mar le iría bien?

Estaban sentados en el cenador de los tilos, en uno de los rincones del jardín, disfrutando de la suave temperatura del verano. El director fumaba su inseparable pipa. Ocurría de vez en cuando que, sin avisar, visitaba la casa del reverendo cuando tenía que hacer un recado en Oesterby. Estimaba mucho al viejo pastor. Se conocían desde hacía muchos años, y respetaban mutuamente sus opiniones, aunque no siempre estaban de acuerdo.

— ¡Un viaje por mar! Eso es fácil de decir — rió el reverendo—, pero no podría ir muy lejos con mi sueldo. Piense usted que tengo una hija estudiando en la Universidad. Esto cuesta dinero, mucho dinero, pero está bien gastado.

— ¿Cuándo regresa su hija de Copenhague? Ya no tardará mucho en tener vacaciones —comentó el director buscando una caja de cerillas en el bolsillo de su chaqueta.

— Ha decidido buscar un empleo durante el verano para ganar algún dinero, así que las vacaciones no serán muy largas. Pero ahora que habla de tomar vacaciones para mejorar la salud, toca usted un tema que quería discutir, así que su visita ha sido muy oportuna.

Había pensado pedir vacaciones a causa de mi salud; pero si lo hago significaría mucho trabajo extra para mi colega, el reverendo Joergensen, de la parroquia vecina. Aún no he tratado mi caso con él; primero quería conocer la opinión de la junta de la parroquia, y se da el caso de que usted pertenece a esa junta.

Uno de mis viejos discípulos, Christian Bach, viene aquí a pasar sus vacaciones conmigo. Terminó sus estudios teológicos el año

pasado, pero aún no ha buscado parroquia, ya que estuvo muy ocupado haciendo su tesis doctoral en la Universidad.

Ahora se me ocurre que, como voy a tener un joven teólogo en mi casa, quizá sea la oportunidad de tomarme unas largas vacaciones, durante las cuales podía hacerme examinar a fondo por los médicos del hospital de Sundkoebing. Mientras tanto, Christian podría ocuparse del culto religioso aquí.

— Esto me parece muy bien — dijo el director Frank —. ¿Cuándo espera usted a ése joven?

— Está a punto de llegar. Le he invitado porque sus padres han muerto. Su padre era dueño de un colmado en Oesterby. Quizá se acuerda usted de él. Christian era un chico bien dotado, con grandes facilidades para el estudio. Estoy convencido de que terminará siendo catedrático en la Universidad de Copenhague o en la de Aarhus. No sé qué tal predicador es, pero la gente joven de hoy en día sabe de todo.

El director Frank sonreía:

— Quizá incluso pueda ayudarnos en los exámenes de Egeborg, actuando como examinador.

— Sin duda. Lo encontrará divertido. Y puede ser una buena ayuda, ahora que ustedes se encuentran en plena temporada de exámenes.

* * *

Cierto; se encontraban en plena temporada. Cada día se les acercaba más y más la temida prueba. Los alumnos de Egeborg demostraban una asombrosa aplicación en sus estudios. A pesar de que el sol brillaba, invitando a pasear por el Bosque del Oeste, a jugar al fútbol o a remar en los botes por el lago Ege, chicos y chicas estaban en sus habitaciones, inclinados sobre los libros, intentando, en un esfuerzo heroico de última hora, aprender todo lo que debían saber para pasar los exámenes.

Hasta los chicos que normalmente encontraban cualquier excusa para salir al bosque o a jugar un rápido partido de balonmano en el parque del colegio, reconocían que sus conocimientos tenían tantos agujeros como un viejo calcetín y, debían remendarla con mucho cuidado para evitar la gran catástrofe.

El ambiente en el «Trébol de Cuatro Hojas» también estaba influido por los próximos exámenes. Inger, naturalmente, podía

sentirse tranquila. Había trabajado con aplicación durante todo el año y esperaba salir de ellos como vencedora absoluta. No era ése el caso de Karen, Navio y Puck, aunque no podía decirse que su situación fuera desesperada. Pero cuando el estudio durante el curso ha sido más improvisado que constante, hay que aprender a última hora todo lo que no se asimiló cuando fue explicado en clase.

— Y lo peor es que este año no tenemos ánimos para el trabajo — suspiró Puck mirando por la ventana hacia el lago Ege y los árboles del Bosque del Oeste, en la orilla opuesta.

Élla e Inger estaban solas en el «Trébol de Cuatro Hojas», con los libros abiertos delante. Navio había salido a dar un paseo y Karen fue a hacer un recado en Oesterby.

No sé por qué Karen y Navio tenían que reñir ahora, con los exámenes tan cerca — dijo Inger—, Hay que saber pelear sin seguir enfadado después —añadió con circunspección—. Pero hasta el momento ni siquiera se por qué están enfadadas.

Puck se encogió de hombros.

— Es muy difícil saberlo.. Una dice una cosa y la otra lo contrario. Seguramente tendrán razón las dos. La causa puede ser que Karen se está poniendo nerviosísima por los exámenes. Es un manojito de nervios.

— Ya lo sé, pero por qué han reñido?

— No tengo ni idea. Pero de vez en cuando a Navio le gusta gastar bromas. Me parece que todo empezó por un libro que Karen había prestado a Navio y que ella, sin pensarlo prestó a Else. No debía haberlo hecho; pero de todos modos no es un crimen. Karen se enteró en un momento que estaba de mal humor y ya sabes cómo pasan las cosas. No oí lo que se dijeron, pero da igual; cuando yo entré en la habitación, momentos después, estaban sentadas cada una en su mesa y parecían dos gatos furiosos.

Desde entonces no han vuelto a hablarse, y los intentos que he hecho para reconciliarlas han fracasado. Creo que lo mejor es callarnos y esperar que la situación se arregle por sí sola; con gente enfadada no se puede hablar. Con el tiempo ya se calmarán. Como dijo aquel buen hombre: «El tiempo, que cura todas las heridas, también sembrará la hierba del olvido en estas llagas».

Inger se rió:

— Qué frase tan bonita. Ten cuidado no vayas a ponerla en el examen de redacción.

Puck miró por la ventana, suspiró y volvió a sus libros.

— Lo peor de todo —dijo momentos después—, es que con el tenso ambiente de la habitación, es muy difícil estudiar, cosa de por sí difícil aun sin esos líos. Debemos aprobar para pasar de clase. Sería demasiado vergonzoso tener que escribir a Valparaíso y decir a papá que me han suspendido. También me parece muy importante que las cuatro permanezcamos en el mismo curso. ¿No estás de acuerdo?

— Sí, claro; pero yo no veo por qué os han de suspender. Si trabajáis un poco, creo que aún hay tiempo, aunque no demasiado.

— Pues entonces ayúdame a reconciliar a esas dos —dijo Puck—. Tenemos que mejorar el ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas».

Inger se encogió de hombros:

— De todo corazón te ayudaría, pero ¿qué quieres que haga? Ni siquiera sé lo que les pasa. Navio dice que ni siquiera ella entiende qué ha puesto tan furiosa a Karen, y Karen no dice nada cuando está de tan mal genio.

— Tenemos que buscar una solución — dijo Puck —. A pesar de todo, vamos a interrogarlas a su regreso.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. La primera en regresar fue Navio. Entró y se sentó en su mesa con aire distante. Era muy raro; Navio normalmente era muy habladora. Se veía que su acostumbrado buen humor había sufrido mella en la pelea con Karen.

Estaba hojeando su libro sin lograr concentrarse. Puck se levantó y fue a sentarse en el borde de la mesa de su amiga.

— Oye, Navio —dijo—. Tenemos que arreglar este asunto entre tú y Karen. ¿Qué os pasa?

Navio hizo un gesto de resignación:

— No me lo preguntes — dijo con tono amargado —. Karen está enfadada conmigo; pero yo no le he hecho nada.

— Pero ella debe de tener alguna razón para estar enfadada contigo —opinó Inger desde su mesa—. Además, tú debes tener por lo menos una ligera sospecha de por qué se puso tan furiosa. ¿Por qué se enfadó?



Navio gruñó un poco.

— Yo sólo presté un libro de Karen a Else — dijo —. Pero eso no es razón para enfadarse.

— Bueno —dijo Inger—, quizá sí. ¿De qué libro se trata?

— «Ivanhoe». ¡Es formidablemente palpitante!

Puck no pudo dejar de sonreír. Ahora Navio se parecía a sí misma. Cuando algo era «palpitante», Navio en seguida se mostraba interesada.

— Así, ¿qué? —dijo Inger en un intento de poner las ideas en orden—. Karen te prestó un libro, y tú se lo prestaste a Else. ¿Por qué no pediste permiso a Karen?

— Sí, ya sé que no está bien; pero no pensé en eso, y aún sigo sin saber por qué se puso tan furiosa. Dijo que era el hazmereír de todos.

— ¿El hazmereír? ¿Porque has prestado su libro a otra? No entiendo nada. Tendremos que preguntar a Karen.

No tardaron mucho en poder hacerlo, ya que la puerta se abrió y entró la bonita y pelirroja muchacha.

— Precisamente estábamos hablando de tí, Karen... —comenzó Puck.

— No me extraña — dijo Karen con voz dura y fue hacia su mesa—. ¿No tenéis un tema más interesante de qué hablar?

Karen hizo un orgulloso gesto, con la cabeza y continuó:

— ¿Por qué no cuidáis de vuestros propios asuntos? En realidad, esto no os concierne.

Abrió su libro, puso los codos con un fuerte golpe sobre la mesa y empezó a estudiar. O por lo menos ésta era la impresión que

quería dar.

Puck la contemplaba con preocupación. Conocía el genio de Karen; cuando se encontraba de mal humor no había nada que hacer con ella. A pesar de ello, Puck hizo un intento desesperado:

— ¿Quieres hacernos creer que te has puesto así porque Navio prestó tu libro a Else? No suena muy convincente.

— ¿Por qué te metes en lo que no te importa? ¡Rayos! ¿Tienes que poner tu nariz en todo? —estalló Karen casi llorando—. ¿Por qué no me dejáis en paz? Vosotras siempre...

Cerró el libro de un golpe y se levantó.

— ¡Me voy, me voy! — gritó rabiosa —. Así podréis hablar de mí tanto como queráis.

Miraba furiosa a las otras, con ojos llenos de lágrimas. Inger intentó intervenir. Dijo con voz calmada:

— Nadie desea chismorrear de ti, Karen, y lo sabes perfectamente. No es justo por tu parte decir esas cosas. Pero queremos terminar con esta riña, porque no hay razón para que dos buenas amigas sientan antipatía la una por la otra. Esas cosas no suelen terminar bien.

Karen vaciló un poco. Su mirada iba de una a otra. Las palabras de Inger la habían impresionado.

— ¿Qué pasó con el libro? —preguntó Puck.

— Me lo había regalado mamá — dijo Karen y su voz temblaba —. Navio no tenía ningún derecho a prestarlo y, sobre todo, no tenía derecho a..., a...

— Derecho ¿a qué? —preguntó Navio desafiando—. No tenía derecho ¿a qué? ¿Qué supones que he hecho? Tendrás que explicarte con más claridad para que pueda entenderlo; si no, me voy a enfadar de veras.

— Enfadarte... ¿tú? —Karen intentó reír, pero era una lisa que sonaba falsa—. ¡Cómo si tuvieras alguna razón para enfadarte! Me has convertido en el hazmereír de todo el colegio, y me has estropeado el libro que mamá me ha regalado.

— ¿Estropeado? ¿Yo? ¿Quieres callar?

Navio estaba indignada. Fue hacia Karen enseñándole su puño cerrado.

— ¡No digas mentiras! —dijo con todo amenazador—. Eso no te lo voy a aguantar. ¿Qué estás tramando? Dímelo. Quiero saberlo.

La mirada de Karen expresaba ira y asombro a la vez. Entonces dijo, y su voz ya no sonaba tan segura:

— ¿No has escrito tú en el libro...?

Navio negó con la cabeza:

— Yo no escribo en los libros, y aún menos en los libros de los demás. Y ¿qué es lo que supones que yo he escrito?

Karen se había sentado. Puck intervino:

— ¿Es porque creías que Navio había escrito algo en tu libro por lo que estás tan enfadada con ella?

Karen afirmó con la cabeza. Navio dijo con voz agresiva:

— No creáis que soy como esas personas que se ofenden en un momento y que luego vienen corriendo cuando...

— Cállate, Navio. ¿Qué habían escrito en el libro, Karen?

Navio se levantó:

— ¡No quiero hablar más con vosotras! Me voy. ¡Que lo paséis bien! —dijo furiosa, y salió tras dar un portazo.

Inger y Puck miraron hacia la puerta cerrada. Karen abrió el cajón de su mesa y sacó un libro. Sin decir palabra lo tendió a Puck, que lo abrió y leyó, manuscrito en la primera página:

*Eso llamado felicidad es un espíritu siempre burlón que,
cuando sopla la adversidad, huye en seguida del corazón.*

*Quizá a veces tú no comprendas por qué el destino ha de ser así;
a veces dulce, a veces bueno, a veces triste... Terrible, sí.*

Pero tú, linda, tú nunca llores y sé valiente ante la vida.

Mira a la cara siempre a tu suerte y, sonriente, di ¡Bienvenida!

Y estaba firmado: *Para Karen, de mamá.*

— Es un verso precioso — exclamó Puck —. No comprendo lo que tú...

Karen se mordió los labios.

— Pero ¿no ves? —dijo entonces—, que he cortado la parte inferior de la página? Era allí donde estaba lo escrito.

— Navio no ha escrito nada —intervino Inger en tono conciliador—. Estoy segura de que ha dicho la verdad.

— No comprendo por qué te pones siempre al lado de Navio —dijo Karen—. Sé que está mintiendo; si no, ¿por se fue? No tiene la conciencia tranquila.

— Pero ¿qué había escrito? —preguntó Puck.

Karen negó con la cabeza.

— No te lo voy a decir. ¿Crees que tengo ganas de que te rías tú también? Después que las dos os habéis puesto al lado de Navio, no hay razón. Olvidémoslo.

Volvió a colocar el libro en el cajón, dando la espalda a las otras. Las miradas de Puck e Inger se cruzaron. Era inútil razonar con Karen y Navio. Mientras la sangre hirviera y la ira ocupara el lugar de la razón, tendrían que esperar. Pero ¿cuánto?

* * *

En los días siguientes no se produjo ningún cambio en las tensas relaciones entre Karen y Navio. Esto a Puck la irritaba y preocupada al mismo tiempo. Habían estado tan cerca de una reconciliación cuando Inger y ella habían intentado buscar la causa del enfado... Pero tanto Navio como Karen se habían negado a hablar. Ni Inger ni Puck habían podido averiguar qué decía el escrito que había puesto a Karen de tan mal humor. El que Navio hubiera asegurado ser inocente, en apariencia no cambiaba la actitud de Karen.

— No sé qué podemos hacer — dijo Puck a Inger, cuando bajaron al jardín después del almuerzo—. Navio está indignada y Karen no quiere hablar; así es imposible enterarse. Es palabra contra palabra. Sólo sabemos que Karen sospecha que Navio ha escrito algo que la ofendió. Este problema debería ser fácil de resolver, pero como las dos son tan testarudas, no llegamos a ninguna parte.

— ¿Has hablado con Else? —preguntó Inger—. Ella debe de saber algo.

— Tienes razón. ¿Por qué no he pensado antes en eso? — exclamó Puck—. ¿Dónde estará? Naturalmente, debe saber lo que ponía en el libro. Fue a ella a quien Navio se lo prestó.

La mayor parte de los alumnos del colegio estaban jugando en el parque después del almuerzo, mientras esperaban ser llamados a la primera clase. Puck vio a Else sentada, leyendo junto a la orilla. Corrió hacia ella seguida de Inger.

— ¡Hola, Else! Queremos preguntarte una cosa —dijo Puck, cuando llegaron a su lado—. Navio te prestó un libro, ¿verdad?

— Sí —contestó Else—. ¿Por qué me lo preguntas?

Else iba a una clase inferior a la de Puck y sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». Era una niña pequeña y regordeta de abundante cabello castaño y ojos azules, que siempre miraban como

asombrados a la persona con quien hablaba.

— Solamente quería saber si viste algo especial en aquel libro — dijo Puck—. ¿Había algo escrito en la primera página?

— Sí — dijo Else indiferente—, creo que un verso. ¿Qué se yo? No me fijé. No tuve el libro mucho tiempo.

— ¿Por qué? —preguntó Inger.

— Todo empezó un día, mientras Navio y yo estábamos hablando durante el recreo. Me contó que acababa de leer «Ivanhoe». Dijo que era uno de esos libros que uno debe conocer. Cuando dije que no lo había leído, ella contestó que Karen se lo había prestado y seguramente no tendría inconveniente en que yo lo leyera. «Voy a buscarlo en seguida», dijo, y bajó con el libro. Yo me lo llevé a la hora de volver a clase.

— Y ¿qué más?

— Nada más. Sí; se me olvidó en el aula cuando terminaron las clases. Pero, después de aburrirme un poco con la geografía, me acordé del libro y fui a buscarlo. Estaba en mi mesa. Nadie lo había tocado. Empecé a leerlo, pero no durante muchas páginas porque, francamente, el principio es algo aburrido. No me gustan las novelas de caballeros, así que lo dejé. Un par de días después vino Karen y me preguntó si tenía yo el libro. Cuando dije que sí, quiso que se lo diera en seguida. Estaba bastante enfadada.

— ¿Dijo algo en especial?

— No, pero estaba algo disgustada porque Navio me lo había prestado sin pedirle permiso. Dijo que era un libro que cuidaba mucho porque su madre se lo había regalado.

Puck estaba pensando. Aquello no sonaba muy convincente. Que Karen estuviera disgustada porque Navio había prestado su libro a Else sin su permiso, no era raro. Navio debía haberle pedido disculpas, y el caso habría concluido. Pero ahora se había convertido en un enorme conflicto, porque alguien escribió en el libro. Pero ¿qué había escrito? Y ¿quién lo había escrito? Porque, naturalmente, no había sido Navio.

— ¿Estás segura de que no leiste lo que estaba en la primera página? —preguntó.

Else negó con la cabeza:

— No me fijé en nada. El libro no me gustó.

— ¿Lo miró Karen cuando se lo devolviste?

Else cerró los ojos. Estaba pensando.

— Ahora que lo dices, creo que sí. Karen abrió el libro, lo miró, y luego lo cerró de golpe. No dijo nada. Dio media vuelta y se fue. No sé por qué estaba tan furiosa. No creo que sea ningún crimen prestarme un libro. Yo suelo tratarlos bien.

— ¿Estás segura..., estás segura de que tú no..., de que tu no escribiste algo en él? — preguntó Puck con mucha cautela.

Los ojos de Else miraban más asombrados que nunca:

— ¿Por qué iba yo a escribir en su libro? — preguntó—. Ya te he dicho que no me gustó gran cosa. Ojalá nunca lo hubiera tomado prestado.

En aquel mismo instante sonó la campana indicando la siguiente clase. Las muchachas se fueron en dirección al colegio.

— No hemos sacado mucho en claro — dijo Puck —. Else no se atrevería jamás a escribir en un libro. Además, tampoco creo que ella acostumbre a hacerlo. Y Navio tampoco. ¿Cómo vamos a aclarar este enredo?

Después de clase, Puck se fue a La Gran Granja con Annelise, a buscar un par de caballos y montar un poco. Siendo hija del propietario, Herbert Dreyer, Annelise tenía oportunidad de practicar la equitación y Puck solía acompañarla. Poco después tenían los caballos ensillados y las muchachas cabalgaban en círculo por el gran patio, mientras discutían adonde ir.

— Hace un tiempo espléndido. ¿Por qué no vamos al Bosque del Oeste? También sería divertido saltar un poco hoy — dijo Annelise —he mandado que hagan un par de obstáculos en el campo, al este de la granja. No me había acordado de decírtelo. pero me divertí mucho entrenándome el otro día, cuando estabas tan aplicada a los estudios y rehusaste venir conmigo ¿por qué no vamos allá a entrenarnos un poco saltando?

— Es una idea fabulosa — exclamó Puck —. No sabía que habías convertido el campo en hipódromo.

— Es un trozo de campo que está sembrado de hierba este año, así que papá no tiene inconveniente en que lo use yo para montar. Ven, que te voy a enseñar los obstáculos.

Salieron del patio y pasaron por el campo verde que se extendía entre La Gran Granja y Oesterby. El tiempo era espléndido. El sol brillaba en un cielo despejado y azul. Los caballos no habían salido

del establo desde hacía un par de días y tenían mucho brío. Las jóvenes amazonas decidieron comenzar el entrenamiento en seguida, para que los caballos pudieran gastar energías.

Los obstáculos que Annelise había hecho con ayuda de un par de hombres de la granja eran dos potros de troncos y gavillas de hierba seca amontonadas. Los caballos no parecían encontrar dificultad en saltarlos, así que tuvieron un éxito sorprendente. Primero pasó Annelise los obstáculos en las dos direcciones, después le tocó a Puck.

Con gran voluntad avanzó hacia ellos para luego saltar con elegancia, sintiendo la alegría jubilosa que la buena equitación da al jinete. Logró saltar el obstáculo siguiente con la misma elegancia y, luego de dar la vuelta cabalgó hacia Annelise. Saltaron un par de veces más, divirtiéndose en grande, pues los briosos caballos no tenían ninguna dificultad.

— ¡Probemos a saltar en pareja! —gritó Annelise—. Ven a lado. Cruzaremos el campo al galope y saltamos los obstáculos al mismo tiempo. Es un entrenamiento fabuloso.

No era la intención de Puck correr demasiado, pero el temperamento de Annelise era algo violento. «Cuanto más difícil, más divertido» era su lema. Puck solía decir que Annelise, cuando cabalgaba, usaba todo menos la cabeza. Prudencia y reflexión eran dos palabras desconocidas para ella. Era una muchacha impulsiva y, como al mismo tiempo estaba muy mimada, muchas veces no pensaba en el resultado de sus actos. No era mala; pero actuaba demasiado irreflexivamente. Se dejaba arrastrar por sus deseos, lo que muy a menudo tenía consecuencias deplorables.



Cuando cruzaban el campo a galope tendido y a Puck le costaba trabajo sólo el seguirla, para que los caballos pudieran saltar al mismo tiempo, Annelise tuvo una de esas ideas que otras personas seguramente hubieran rechazado, pero que para ella era una tentación irresistible.

En cuanto hubieron cruzado el segundo obstáculo, siguió galopando en dirección a la tapia de piedra que separaba el campo del jardín del párroco.

Al principio, Puck no comprendió la intención de Annelise. Creía que iban a dar la vuelta al galope, para intentar los saltos en dirección opuesta. Pero Annelise continuó. Corría a tanta velocidad que a Puck no le fue posible contener su caballo y ponerlo al trote. Después del último obstáculo Annelise aventajaba a Puck en unos metros y, como muchas veces sucede con los caballos cuando corren a gran velocidad, uno enardecía al otro. De esta forma terminaron en una loca carrera.

Puck comprendió demasiado tarde la intención de Annelise. ¡Iba a usar la tapia del jardín del párroco como obstáculo! Entonces intentó gritar para advertir a su amiga, pero Annelise no prestó atención.

Con un elegante salto hizo pasar su caballo por encima de la tapia y, antes de que Puck pudiera contar hasta dos, su propio caballo siguió al de su amiga en un salto muy alto, y ambos fueron a parar a un sendero de gravilla.

Puck oyó que alguien les gritaba. Se afirmó en la silla y recogió riendas. Annelise hizo lo mismo. Aunque demasiado tarde, comprendió lo que habían hecho.

No se puede parar un caballo al galope en pocos metros, y hasta llegar a la salida del jardín no lograron poner sus monturas al trote. Puck había alcanzado a Annelise, que tenía la cara completamente roja. Se notaba lo que estaba pensando.

— ¿Sabes lo que hemos hecho? —preguntó Puck.

— ¡Claro que lo sé!

Habían llegado al camino, cuando escucharon otra vez gritos a sus espaldas.

— Tenemos que dar la vuelta y pedir disculpas — dijo Puck.

— No me atrevo — dijo Annelise —. Hemos saltado por encima de su cabeza. Estaba detrás de la tapia tomando el sol. Yo no podía

saberlo.

— Vamos; no debemos ser cobardes huyendo.

Puck paró el caballo y desmontó. Se sentía abatida porque la situación era bastante fea. Lo que habían hecho era imperdonable. Podía haber ocurrido un accidente. Miró a Annelise, pero su amiga seguía su camino. Puck se quedó sola, mientras un joven con la cara roja de rabia se acercaba a grandes pasos.

En aquel momento Puck hubiera deseado que la tierra les tragase a ella y a su caballo. No había forma de defenderse; no tenía excusa. Su comportamiento había sido horrible. No podía hacer otra cosa que pedir perdón sinceramente y, como Annelise había desaparecido, asumir ella toda la responsabilidad.

El joven había llegado ya donde se encontraba Puck. Era alto y esbelto, de cara delgada y ojos hundidos. Su rostro estaba desencajado por la ira.

— ¡Por todos los rayos del cielo!... —chilló el recién llegado.

La voz de Puck temblaba cuando dijo:

— Perdone usted, pero...

Se calló. ¿Qué podía decir? No podía mentir diciendo que la culpa era de los caballos, porque no era verdad. La culpa era de ellas o, mejor dicho, de Annelise. No debían haber saltado al jardín, aunque había sido un salto maravilloso.

De repente comprendió por qué el caballo había saltado tan alto. Un caballo siempre evita pisar a las personas que se encuentran delante.

El joven estaba indignado.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó.

— Me llamo Bente Winther.

— ¿Es tuyo el caballo?

— No — tartamudeó Puck —. Me lo han prestado.

— Y tu amiga, ¿quién es?



Puck prefirió no responder a aquella pregunta. Si lograba no mezclar a Annelise, el asunto iría mejor. Porque si empezaban a hablar de ella, quizá el joven le preguntara quién había tenido la culpa.

Y ¿qué podía ella contestar entonces?

— No puedo decir nada para defenderme — se disculpó Puck—. Hemos sido muy alocadas. Lo único que puedo hacer es pedirle perdón de todo corazón.

— Así que ¿no tienes excusa?

El desconocido vaciló un momento. Puck esperaba haberle ablandado, pero se quedó desilusionada. Lo único que ocurrió fue que la ira del joven se convirtió en glacial frialdad. Sacó un pañuelo y se secó la frente. Se tomó su tiempo. Lenta y cuidadosamente volvió a plegarlo y se lo metió de nuevo en el bolsillo. Entonces dijo:

— ¿Quiénes son tus padres? ¿Dónde viven?

— Mis padres no están aquí —contestó Puck—. Mi padre es ingeniero y trabaja en Chile. Yo vivo en el pensionado.

— Muy bien.

De nuevo una pausa glacial.

— Quisiera rogarle que no dijera nada al director —imploró Puck—. Sé que ha estado muy mal lo que hemos hecho, pero le aseguro que no fue con mala intención. Lo hicimos sin pensar; hemos sido muy alocadas, lo sé, y no se repetirá; se lo aseguro. Estábamos entrenándonos saltando obstáculos en el campo y...

— Sí — dijo el joven lentamente —. Podía haber ocurrido un accidente. La gente que no piensa es la causante de los accidentes. Podíais haberme matado. Si me hubiese levantado en el mismo instante en que vosotras saltábais, los cascos de los caballos hubieran podido golpearme. Y, además, ¿cómo se os ocurrió saltar a

un jardín privado?

Puck negó con la cabeza.

— Tiene usted razón en todo eso — dijo con un hilo de voz.

Estaba a punto de llorar. Primero, había tenido un gran susto y, segundo, temía las consecuencias de su acto. No pensó que ella en realidad era completamente inocente. Pero no podía declararse inocente sin inculpar a Annelise al mismo tiempo. Esas cosas no se hacen. Prefería callar y ser castigada.

— Le ruego que no hable con el director — repitió, implorando.

Puck pensó: Si tiene un poco de corazón comprenderá lo que esto significa para mí.

De nuevo se hizo una pausa. A Puck le pareció que duraba horas. Entonces el joven hizo un gesto de duda con la cabeza y dijo:

— Lo pensaré.

No se despidió. Dio media vuelta y regresó por el jardín hacia la casa del reverendo. Puck se quedó mirándole durante un momento. Sentía un nudo en la garganta. Estaba muy deprimida cuando volvió a montar y a un trote ligero emprendió el regreso a La Gran Granja.

Cuando llegó al patio, vio a Annelise que había terminado de desensillar su caballo. Estaba en la puerta del establo.

— ¡Cobarde! — reprochó Puck furiosa —. ¿Por qué te marchaste así?

Annelise no contestó en seguida. Hizo un orgulloso gesto con la cabeza.

— Nada hubiera arreglado con quedarme. Además...

— Ha sido muy ruin por tu parte — dijo Puck por encima del hombro, mientras metía su caballo en el establo para quitarle los arreos y ponerle la manta.

Luego salió al patio, donde Annelise la estaba aguardando. Sin pronunciar ni una palabra, Puck cruzó ante ella y se fue en dirección al colegio. Annelise la siguió lentamente. Puck la oía decir:

— No tienes por qué ponerte así. Lo hicimos las dos.

Puck dio la vuelta rápidamente y miró furiosa a su amiga.

— No lo hicimos las dos — dijo —. ¡De ninguna manera lo hicimos las dos! Sabes muy bien que fue tu caballo el que arrastró al mío. Fue una idea completamente loca saltar aquel muro. Y ya

ves las consecuencias.

— ¿Cómo podía saber yo que alguien estaba tras él? —dijo Annelise, rabiosa—. Allí no suele vivir más que el viejo párroco. El jardín suele estar vacío. Y sé que el reverendo no se molestaría por una pequeña broma. ¿Quién era este hombre?

— No tengo idea —dijo Puck—. Hablemos de otra cosa, aunque siga pensando que te has portado de una forma cobarde.

Durante el resto del camino las dos niñas no se dijeron palabra.



El reverendo Friis levantó su mirada de la revista que estaba leyendo cuando la puerta se abrió y entró el joven.

— Hola, Christian — dijo el anciano —. Estaba pensando en salir al jardín en tu busca. Siéntate un momento, tengo varias cosas que discutir contigo.

Dobló cuidadosamente la revista y la colocó en la mesita al lado del sillón.

— ¿Verdad que el jardín está precioso? —añadió—. Precioso, hermoso y tranquilo. De vez en cuando se necesita la tranquilidad de un viejo jardín. ¿No tengo razón?

El joven hizo una mueca que el reverendo no vio. Se sentó en una silla y dijo:

— Paz y tranquilidad... Sí, gracias.

Estuvo a punto de contar lo que le había ocurrido, pero se calló. De repente comprendió que su relato le pondría en ridículo. La situación en sí era grotesca, aunque había sido peligrosa. Que él estuviera tomando el sol tranquilamente apoyado en una tapia y dos caballos le saltaran por encima, como si fuera un número de circo, no era serio para un aspirante al doctorado en teología. Más le valía callar.

— Sí — dijo el anciano —. Paz y tranquilidad. Para mí no hay mejor sitio, para que mis pensamientos se serenen, que ese viejo jardín de la casa pastoral de Oesterby. Pues, bien; desde que llegaste ayer por la tarde quería discutir contigo un asunto. Pero me ha parecido mejor que primero te instalaras y descansaras un poco.

Cuando escribiste diciéndome que te gustaría pasar tus vacaciones aquí conmigo, me alegré muchísimo, como ya sabes. Pero hay una cosa que no te he explicado todavía, y es que últimamente estoy algo flojo de salud y he tenido dificultades para cumplir con mis muchos deberes.

He hablado ya con uno de los miembros de la junta de la parroquia para tomarme unas largas vacaciones y tener tiempo de ser examinado a fondo por los médicos del hospital de Sundkoebing, siguiendo el consejo de mi médico.

Pero queda la cuestión del culto religioso. Bueno, sin más preámbulos: ¿Te gustaría ocupar mi lugar mientras tanto, por un par de domingos?

Christian Bach había prestado mucha atención a las palabras del anciano párroco. Cuando éste terminó su pequeño discurso hubo una pausa. El joven teólogo estaba rígido en la silla, mordiendo el labio inferior.

— ¿Te gustaría? —preguntó el pastor Friis de nuevo—. Espero no estropear tus vacaciones dándote tanto trabajo. Si no quieres, dímelo, y tan amigos como antes.

— Claro que me gustaría ayudarle, pero... No tengo mucha experiencia en decir sermones.

El reverendo Friis movió la cabeza sonriente.

— Vosotros, los jóvenes teólogos, lo tomáis todo demasiado en serio —dijo—. Tenéis tantas cosas que decir que no debería seros difícil escribir y decir un sermón. Yo, por lo menos, no he tenido nunca ninguna dificultad. Además, conoces esta parroquia. Has nacido en Oesterby y conoces a los vecinos. Estoy seguro de que te van a recibir con los brazos abiertos, y no querrán saber nada de mí cuando regrese.

El pastor Friis se levantó.

— Piénsalo —dijo—. Como te dije antes, si no te interesa, dímelo. Pero si pudieras hacerte cargo de los cultos religiosos durante un par de semanas, me vendría muy bien. Entre nosotros,

temo necesitar una estancia en el hospital más de lo que la gente cree. Cuando se tienen mis años, empiezan las molestias. Yo por lo menos noto que me fallan las fuerzas, y eso no me gusta, ya que aún quedan muchas cosas por hacer. Pero ¡así es la vida!

El joven quiso decir algo, pero el pastor Friis hizo un gesto para impedir que hablara:

— No, no me contestes ahora, Christian. Espera a mañana. Consúltalo con la almohada. Y recuerda que, si la contestación es que no, seguiremos tan amigos.

Le saludó con una sonrisa y salió. Christian se quedó pensativo.

* * *

Cuando Puck y Annelise llegaron al colegio se separaron sin decir palabra. Puck subió al «Trébol de Cuatro Hojas», donde Karen estaba sentada, con las piernas encima de la mesa, leyendo un libro con un forro de gran colorido.

— Hola.

— ¡Hola! — contestó Karen por encima del hombro, y prosiguió su lectura.

Puck la miró por el rabillo del ojo, mientras iba hacia su mesa. Sacó un par de libros y empezó a estudiar; pero le era completamente imposible concentrarse. No era fácil olvidar lo ocurrido, ni la penosa conversación que había sostenido con el joven de la parroquia. No dijo ni sí ni no cuando ella le pidió que no contara al director lo sucedido.

Puck estaba preocupada por los nuevos problemas que tenía, cuando se estaba preparando para los próximos exámenes.

La riña de Karen y Navio había sido suficiente para crear un ambiente glacial y tenso en el «Trébol de Cuatro Hojas». ¡Qué lástima que fuera así! Un par de días antes, todo iba bien y eran felices. Habían estado alegres y contentas las cuatro. Sólo el pensamiento de los exámenes las preocupaba, pero como ninguna de las cuatro tenía nada que temer en realidad lo único que debían hacer era aplicarse un poco más y jugar algo menos, y todo iría a pedir de boca. En cambio ahora...

Puck suspiró hondo mientras miraba por la ventana. El tiempo era cálido y espléndido. Aquella estación del año era maravillosa. Todo hubiera sido ideal si ellas hubieran pensado un poco más antes de actuar.

La idea de Annelise había estado completamente fuera de lugar: ¿usar la tapia del jardín del reverendo como obstáculo!... Puck se preguntaba una y otra vez si ella no hubiera podido hacerle dar la vuelta al caballo. Pero todo había sucedido con tanta rapidez... Hasta el último momento no comprendió la intención de Annelise, y entonces ya se encontraba en pleno salto por encima de la pared, y de la cabeza del joven que estaba tan tranquilo tomando el sol.

A pesar de la seriedad de la situación, Puck no podía dejar de sonreír. Debió de ser una escena fantástica. Lástima no tener una foto, o mejor una película de la escena. Un hombre con traje oscuro plantado allí, tan solemne, al sol, y una pequeñaja montando a caballo, que, en un enorme salto, le pasaba por encima. A Puck le hubiera gustado ver la cara del joven cuando se dio cuenta de lo que pasaba.

Pero a su humorismo siguió el temor por lo que podía pasar después. Puck no tenía idea de quién era aquel joven, pero estaba segura de que él no iba a olvidarse del asunto tan fácilmente. Seguro que llamaría al director para contárselo todo, o que vendría en persona al pensionado. Después, ella sería llamada al despacho para oír una reprimenda muy seria. Iba a ser muy desagradable. Seguramente el director comprendería que no lo habían hecho con malicia, que lo habían realizado sin pensar. Lo peor de todo era que ella tendría que comprometer a Annelise en su explicación, y le sería imposible ocultar que la culpa había sido de ella cuando saltaron la valla. Lo mejor hubiera sido que Annelise confesara, pero había escogido el sistema de la liebre: huir a toda velocidad.

Puck estaba enfadada con Annelise. Ésa no era manera de comportarse. Cuando se ha hecho algo malo se deben afrontar las consecuencias. Ésta era la regla; sobre todo la regla del compañerismo. Si uno huía otro tenía que sufrir las consecuencias. Annelise estaba muy mimada; era egoísta. Su huida se debía quizá menos a falta de compañerismo que a su sentido egoísta de evitarse molestias.

Pero, fuera lo que fuera, estaba mal hecho; el comportamiento de Annelise era mezquino. Había puesto a Puck en una situación muy desagradable y, sobre todo, la había colocado en peligro de faltar contra el primer mandamiento del compañerismo: «No delatar».

De todas formas, Puck estaba contenta y hasta orgullosa de no haber mezclado a Annelise en el asunto. Había estado a punto de decirlo cuando el joven había preguntado por la otra amazona; pero ella logró cambiar de tema. ¡A ver si al fin las dejaba en paz!

Puck se rascó la cabeza pensativa. Quizá sería mejor bajar al despacho y contárselo todo al director antes de que llegase la queja. Sin embargo, no podía hacerlo si Annelise se negaba a acompañarla. Y seguramente no lograría jamás que Annelise entrara voluntariamente en el despacho del director, en una situación así. Además, Puck no tenía muchas ganas de hablar con ella en aquellos momentos. Si iba a su habitación, creería que pretendía hacer las paces, y eso no era verdad.

Los intentos de Puck, durante la hora siguiente, por concentrarse en sus estudios, fueron inútiles. Sus pensamientos siguieron girando alrededor de lo ocurrido. Esperaba oír de un momento a otro que la llamaran desde el vestíbulo porque el director quería verla.

Sin embargo no pasó nada. Toda la tarde transcurrió sin novedad. Cuando la campana llamó para la cena y Puck bajó la escalera, se encontró con el director Frank, que la saludó con su acostumbrada amabilidad, antes de pasar al comedor.

Puck le miró asombrada. Al parecer, no sabía nada. ¿No se habría quejado el joven? Puck empezó a tener cierta esperanza, pero no se atrevía a creerlo. Si el joven no se había quejado podía ser por falta de tiempo. Quizá por la noche llamaría al director para contárselo todo. De todos modos, era demasiado temprano para sentirse optimista.

Después de la cena se fue al lago Ege y se sentó en uno de los bancos, cerca del embarcadero, a contemplar el agua. Tenía ganas de estar a solas. Su cabeza bullía de confusos pensamientos. Hablar con las amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» no arreglaría nada en aquellos momentos. Era mucho mejor quedarse sola y sentir la fresca brisa del lago, mientras contemplaba la hermosa luz, de la luna sobre las ondas, sobre los bosques, el pantano y las ruinas, en el pequeño cabo un poco más hacia el norte.

A pesar de todo se sintió contenta al escuchar que unas voces conocidas la saludaban y ver a sus compañeros Hugo Svendsen y Henrik Smith, más conocidos por los mote de Alboroto y Cavador, venir corriendo por el césped hacia el lago. Se sentaron jadeando,

uno a cada lado de ella, después da su carrera.

— ¿Qué haces aquí tan pensativa? — preguntó Alboroto —. ¿Estás haciendo planes para algo grande?

Puck negó con la cabeza:

— Todo lo contrario. Estaba disfrutando de la paz y la soledad.

— Muchísimas gracias — rió Cavador —. A esto lo llamo yo una invitación para sentarse a charlar.

— No lo tomes así. Estoy muy contenta de veros. Parecéis muy excitados los dos. ¿Ha ocurrido algo especial?

— Sí — dijo Alboroto —. Se puede decir que sí. Acabamos de regresar de Oesterby. Nos vuelves a ver por pura casualidad.

Puck no pudo evitar la risa. El tono dramático de Alboroto era extraordinario:

— Esto suena muy excitante. ¿Os habéis caído de las bicicletas o qué?

— Mucho peor — dijo Cavador —. Estuvimos a punto de vernos mezclados en una gran batalla con una pandilla de gamberros que han llegado al pueblo.

— ¿Gamberros?

— Sí, esos melenudos montados en motos que vienen a gran velocidad por las carreteras, creyéndose los amos. Tres de esos tipos han llegado a Oesterby y han obtenido permiso para acampar en un prado fuera del pueblo, en el camino que pasa por La Granja del Este. Son tres tipos rudos.

— Tienen que ser muy rudos, si dices que tres gamberros son una pandilla —rió Puck—. ¿Qué pasó con ellos?

— ¡Ah! —dijo Cavador—, lo de siempre. Veníamos tan tranquilos por la carreterra, sin un mal pensamiento, así somos a veces. Entonces esos tipos vinieron a toda velocidad, con ganas de armar camorra. Nos cortaron el paso y tuvimos que frenar para no chocar contra ellos.

Alboroto se cayó y se hizo daño en una rodilla.

Comprenderás que teníamos razón para enfadarnos, y empecé a protestar, aunque sabía que era imposible hacer otra cosa contra esos tipos. Eran tres, y bastante más grandes que Alboroto y yo. Pero al menos protesté y ellos, naturalmente, contestaron con un «¿Querías algo, nene?». Entonces una palabra siguió a la otra.

No te voy a ocultar que fuimos vencidos, ni tampoco que las

palabras que nos dijeron esos «caballeros» no fueron muy agradables cuando huíamos a toda velocidad. Cuando llegamos a la curva donde empiezan los cultivos, bajamos de las bicicletas e hicimos un pequeño consejo de guerra. Pudimos ver como los gamberros daban la vuelta y se iban en dirección a Oesterby. Pensamos que era mejor saber de dónde procedían, así que fuimos tras ellos, a prudente distancia para no ser vistos.

Habían acampado fuera de la ciudad, como dije antes, y nos han prometido una paliza si nos encuentran de nuevo en la carretera. Así que espero los próximos días con... ¿Cómo diría yo?... Con escepticismo.

— Pero ¡qué horror! —exclamó Puck—. No podemos tolerar ser molestados en nuestro camino. Siempre hemos tenido paz y tranquilidad. Esos tipos no tienen nada que hacer aquí.

— No, pero tampoco podemos evitar que acampen en un prado. Seguramente tienen permiso — dijo Cavador, después de reflexionar—. Me gustaría echar a esos tres de alguna forma; pero primero vamos a ver si sus amenazas van en serio.

— No es por nada — añadió Alboroto —, pero yo casi tengo bastante con las amenazas.

— Sí — dijo Puck —. A veces es peor una amenaza que encontrarse en una situación desagradable.

— Cuánta filosofía —anotó Cavador—. ¿Hablas por propia experiencia?

Puck estuvo a punto de contar a sus compañeros la amenaza que se cernía sobre ella; pero decidió guardar silencio. El asunto era ya bastante enredado. No mejoraría la situación comentándola de nuevo. Annelise se callaría, de eso estaba segura.

— Vamos a ver lo que pasa — dijo y se levantó —. Creo que tenemos derecho a un poco de paz mientras nos preparamos para los exámenes.

— Tenemos que trabajar mucho, y no creo que nos hagan falta más problemas. ¿Venís conmigo?

Los tres juntos se fueron lentamente en dirección al edificio principal del colegio.

* * *

Se mire por donde se mire —se dijo Puck—, por todos lados hay jaleos.

Había decidido dar un paseo por la arboleda para buscar la solución a tantos problemas que comenzaban a hacerle difícil la existencia.

Desde el primer día de su estancia en el pensionado de Egeborg se había sentido atraída por los maravillosos lugares que rodeaban el colegio. Cada vez que tenía preocupaciones buscaba los bosques o los campos, paseaba o se sentaba en algún sitio donde el panorama le llenaba de alegría.

El contacto con la Naturaleza le ayudaba a pensar. Puck no pertenecía a esa clase de gente que siempre necesita compañía.

Le gustaban sus compañeros y se sentía contenta junto a ellos; pero no temía estar sola, al contrario, buscaba la soledad para ordenar sus pensamientos. La Naturaleza la inspiraba. Le hacía ver las dificultades por el lado menos duro. En realidad, era extraño que, habiendo nacido y crecido en la gran ciudad, sin muchas oportunidades de gozar de la vida al aire libre, pudiera sentirse tan a gusto en la silenciosa paz del bosque o a la orilla del misterioso lago Ege, con sus calas y bahías pobladas de árboles, o en el pequeño promontorio cubierto de hierba siempre verde que penetraba en el lago.

Sin embargo, en aquella ocasión le era difícil poner en orden sus ideas. Paseaba por el borde del sendero cortafuegos y llegó a un lugar donde los leñadores habían estado talando árboles hacía poco. Aún quedaban bastantes ramas grandes, y los troncos descortezados destacaban contra el musgo verde oscuro del suelo.

De repente, Puck sintió ganas de hacerse una cabaña. Las ramas cortadas le servirían para su propósito. Tenía ganas de hacer algo divertido, algo que por un momento le diera la satisfacción que produce el hacer una cosa con las propias manos, aunque sólo fuera una cabaña de ramas y musgo.

Había dos árboles poco separados entre sí, con ramas bajas que muy bien podrían servir para soportar el techo. Después de buscar un poco, encontró una rama lo suficientemente larga como para llegar de un árbol a otro, y la colocó horizontalmente a una altura de metro y medio. Después empezó a poner ramas de abeto apoyadas en aquel travesaño, con la debida inclinación. No era un trabajo difícil, pero debía realizarse con cuidado para que la construcción no fuera demasiado débil e insegura. Al final, Puck

pudo contemplar su trabajo con orgullo.

Tenía terminado el almacén de la cabaña; solo faltaba cubrirlo de musgo.

Había hecho cabañas de musgo en muchas ocasiones, y sabía que debía buscarlo bosque adentro. Los lugares pelados que dejaría al arrancarlo no debían verse desde la carretera. No había que estropear el bosque. De todas formas, el señor Bang, el guardabosques, le había dado permiso para hacer cabañas y jugar todo lo que quisiera allí.

Buscaba el material para el techo limpiando primero el suelo de ramas hojas y piñas, luego sacaba con muchísimo cuidado el musgo, enrollándolo como si fuera una alfombra. Ésta era la parte más difícil del trabajo, porque se rompía fácilmente. Pero Puck trabajaba con manos hábiles y logró enrollar una gran manta de musgo para lavarlo a la cabaña y, con mucho cuidado, extenderlo por encima de las ramas.

Estaba tan absorta en su trabajo que no oyó unos pasos que se acercaban. No se dio cuenta de su presencia hasta que los tres jóvenes estuvieron a su lado. Se sobresaltó.

— ¿Qué hay, nena? ¿Te hemos asustado? —rió uno de ellos.

Puck comprendió que eran los gamberros de los cuales habían hablado Alboroto y Cavador.

— No — contestó secamente Puck —. No les oí venir.

Los tres muchachos se quedaron contemplándola.

— ¿Tienes permiso para hacer esto? —preguntó uno de ellos de repente.

— Claro que lo tengo — dijo Puck resuelta. No veía el interés que él podía tener en el asunto.

— Ten cuidado, no te enfades. Sólo he preguntado — dijo el gamberro.

Puck hizo un gesto orgulloso.

— Y yo me limité a contestar — dijo.

El chico dio un paso hacia ella.

— Ten muchísimo cuidado —dijo—. No intentes pasarte de lista.

En ningún momento había sido ésta la intención de Puck. Sólo quería que la dejaran en paz. No tenían derecho a venir a amenazarla o asustarla. Pero, por otro lado, sabía que no iban a quedar las cosas así. Estaban buscando jaleo. Por eso no contestó,

esperando que los gamberros buscaran otra diversión y la dejaran en paz.

— Intentas demostrar que eres dura, ¿eh, nena?

— No, en absoluto — dijo —. No intento nada.

Pensaba que quizá el hecho de ser bastante más pequeña que los tres chicos despertaría en estos su sentido de la caballerosidad. Pero, al parecer, la palabra caballerosidad era completamente desconocida para ellos.



De repente, el que había llevado la voz cantante dio un paso hacia la cabaña casi terminada. A puntapiés quitó el musgo y después dispersó las ramas de abeto en todas direcciones. Sus dos compañeros siguieron su ejemplo y, en menos de medio minuto, habían destruido lo que a Puck le había costado más de una hora de trabajo.

Ella miraba con ojos llenos de lágrimas como deshacían su cabaña. No podía protestar ni hacer nada por evitarlo.

— Quizá esta lección te sirva para el futuro, ¿eh? — dijo uno de los gamberros, amenazador, cuando de la cabaña ya no quedaba nada.

Los mozalbetes dieron media vuelta y, con una risa de desdén, reemprendieron el regreso. Puck se quedó contemplando tristemente los restos de su cabaña. No era la destrucción en sí lo que hacía que las lágrimas asomaran a sus ojos. No; era todo lo ocurrido lo que la asustaba y le daba una sensación de rabia y desesperación, y ver que la gente pudiera ser tan cruel, brutal e injusta.

Comprendió lo que debieron de sentir Alboroto y Cavador

cuando fueron atacados por aquellos mismos gamberros. Regresó de muy mal humor por el Bosque del Oeste. Cuando llegó al camino y estaba a punto de entrar en el colegio, se quedó mirando furiosa a los tres golfos, que habían montado en sus motos y regresaban a Oesterby.

Sin pensarlo, cerró los puños, y una sensación de venganza la estremeció. ¿No sería posible echarlos de la comarca para recobrar la acostumbrada paz y tranquilidad? Trataría de eso con Alboroto y Cavador. También hablaría con las amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». Tenía que haber algún modo de quitar a aquellos gamberros de en medio.

De repente vio a una persona que se acercaba con pasos rápidos. Al reconocerla se asustó; era el joven del jardín del reverendo, que iba al colegio. Nó cabía duda respecto al asunto que le traía.

Puck dio la vuelta y corrió hacia el edificio principal, deseando con toda su alma que el visitante no la hubiera visto.

¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntó, casi llorando—. Dentro de un momento estará sentado en el despacho del director, quejándose y contándole todo lo que ha pasado. Luego me llamarán. ¡Ojalá pudiera hablar con Annelise! Pero no confío en ella, después de lo que pasó.

Si iba a verla y le contaba lo que sabía, la reacción de Annelise seguramente sería huir de nuevo. Y ella se quedaría con toda la responsabilidad.

Dio la vuelta al edificio y se dirigió hacia la pequeña ensenada, donde estaban los campos de cultivo. Entre los árboles, los alumnos habían construido una pequeña aldea africana con tablas y juncos. De vez en cuando jugaban allí con gran alboroto, pero de momento estaba vacía, debido a la proximidad de los exámenes.

Puck fue allí en su desesperación, para tratar de encontrar solución a su problema. No estaba tranquila. Un par de veces se sentó en la hierba para levantarse en seguida. Anduvo de un lado para otro sin descanso, mientras sus pensamientos le daban vueltas y más vueltas en la cabeza, sin encontrar ninguna solución.

Tenía miedo, no de la reprimenda que seguramente iba a darle el director sino de encontrarse en una situación tan tonta respecto a Annelise.

¡Qué problema más simple!

Se preguntaba cuánta lealtad le debía a su amiga, después que ésta la había dejado en el apuro tan mezquinamente.

Por otro lado, quienquiera que fuese el hombre, se había presentado para contárselo todo al director y era inútil que ella se preocupara por saber qué era lo correcto. Ella era víctima de la situación, dejarlo todo aclarado, recibir la reprimenda con la cabeza bien alta, dar las disculpas que le fueran pedidas, cargar con el castigo que le fuera impuesto y desear no encontrarse de nuevo en semejante situación.

Sí; iría ahora mismo al despacho a confesar su falta. Se levantó muy decidida y empezó a correr en dirección al edificio principal. Subió la gran escalera de piedra de un par de saltos, abrió la puerta del vestíbulo y fue sin vacilar hasta el despacho del director.

Escuchó voces dentro, pero no dudó ni un segundo. Con el puno llamó decidida a la puerta. Las voces se callaron. Después se oyó la del director diciendo:

— Pase.

Puck abrió la puerta. El joven estaba sentado al lado de la mesa, el director estaba de pie junto a la ventana con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta; parecía muy contento. El joven miró fijamente a Puck. El director dijo con una sonrisa:

— ¡Ah! ¿Eres tú? Estoy ocupado ahora. ¿Querías verme para algo importante?

Puck vaciló. Claro que era importante, pero, por otra parte, no había esperado ser recibida así. El joven llevaba un buen rato con el director y había tenido tiempo de sobra de contárselo todo. A eso había venido ¿no? Y el director debía saberlo. ¿Por qué pues estaba allí, sonriendo, como si no hubiera pasado nada? Puck no sabía qué contestar.

— Si el asunto puede esperar —continuó el director—, tendrás que venir otro rato. Ahora no puedo atenderte, Puck.

Lo dijo muy amablemente, como siempre. El director era un hombre estupendo. Todos sus alumnos le querían. Él y su esposa significaban mucho para los chicos y chicas que tenían el pensionado de Egeborg por hogar. Puck se sentía muy unida a aquel joven matrimonio, que en muchas ocasiones le había demostrado su comprensión y voluntad de ayuda.

Pero, en aquella ocasión, Puck se sintió confusa. ¿Por qué el

director le sonreía en vez de regañarla? Era imposible que el joven no le hubiera contado aún lo ocurrido en el jardín del pastor.

Puck miró a uno y al otro. El joven estaba rígido, mirando la alfombra. No cabía duda de que la había reconocido. Pero entonces, ¿por qué no había dicho nada?

Se hizo una pequeña pausa. El director hizo un gesto de despedida.

— Anda, anda — dijo sonriendo —. Puedes entrar después, Puck. Ahora no tengo tiempo.

Puck hizo una reverencia y salió disculpándose. Cerró la puerta con mucho cuidado para no hacer ruido, y mientras lo hacía escuchó la voz del director que decía al joven:

— Como le dije antes, me alegraría mucho si usted pudiera ayudarnos en los exámenes, aunque fuera en una sola asignatura; En Física, por ejemplo. ¿Qué le parece?

— Bien — dijo el joven —. Aunque hace varios años que no me he ocupado del tema, siempre me ha interesado...

Puck dio la vuelta y subió pensativa la escalera. En la habitación del «Trébol de Cuatro Hojas», Inger escribía una carta a su familia y levantó la vista al entrar Puck.

— ¿Qué te ha pasado? Estás muy pensativa —sonrió Inger.

— Te lo contaré otro día —contestó Puck—, porque aún no lo sé del todo.



VIII

Habían tenido un suave verano durante algún tiempo, pero ya estaba llegando una ola de calor. Cuando alguna vez se veía una nube, era blanca como la nieve y subrayaba aún más el tono azul del cielo veraniego. Hacía un calor sofocante y todas las ventanas

del colegio estaban abiertas de par en par. En las habitaciones, los alumnos intentaban olvidarse del buen tiempo, porque la única sombra en aquella maravillosa estación eran los exámenes.

Para Puck ésa no era la única sombra. Seguía diciéndose que tarde o temprano el joven del jardín del reverendo contaría al director lo ocurrido. Que no lo había hecho el otro día estaba claro; si no, el director ya la hubiera llamado para interrogarla sobre el desdichado paseo a caballo.

Puck no pudo discutir el asunto con Annelise. Apenas la había visto desde aquella accidentada tarde. La conciencia de su amiga debía de estar más negra que el carbón, y era evidente que no quería hablar con Puck. Pero con ese proceder hacía la situación doblemente difícil. Si ella y Annelise hubieran podido discutir el asunto, hubiese sido más fácil buscarle una solución.

Varias veces se había sentido tentada de hablar con la señora Frank de todo aquello, pero conocía la lealtad de la señora Frank hacia su marido y sabía que ella no mantendría el secreto.

Los días transcurrían sin que Puck lograra hallar solución. Y como Navio y Karen aún no habían hecho las paces, el ambiente, en el «Trébol de Cuatro Hojas» era tan tenso y desagradable que no permitía estudiar con tranquilidad.

Tampoco le aliviaba a Puck haber conocido al examinador de Física. Le hubiera gustado saber quién era en realidad aquel joven. Vivía en la granja del párroco pero, desde su visita al colegio, Puck no le había vuelto a ver.

Un día, después de haber intentado en vano concentrarse en los libros, Puck decidió tomar su bicicleta y hacerle una visita al señor Bose, en Oesterby, para comprarse un helado. Le hubiera gustado llevarse a Inger, pero su amiga estaba, muy ocupada. El resultado fue que Puck, poco después, se encontraba pedaleando sola en la soleada carretera de Oesterby, para gastar los pocos restos de su asignación semanal en tan deseado refresco.

El señor Bose no estaba en la tienda y, como su mujer no sentía gran simpatía hacia los alumnos de Egeborg, Puck se quedó el tiempo justo en la pastelería. Había decidido comprar dos «polos» y buscar algún sitio tranquilo en el camino de regreso para deleitarse con ellos.

Cuando Puck llegó al campo donde ella y Annelise se habían

entrenado en el salto de obstáculos, dejó la bicicleta en la cuneta y buscó un lugar al lado de la tapia dónde comer sus «polos» en paz. En la parte norte del jardín, un par de árboles daban sombra sobre la hierba verde. Un poco más lejos había unos montones de ramas secas y leña, que los mozos de la granja solían cortar para tenerla lista antes del invierno, pero en aquel momento no había nadie. Hacía demasiado calor para ese trabajo.

Puck se sentó entre la hierba alta, se apoyó contra la pared de piedra, y empezó a desenvolver el primer polo. Estaba casi oculta por las hierbas, contemplando el cielo azul entre las ramas del árbol, mientras disfrutaba de la tranquilidad del momento..., y del helado.

Se dijo que no valía la pena seguir obsesionada por un problema que, de todas formas, era incapaz de resolver. Solamente podía hacer dos cosas: ir a hablar con el director, contarle todo, recibir su castigo y dejar el asunto concluido, o esperar que el joven lo contara, si es que tenía intención de hacerlo. Podía ser que hubiera decidido perdonarla. Si no, ¿por qué no lo había dicho ya?

Éste era uno de sus problemas. El otro era la pelea entre Navio y Karen. Para éste tampoco parecía haber solución. Si Navio no había escrito en el libro de Karen, no había más que hablar. Lo único que se podía hacer era esperar a que Karen se calmara y entrase en razón.

«En otras palabras —se dijo Puck—, no hay que anticiparte a los acontecimientos, pero hay que estar preparada para cuando sucedan y, entretanto, levantar los ánimos. Hace un tiempo espléndido y estamos en verano. Naturalmente, están los exámenes de por medio, pero no cabe duda de que los pasaré bien. Después llegarán las vacaciones y...

Sí, las vacaciones. Éste en realidad era otro problema. Puck no sabía muy bien qué iba a hacer. Tenía la ocasión de irse a Jutlandia; había recibido un par de invitaciones. Pero, de todas formas, las pasaría sola. En Valparaíso estaba su padre y su madrastra, las dos personas con quien Puck hubiera preferido pasar el verano; pero no podía ser. Valparaíso estaba demasiado lejos y el viaje era demasiado caro. Había que resignarse. Pero les echaba mucho de menos.

De repente, Puck escuchó voces, y no tardó mucho en darse

cuenta de que eran los tres gamberros que la habían molestado días antes en el bosque. Venían paseando por el campo hacia el sitio donde ella estaba. Puck levantó la cabeza y los vio avanzar. No la habían visto, pero era demasiado tarde para huir. Si se levantaba ahora no podría evitar que la descubriesen.

Puck se sintió angustiada. No le gustaba la idea de tener que enfrentarse de nuevo con aquellos tipos, cuya brutalidad y violencia parecían no tener límite. No le quedaba más remedio que permanecer donde estaba y esperar que la hierba alta la ocultara lo suficiente. Llevaba una camisa verdosa a cuadros que era un buen camuflaje. Estaba muy quieta y escuchó aliviada como los recién llegados cambiaban de dirección e iban hacia el montón de leña y ramas, no lejos de donde ella estaba.

— ¿Qué quieres hacer aquí, Egon? —preguntó uno de ellos.

— Nada. Quería saber lo que pasaba. Eso es todo.

Se sentaron en un montón de leña.

— ¿Tienes un pitillo?

— Sí, pero ¿por qué siempre has de fumar de los míos? ¿Por qué no compras?

— No tengo dinero. Tenemos que hacer algo.

— Por fin hablas claro. ¿Tienes alguna idea?

— No, pero creo que deberíamos irnos a otro sitio. Éste es un asqueroso pueblo de campesinos. Aquí no pasa nada.

— Entonces ¿a qué esperamos? Vámonos. Somos libres; podemos hacer lo que se nos antoje.

— Hombre, estamos muy bien aquí; la gente es amable y nadie nos mira mal. Podía ser...

— Podía ser ¿qué? ¿Crees que en este agujero le sobra dinero a alguien?

— Claro que sí. ¿Qué te parece el pastelero? ¿No crees que ese tipo gordo nada en dinero? Debe de tener la caja a rebosar cuando acaba de vender, por la noche, y el Banco está cerrado. Quizá sería una buena idea vigilar más de cerca su casa. Y ahora, dame ese cigarrillo.

Puck estaba muy inquieta. Lo que había oído la llenaba de estupor. ¡Los gamberros estaban planeando un robo en la tienda del señor Bose! Les oía encender los cigarrillos. Entonces, uno de ellos, dijo:

— En realidad, es un trabajito sin peligro. Ya lo hemos hecho antes. Además, aquí en el campo, la gente es tan buena e ingenua-.. ¡Qué diablos haces!

La voz sonaba asustada de verdad. Puck se atrevió a levantar la cabeza y mirar entre la hierba alta. Lo que vio la asustó mucho. Los gamberros debían de haber tirado una cerilla encendida, porque uno de los montones de ramas secas estaba envuelto en llamas, despidiendo una gran nube de humo.

— ¡Has prendido fuego! — dijo uno.

— Yo no fui...

— ¡Larguémonos!

Los tres dieron la vuelta y se alejaron rápidamente. Puck les vio desaparecer tras la valla del cementerio. Se levantó y miró las llamas. Intentar apagar el fuego hubiera sido inútil; todo el montón ardía ya. Pero Puck se dio cuenta de que el fuego se iba a extender hasta la leña, y si la leña empezaba a arder sería difícil prever las consecuencias. Las chispas podían llegar hasta los edificios e incendiar el techo de brezo del edificio principal. ¡Tenía que buscar ayuda en seguida!

Dio media vuelta y saltó la tapia. Cuando llegaba al jardín escuchó voces y vio algunas personas corriendo hacia el fuego, entre las cuales estaba el joven que vio en el despacho del director. Puck no pensaba en otra cosa que en evitar la catástrofe que amenazaba si el fuego lograba extenderse. Fue corriendo hacia los hombres y llegó junto a ellos, próximos ya a los montones de leña.

Dos mozos de la granja empezaron a combatir el fuego con palas. El joven del traje oscuro iba a ayudarles, pero en aquel instante vio a Puck, dio la vuelta y la miró furioso.

— ¿Has sido tú otra vez?

Puck negó con la cabeza:

— No fui yo, pero vi el fuego y quería buscar ayuda.

El joven la agarró con fuerza del brazo.

— Si no fuiste tú, ¿quién fue entonces?

La situación era muy confusa. Las sospechas la hacían sentirse insegura. Siempre pasaba lo mismo. Una vez bajo sospecha, resultaba difícil justificarse.

— Eran tres chicos —tartamudeó—. Los vi... Estaban fumando cigarrillos... Sé quiénes son...

La mirada del joven mostraba claramente sus dudas.

— Y ¿dónde están ahora esos tipos?

— Corrían. Les vi doblar la esquina del cementerio.

El joven la soltó diciendo severamente:

— Espérame aquí.

Y se fue corriendo por el campo. Cerca de la valla del cementerio se paró y miró. Después dio media vuelta y regresó. Cuando estuvo de nuevo al lado de Puck movió la cabeza con reprobación.

— ¿Quiéres hacerme creer ese cuento?

— No es ningún cuento —dijo Puck, intentando mantener firme su voz—. He dicho la verdad. ¿Por qué iba a mentir?

El joven acercó su cara a la de Puck:

— Yo estaba aquí en el jardín momentos antes de empezar el luego — dijo —. Vi claramente una camisa verde a cuadros. ¿Estás segura de no haber estado allí también?

Una camisa verde a cuadros. Puck miró su propia camisa. Entonces se acordó con horror de que uno de los gamberros también llevaba una camisa verde parecida a la suya.

— No, yo no estaba allí. Y no fui yo quien tiró la cerilla. Yo no fumo ni he fumado jamás.

Poco a poco los mozos habían logrado apagar el fuego. Las últimas brasas fueron esparcidas y apagadas con las palas. El joven contempló dubitativamente a Puck. Entonces, dijo:

— Puede que digas la verdad, pero no estoy muy seguro.

— Tiene usted que creerme —imploró Puck—. Comprendo que es difícil, después de lo que pasó el otro día. Pero estoy diciéndole la verdad.

El joven se encogió de hombros y su cara seguía expresando sus dudas cuando le dio la espalda y se acercó a los mozos. Puck se quedó un rato aún, pero como nadie parecía hacerle caso se fue a buscar su bicicleta a la cuneta y emprendió el regreso al colegio. Aquél era el resultado de sus buenos propósitos. Ahora también estaba bajo sospecha de incendiaria.

Cuando llegó al colegio se encontró con Alboroto y Cavador, que estaban paseando por el jardín.

— Menos mal que os encontré —exclamó Puck—. Tengo un montón de cosas que contaros, y debéis ayudarme.

Antes ya les había explicado su encuentro con los gamberros en el bosque. Ahora les contaba su última aventura en la granja del reverendo, pero no dijo nada sobre lo del salto de la tapia con los caballos. Alboroto y Cavador escuchaban atentamente el relato de Puck. Cuando hubo terminado, Cavador dijo:

— ¡Ya está bien! Ahora hemos de actuar. Si esos tipos no salen de la ciudad, vamos a terminar pero que muy mal.

— Tienes razón, pero... ¿Qué podemos hacer nosotros? No podemos echarlos.

Cavador se mordió los labios pensativo. Al final dijo:

— Podíamos decírselo al director.

— Ay, no —exclamó Puck—. No hagáis eso.

— ¿Por qué? El director siempre nos ayuda. No podríamos encontrar mejor aliado.

— No, claro que no —dijo Puck rápidamente—. Pero...

No podía contarles lo ocurrido. Mientras no lo supiera nadie, tenía más posibilidades de escapar. No quería llegar a la situación de tener que testimoniar en contra de Annelise.

— Hay ciertas cosas que no puedo explicaros por el momento —dijo—. Sólo quiero que comprendáis que no es posible mezclar al director en el asunto. ¿No podríamos ir a Oesterby y hablar con el señor Mikkelsen, el jefe de policía?

— Claro, pero, ¿no le parecerá extraño que vayamos sin el director?

— Quizá sí, pero no olvides que a quienes han molestado los gamberros ha sido a nosotros. -El señor Mikkelsen es persona muy agradable y estoy segura de que nos van a ayudar. Si le contamos todo lo que sabemos de esos tipos, seguramente los echará del pueblo, y nosotros tendremos paz al fin. Si saben que la policía les vigila, no se atreverán a actuar, y ahora que Puck ha oído cómo planeaban un robo en la pastelería, es a la policía a quien hay que denunciarlo.

Era Alboroto quien decía esto poniéndose de parte de Puck. Los tres amigos tomaron sus bicicletas y fueron tan aprisa como pudieron a Oesterby, para hablar con el representante de la ley.

El jefe de policía, señor Mikkelsen, era ancho y alto y parecía la bondad en persona. Escuchó serio los relatos de Puck y sus dos compañeros. Se rascó el cogote y dijo:

— Es una cuestión muy delicada. Esos tipos no me gustan en absoluto, con esa manía suya de hacer las carreteras inseguras con sus motos. Por otro lado debéis saber que,



si deciden vengarse, pueden idear las cosas más mal intencionadas.

— Pero sabemos que fueron ellos quienes prendieron fuego — dijo Puck.

El policía hizo un gesto afirmativo.

— Sí, es verdad. Iré a hablar con ellos. Pero sobre lo que decís de sus planes para robar en la tienda del señor Bose, no tenemos ninguna prueba. Quizá no los entendiste bien. Y lo que te hicieron a ti en el bosque no fue nada criminal, ni lo que os pasó a vosotros en la carretera. Cosas de chicos. Es muy difícil para la policía mezclarse en esas cosas, si uno no lo ha visto con sus propios ojos. Sin embargo, ahora mismo iré a hablar con ellos.

Se puso su gorra de policía, saludó a Puck y sus amigos, y salió. Puck, Alboroto y Cavador montaron en sus bicicletas y se fueron en dirección al colegio.

— No creo que hayamos arreglado mucho. El señor Mikkelsen es demasiado bueno. Terminará echándoles una reprimenda a los chicos por haber prendido fuego. Y si lo niegan, él no puede probar nada. Podéis estar seguros de que esos tres tipos no se van a asustar por tan poco. Antes de darnos cuenta, nos encontraremos en plena guerra con ellos. La cuestión es: ¿Quién ganará?

— Quizá hemos sido tontos en no acompañar a Mikkelsen, para saber cómo ha ido todo.

— No nos dio permiso para ir con él.

— No — admitió Alboroto —. Pero si diésemos la vuelta y regresáramos con cautela, quizá podríamos enterarnos de algo que más tarde se pueda usar en su contra.

Puck vaciló un instante, pero al fin dijo que sí con la cabeza. ¡En una guerra, el espionaje es muy importante!

* * *

Puck aún no estaba muy segura de si lo que iban a hacer era prudente. Pero, por otro lado, sentía curiosidad por saber el resultado de la conversación entre el jefe de policía y los tres gamberros. Así que regresaron al pueblo y apoyaron las bicicletas en una verja.

— La tienda de campaña está al otro lado de este jardín — dijo Cavador —. ¿Y si nos tomáramos la libertad de pasar por detrás de la casa? Hay un pequeño sendero que lleva hasta el campo. Podemos escondernos detrás de los arbustos.

Y así lo hicieron sin que nadie se lo impidiera. Se oía el ruido de cacharros que eran fregados en la cocina, pero no había nadie fuera. Cuando habían andado un trozo por el sendero, Cavador se paró e hizo un gesto con la mano a los otros para que permanecieran quietos.

Entre las ramas de los arbustos podía verse en el prado la tienda de campaña de los gamberros. También se oían voces. Cuando hubieron dado unos pasos más pudieron ver al jefe de policía y los tres tipos. El señor Mikkelsen decía:

— No os voy a denunciar; pero debéis tener bien presente que estoy aquí para mantener la paz y el orden. Me han dicho que habéis sido vosotros los causantes del fuego detrás de la granja del párroco. No ha habido ninguna desgracia, por fortuna, pero el fuego podía haber prendido en la leña y en la misma granja.

— Pero ya le hemos dicho que no estuvimos allí —dijo uno—. Nos han dado permiso para plantar la tienda aquí en el prado y no hemos cometido ningún acto criminal.

— Bueno, bueno — dijo Mikkelsen tranquilizador —. Tampoco he dicho eso.

Estaba ocurriendo lo que había sospechado Puck: aquellos tipos no iban a asustarse por tan poco. Estaban acostumbrados a contestar y el jefe de policía, que era un hombre pacífico a quien no le gustaban las discusiones, vaciló un poco antes de concluir:

— Bueno; no os acuso de nada, pero debéis prometerme que tendréis mucho cuidado con los cigarrillos, las cerillas y cosas así.

— Claro que sí — contestó uno cortésmente.

En el mismo instante en que Mikkelsen se dio la vuelta, Puck vio una sonrisa de desdén en la cara del mozalbete, que guiñó el ojo a sus camaradas y desapareció en la tienda.

Puck y sus amigos dieron la vuelta y fueron lentamente en dirección a sus bicicletas. Los tres estaban muy preocupados. No les gustaba que fuera tan fácil manejar al vigilante del orden.

Mikkelsen era demasiado bonachón. Además, odiaba tener que escribir informes y era conocido por su forma de arreglar las cosas con advertencias y buenos consejos. Para los vecinos de Oesterby era un policía perfecto, pero a aquellos tres tipos de Copenhague había que tratarlos con mano firme, y Jens Mikkelsen no servía para eso.

Vieron cómo el jefe se alejaba con pasos rápidos y, en cuando hubo doblado la esquina, salieron del jardín. Cuando ya habían montado en las bicicletas, apareció uno de los gamberros en su moto. Los vio y se acercó para parar justo delante de Puck.

— ¡Empiezo a comprender! —dijo furioso.

Puck no contestó, fue Cavador quien habló:

— ¿Qué quieres decir? Tenemos derecho a estar aquí.

El tipo aquel movió pensativo la cabeza:

— Empiezo a comprenderlo todo — repitió —. Sois vosotros quienes nos habéis delatado en la comisaría, ¿eh? ¡Por eso estábais rondando por aquí!

No hubo contestación.

—Me las vais a pagar — amenazó —. Podéis estar seguros.

Puso de nuevo la moto en marcha y desapareció por el camino. Puck y sus amigos regresaron. Ahora sí que estaban en guerra y, por el momento, no parecía que tuvieran mucha suerte.

— ¿Qué crees que harán? —preguntó Puck.

Cavador movió la cabeza.

— Es difícil saberlo. Pero los tipos así no se andan con bromas. Están acostumbrados a todo y sabemos por propia experiencia cómo se han portado con nosotros. Me da rabia que Mikkelsen no les haya echado ya del pueblo. ¿Por qué no nos cree a nosotros?

— Debimos haber hablado con el director primero — opinó

Alboroto—. No comprendo tu actitud, Puck. ¿Por qué estás en cqntra? ¿Qué has hecho para que no quieras que el director se entere?

Puck movió la cabeza. La situación la abrumaba bastante. Entonces decidió compartir su secreto con sus amigos.

— Os lo contaré, si prometéis no decir nada a nadie. Es una historia bastante desagradable, y si el director se entera se enfadará mucho. Me gustaría poder hablar con Annelise, pero ella no quiere.

— ¿Por qué no empiezas por el principio? —dijo Cavador—. Hablas en enigmas; pero creo entender que es algo que habéis hécho Annelise y tú. ¡Va, habla!

Puck les hizo una descripción pintoresca de los acontecimientos de aquel día en que ella y Annelise se dedicaban al salto de obstáculos. Cuando llegó al atrevido e imprudente salto sobre la tapia de piedra del jardín del reverendo, tanto Alboroto como Cavador estuvieron a punto de caerse de risa. Alboroto dio una manotada en el manillar de su bicicleta.

— Es lo mejor que he oído hasta hoy — dijo riendo —. Lástima que no hubiera nadie allí con una cámara cinematográfica. Podíamos habernos hecho ricos. Hubiera sido la mejor película de vaqueros de todos los tiempos: Tú y Annelise, en un salto fabuloso por encima de un joven pensativo que está filosofando en la hierba. ¡Ay, qué risa! ¡Cómo me hubiera gustado estar presente! ¿Crees que podríais repetirla?

Puck no pudo dejar de sonreír.

— Temo que no se pueda repetir la escena — dijo —. No creo que el tercer personaje esté muy interesado en ello. Se asustó tanto y se puso tan furioso que no he visto nada semejante. Y no le culpo. En realidad, nuestra idea era de locos.

— Y ¿qué pasó después? —preguntó Cavador—. ¿Qué pasó? ¿Huisteis?

— No —contestó Puck—. No lo hicimos..., quiero decir... que...

— No digas más, no lo hagas más complicado. Si me dejas adivinar, diría que Annelise se largó, mientras tú te quedaste a aguantar el chaparrón. ¿No fue así?

— Sí, así fue por desgracia — dijo Puck,

— ¡Qué feo comportamiento! —fue el comentario de Alboroto.

— ¿Y ella? ¿Qué dijo después? —preguntó Cavador.

— No ha dicho nada porque no hemos hablado. Pero me fastidia mucho que no quiera ayudarme a terminar con esta historia. En realidad, lo más correcto sería ir a hablar con el director. Pero podéis imaginaros fácilmente el resultado.

— Naturalmente, eso no lo hagas — exclamó Alboroto —. Pero ¿por qué no hablas con Annelise?

— Lo haré —dijo Puck—. Lo he pensado mucho, y creo que esta misma noche, después de la cena, iré a buscarla. Ella puede negarse cuanto quiera, pero yo he de terminar con este asunto. ¿Veis lo que ha pasado por no haber podido hablar con el director? Si le hubiéramos tenido a nuestro lado, esos gamberros habrían salido del pueblo ya hace tiempo. Sólo porque somos menores, Mikkelsen no nos hace caso.

Después de la cena, Navio se acercó a Puck para proponerle un paseo hasta el lago. A Puck le gustó la idea. Navio necesitaba ánimos. La riña con Karen y la sospecha de ésta la habían puesto de mal humor. No habían hablado apenas del asunto en el «Trébol de Cuatro Hojas», pero Puck conocía a Navio lo suficiente para saber que, aunque todo parecía darle igual, en su interior estaba muy triste y preocupada.

— Me gustaría restablecer pronto la vieja amistad en el «Trébol de Cuatro Hojas» — dijo Puck mientras caminaban hacia el embarcadero—. Todo este jaleo nos pone nerviosas a todas, y tenemos bastante en qué trabajar. Cada día me da más miedo pensar en los exámenes. ¿Tú qué opinas?

— Lo mismo que tú —dijo Navio—. No me gusta que Karen sospeche de mí. ¿Podrías averiguar qué habían escrito en ese libro?

— No acabo de entenderlo —dijo Puck pensativa—. Hay un verso precioso que su madre compuso para Karen, y ella ha cortado la parte inferior de la página donde «eso» había sido escrito. Entiendo muy bien que se pusiera triste. Sabes cuánto quiere a su madre por lo que han tenido que pasar juntas. No se necesita mucha imaginación para comprender lo que siente por ese verso. Si alguien escribió algo feo o inconsiderado, es comprensible la reacción de Karen.

Navio se paró y miró seriamente a Puck.

— No creerás que lo escribiera yo, ¿verdad?

Puck se había preguntado varias veces si realmente fue Navio

quien escribió en el libro. Cabía otra respuesta: Else. Pero no. Era inconcebible. Entonces, ¿quién fue?

— No — dijo al final, moviendo la cabeza — no creo que lo hayas hecho tú; pero tienes que ayudarme a averiguarlo. Else me dijo que olvidó el libro en la clase y que tardó un buen rato en darse cuenta. Cabe la posibilidad de que alguien entrara, viera el libro y, tras leer el verso, tuviera ganas de añadir alguna tontería. ¿Quién pudo ser? No lo sabremos nunca.

Habían llegado hasta la orilla y se sentaron en un banco. En aquel mismo instante Puck vio a Annelise. Paseaba por el sendero que, bordeando el lago, llegaba hasta el bosque. Puck se levantó y dijo a Navio:

— Tengo algo que discutir con Annelise, sobre una cuestión ajena a esto, por favor, espérame aquí un momento.

Se fue hacia su amiga y, aunque Annelise hubiera preferido dar la vuelta, se quedó esperando a que Puck llegara hasta donde ella estaba.

— Escucha, Annelise —dijo Puck persuasiva—. He pensado mucho en el lío del otro día y tenemos que hablar de ello.

— No hay de qué hablar — dijo Annelise, altiva —. Lo que pasó, pasó. El director no se ha enterado.

— No — dijo Puck algo irritada —. Pero los problemas rara vez vienen solos, y los acontecimientos se encadenan y se enredan unos con otros.

— ¡Vaya filosofía! — dijo Annelise con una ligera sonrisa. Estaba vigilante, pues tenía la conciencia intranquila.

— Nada de filosofía — contestó Puck —. Es la realidad. Me han pasado varias cosas últimamente que se han enredado mucho, sólo porque tú y yo no sabemos resolver el lío del otro día. Si nos ponemos de acuerdo para ir a hablar con el director, todo será más fácil. Pero comprenderás que yo no puedo entrar sola. Me preguntaría quién era mi compañera y cómo ha sucedido todo. Y entonces ¿qué?

— ¿Crees que iba a ser mejor si yo te acompañara? — dijo vacilando—. Ni hablar —continuó con aspereza—. Si el director aún no se ha enterado es porque ese tipo del jardín del reverendo no ha querido decir nada. Seguramente teme ponerse en ridículo. Como él no ha dicho nada, no sé por qué nosotras tenemos que

delatarnos.

— No soy una delatora — dijo Puck —. Si lo fuera, hace ya tiempo que habría ido a ver al director.

— ¡No me digas! —el tono de Annelise era desagradable—. ¿No será que tienes miedo al castigo? Estás portándote muy tontamente. Intentas convertir un grano de arena en una montaña. Y encima quieres moralizar. ¿Sabes qué te digo? ¡Qué estoy harta de todo esto!

Era evidente que Annelise tenía ganas de terminar la discusión. De repente, miró por encima del hombro de Puck y gritó:

— ¡Oye, Karen, espérame un momento; quiero hablar contigo!

Con una fría sonrisa se despidió de Puck y corrió por el césped hacia Karen, que había aparecido entre los árboles. Puck se encogió de hombros y regresó con Navio.

— ¿Qué pasa entre tú y Annelise? —preguntó Navio.

— Problemas tontos —dijo Puck—. No me gusta hablar de ello. Pero ¿qué te parece? Karen y Annelise...

— Sí —dijo Navio—, es algo nuevo de verdad. Antes, ya era mucho que se tolerasen una a la otra; pero ahora se han convertido en íntimas amigas.

Estaban mirando a Karen y Annelise que, unidas del brazo, iban en dirección al edificio principal del colegio. Puck estaba disgustada por el giro desfavorable que había tomado la situación y le daba rabia haber intentado hacer entrar en razón a Annelise. Había sido un rotundo fracaso, que no mejoraba en absoluto las relaciones entre ellas. Ahora sería mucho más difícil restablecer la amistad con Annelise, por no hablar de las dificultades que ya tenía para resolver sus propios problemas.

— Daremos una vuelta al promontorio —propuso Navio—. Hace un tiempo tan espléndido... Creo que necesitamos contemplar algo hermoso, después de tantos jaleos.

Veinte minutos después regresaban al «Trébol de Cuatro Hojas». No estaban ni Karen ni Inger. Navio se echó en su cama y comenzó a hojear unas revistas ilustradas. Puck abrió su cajón y sacó unas cuartillas. Llevaba mucho tiempo sin escribir a Valparaíso, pero no se había sentido con ánimos en los últimos días. ¡Había tenido tantas cosas desagradables en qué pensar!

La puerta se abrió y entró Karen. Miró por el rabillo del ojo a las

otras dos y fue a sentarse a su mesa. Durante un buen rato nadie dijo nada. Puck rompió el silencio.

— ¡Karen! ¿quieres hacerme un favor?

— ¿Qué favor? —preguntó Karen con cautela.

— ¿Me dejas ver ese libro...; ¿Ivanhoe»?

Karen la miró como sospechando algo, pero abrió su cajón, tomó el libro y se lo tendió a Puck.

— Voy a decirte una cosa —empezó Puck lentamente—. Tenemos que acabar con este asunto del libro. Esta misma tarde he hablado con Navio.

Navio se levantó de la cama y se fue hacia la puerta. Puck le dijo:

— No, Navio; quiero que te quedes. No voy a decir nada que no puedas oír. Escucha, Karen; esta tarde he hablado con Navio y me ha asegurado que ella no escribió nada en el libro. La creo; estoy completamente segura de que no fue ella. Pero, después de prestárselo a Else, lo cual no debía haber hecho, ésta lo dejó en la clase durante algún tiempo, simplemente porque lo olvidó. Es muy posible que, durante ese tiempo, alguien entrara y escribiera lo que a ti te puso tan triste. ¿No lo crees así?

Karen miró a Navio y después volvió a mirar a Puck. Al final clavó su vista en la mesa.

— Ninguna de nosotras somos curiosas — continuó Puck—; pero quizá sería más fácil aclarar el asunto si supiéramos lo que habían escrito.

Karen vaciló un momento.

— ¿No podéis comprender que estoy muy orgullosa del pequeño verso que mamá escribió en el libro? Significa mucho para mí. Y alguien va y añade eso. No fue el hecho de ponerme en ridículo a mí lo que me puso triste; fue porque me pareció que ridiculizaba al verso. ¿Es eso una tontería?

— No, en absoluto. Pero ¿tú crees capaz a Navio de escribir algo que te pueda disgustar de esa forma?

Después de una pequeña pausa, Karen dijo:

— Creo que tienes razón. ¿Estás enfadada conmigo. Navio, por sospechar de ti?

— Nada de eso —dijo Navio, sonriendo—. Pero he estado bastante disgustada porque no nos hablábamos.

Mientras las dos amigas se daban la mano, Puck leyó el verso que la madre de Karen había escrito en la primera página:

Eso llamado felicidad
es un espíritu siempre burlón que,
cuando sopla la adversidad,
huye en seguida del corazón.
Quizá a veces tú no comprendas p
or qué el destino ha de ser así;
a veces dulce, a veces bueno,
a veces triste... Terrible, sí
Pero tú, linda,
tú nunca llores
y sé valiente ante la vida.

Mira a la cara
siempre a tu suerte y,
sonriente, di ¡Bien venida!

—¿Sabéis lo que habían escrito debajo? —dijo Karen de repente.

—No —dijo Puck—. Eso era lo que queríamos saber.

Karen se rió un poco.

— En realidad, hubiera sido divertido..., de no haber sido escrito en este libro.

Buscó en su cajón y sacó un trozo de papel que tendió a Puck. Decía en correcta caligrafía:

Karen, con su pelo rojo y sus pequitas,
parece una zanahoria coronada de hojitas.

* * *

Puck miró el papel y después a Karen.

— ¿Ésta era la razón de que tú..., de que tú te pusieras tan triste?

Karen afirmó con la cabeza. Sus labios temblaban, y Puck no supo si de llanto o de risa.

Navio no dijo nada; no había nada que decir.

Puck estaba pensativa, dándole vueltas al papelito en sus manos. Se frotó la mejilla con las puntas de los dedos. ¡Tanto disturbio por tan poca cosa! Eran casi siempre las cositas pequeñas las que causaban grandes catástrofes. «Por un clavo de herradura se perdió un reino», cuenta una vieja historia. ¡Hay que ver!

Karen rió brevemente.

— Ahora también a mí me parece una tontería, — dijo —. No comprendo por qué me puse tan furiosa.

Se volvió hacia Navio.

— Yo... Bueno... Tú... Quiero decir...

— Todo en orden — dijo Navio terminando de esa forma la posible explicación—. Vamos a tomarlo con calma.

Guiñó el ojo a Karen que parecía confusa y le sonrió.

— Lo comprendo muy bien —dijo Puck—. Cuando uno ama una cosa y otro la pone en ridículo, es motivo de tristeza. A ti te gusta este verso que tu madre escribió para ti en el libro, y entonces descubres que alguien ha querido tomarte el pelo. Tienes derecho a estar furiosa, pero no debiste sospechar de Navio.

— Eso es muy fácil de explicar — ayudó Navio —. Karen se enfadó conmigo porque había prestado el libro a Else, y tiene toda la razón. No está bien prestar cosas prestadas. Y como se enfadó conmigo por eso, siguió el hilo y creyó que también yo había hecho lo otro. Todo esto es natural; pero podías haberme preguntado y creído en mi palabra. ¿Suelo mentirte?

— No —dijo Karen—. No lo haces nunca, Navio; es la pura verdad.

— En otras palabras, para citar a Ludvig Holberg: «Podéis las dos no tener razón, ¡presumidas!» —rió Puck—. Pero por lo menos hemos terminado Con este asunto. Ahora sólo me queda hacer las paces con Annelise.

La puerta se abrió y entró Inger. Había escuchado la última frase de Puck.

— ¿Qué te pasa ahora con Annelise? —preguntó.

Puck se encogió de hombros:

— Acabamos de resolver el conflicto entre Karen y Navio; pero aún quedan varios asuntos pendientes. No sé si, para celebrar el restablecimiento del buen humor en el «Trébol de Cuatro Hojas», escoger este instante para desahogarme con vosotras.

Inger miró sonriendo a Karen y a Navio, y dijo:

— Me parece que sería una buena idea. No sabía que tenías secretos para nosotras. Venga, hable señorita Winther.

Puck empezó a contar el paseo a caballo y el fatal salto al jardín del reverendo. Las otras escuchaban con atención. En cierto momento Navio estuvo a punto de sufrir un ataque de risa, porque

la situación era descrita por Puck con talento dramático, y sus oyentes podían imaginar perfectamente la insólita escena.

Entonces dijo Inger:

— Yo sé muy bien quién es ese enojado joven. Se llama Christian Bach, y ha sido discípulo del viejo pastor Friis. Es teólogo y pasa sus vacaciones en la granja del pastor. Oí al director Frank hablar ayer de eso. Va a actuar como examinador en el colegio. Alégrate, Puck.

— Ya lo sé — dijo Puck —. Pero ¿qué le voy a hacer?

— Mi mejor consejo siempre es el mismo: Vete a hablar con la señora Frank. Ella nos ha ayudado antes, y también lo va a hacer esta vez. Yo no daría tanta importancia al asunto. Ya has pedido disculpas y el joven Bach no ha hablado con el director. Esto significa que te ha perdonado. Pero, volviendo a lo del fuego, ¿crées de verdad que te considera culpable de haber tirado la cerilla?

— Es inverosímil —opinó Karen—. Las chicas de nuestra edad no fuman. Los tres gamberros de la tienda de campaña son bastante más sospechosos. ¿Estás segura de que se lo explicaste bien?

— Claro que sí —dijo Puck, y suspiró—. Pero los adultos son bastante raros. De vez en cuando, ni gritando te oyen. Explicas y explicas, y ellos contestan: Bueno... Y parece que no han comprendido nada en absoluto.

Naturalmente, se lo fuimos a explicar todo al jefe de policía; pero es tan bueno y pacífico que no quiere crear problemas. Estoy segura que esos tres gamberros le han engañado. Están acostumbrados a salir de cualquier situación.

Pero, crea lo que crea el jefe de policía, la realidad es que los tres siguen en Oesterby y, según tengo entendido, están planeando robar en la pastelería del señor Bose. Además, a nosotros nos han amenazado y ni me atrevo a pensar en lo que eso pueda significar. Si tuviéramos al director de nuestro lado, seríamos más fuertes, y el jefe de policía tendría que creernos.

— ¿Por qué no hablas pues con el directór? —dijo Navio—. ¡Lánzate!

— Pero entonces Annelise...

— Nosotras lo arreglaremos —dijo Navio—. ¿Qué te parece, Karen?

— No sé —dijo Karen vacilando—. Como Puck dice, es muy

difícil obligar a Annelise a confesar... Desde luego, no es nada fácil, me parece.

Inger, Navio y Puck miraron asombradas a Karen. Era muy extraño que precisamente ella dijera eso. Puck pensó que quizá se debiera a la nueva manera que tenía Annelise de tratarla. Pero fuera como fuere, Karen tenía derecho a expresar su opinión, y, sobre todo, había que evitar nuevas dificultades en el «Trébol de Cuatro Hojas».

Pero, a veces, las cosas eran demasiado difíciles.

Estuvieron un rato sin hablar, cada una absorta en sus propios pensamientos. La propuesta de Navio terminó con las deliberaciones.

— ¿No podrías hablar con la señora Frank — dijo —, en términos generales, sin mencionar de qué se trata en realidad? Quiero decir que si le pides un consejo, sin explicar del todo lo que pasó, quizá te diera una solución y tú te sentirías más segura de que lo que ibas a hacer estaba bien hecho.

Al principio, a Puck le pareció una tontería; pero, después de pensarlo, dio la razón a Navio igual que las demás. La señora Frank era muy discreta y no preguntaba demasiado. Sólo le interesaba ayudar a las niñas de la mejor manera posible. Seguramente, también en aquella ocasión le daría un buen consejo.

Puck salió en busca de la joven esposa del director. La encontró, como en muchas otras ocasiones, en el jardín. Estaba ocupada en cuidar y limpiar sus queridas plantas



— ¡Hola, Puck! —saludó—. ¿Qué te trae por aquí?

Puck vaciló un poco; luego dijo

— Hemos tenido una pequeña discusión, y desearíamos pedirle

un consejo. Se trata de una cuestión de principios. Quiero decir...

La señora Frank la miró sonriendo:

— Adelante; cuéntame. No digas más que lo que creas conveniente.

Puck tragó saliva mientras se frotaba las manos.

— Bueno — dijo —. Dos personas han hecho algo que no está bien, han causado disgustos... o algo por el estilo. Una de ellas tuvo la idea y la otra se vio obligada a seguirla. Cuando fueron descubiertas, la que tuvo la idea huyó; la otra se quedó y se disculpó con un... adulto, a quien le habían hecho la trastada. Ahora, esta chica no sabe muy bien si ese adulto la ha perdonado o si sigue enfadado. A ella le interesa mucho terminar con el asunto, pero no es muy fácil porque la que tuvo la idea se vería mezclada, ¿sabe? Y entonces la otra tiene que ser una buena compañera y callar, a pesar de que esto complica las cosas y...

Suspiró hondo y sonrió asustada.

— Sí —continuó Puck—, todo es muy complicado. No se si me he explicado con claridad.

La sonrisa de la señora Frank era franca y abierta.

— Sí, sí —dijo—; lo he entendido todo.

— A usted, ¿qué le parece? ¿Qué puedo...? digo: ¿Qué sería lo más correcto?

La señora Frank movió lentamente la cabeza.

— Tengo que admitir que es bastante difícil decidir. La que huía de la responsabilidad debió confesar en seguida y tomar parte en el castigo. Pero si ella, o él, porque no sé si se trata de un chico o de una chica, no lo hace, la otra parte está en una situación bastante difícil. Pero tiene que haber una solución. Siempre hay una solución.

Reflexionó un poco y añadió:

— Si se tratara de mí, creo que intentaría dar otra disculpa. Sí; es precisamente lo que haría. Entonces sabría cómo estaban las cosas y la parte ofendida, la que tiene derecho a una explicación, sabría que la otra parte lo siente de verdad.

Acarició el pelo de Puck:

— Así que haz eso — dijo. Se calló y rió un poco — Perdóname — continuó —. Solamente se trata de una situación imaginaria. No sé en absoluto de quién se trata.

Guiñó el ojo a Puck, que se sonrojó.

Como siempre, la señora Frank la había entendido. Era fabulosa. Mejor amiga no se podía encontrar.

— Sí — confesó Puck —; naturalmente, soy una de ellas.

— Claro, claro... —dijo la señora Frank sin pestañear—. Pero no necesitas decirme más. Lo principal es encontrar una solución.

— Un millón de gracias —dijo Puck radiante.

Dio la vuelta y cruzó el jardín como un rayo. Por la noche iría a la granja del reverendo, a hablar con Christian Bach. Se disculparía de verdad. No sería fácil hacerle comprender, pero no había otra solución. La señora Frank tenía razón.

Después de cenar pidió permiso a la señorita Holm, la «capitana del corredor» donde estaba el «Trébol de Cuatro Hojas», para dar un paseo. La señorita Holm solía ser bastante severa tratándose de sus chicas. Quería orden, sobre todo, y hacía cumplir la hora de acostarse. Pero, ante el asombro de Puck, dijo:

— Muy bien; puedes ir.

Puck no se lo hizo repetir. La señorita Holm había olvidado preguntar adonde iba. ¡Qué raro! Puck aún estaba asombrada cuando montó su bicicleta y se puso en camino hacia Oesterby.

Pero, de repente, se le ocurrió pensar que quizá la gentileza se debía a la intervención de la señora Frank. Seguro que formaba parte de un plan el que la señorita Holm le diera permiso sin preguntar. Si era así, la señora Frank debía de estar al corriente de lo ocurrido. No le extrañaría. Pero ¿cómo lo sabía? ¿Por qué no había dicho nada?

De todos modos, a Puck le daba cierta seguridad saber que contaba con un aliado secreto. No estaba muy entusiasmada con la conversación que iba a tener con el señor Bach pero, por otro lado, quería terminar con el asunto de una vez.

Dejó su bicicleta delante de la granja, penetró algo cohibida en el sendero de gravilla que llevaba a la vivienda y llamó a la puerta. Nadie contestaba. Llamó de nuevo con el puño cerrado. Entonces escuchó pasos y pronto la vieja ama de llaves del reverendo Friis le abrió la puerta y contempló a Puck con mirada escrutadora no exenta de amabilidad. La recién llegada carraspeó.

— ¿Está el señor Bach en casa?

— ¿Qué señor Bach? —preguntó el ama de llaves.

Puck estuvo a punto de contestar: Juan Sebastián Bach.

Pero por fortuna se calló a tiempo y, en el mismo instante, el ama de llaves pareció entender.

— Ah —dijo—. ¿Quieres decir Christian? No, no está en casa, pero no creo que tarde. ¿No podrías volver?

— Sí, gracias —dijo Puck—. Volveré más tarde.

El ama de llaves creía que el pastor Bach tardaría seguramente una hora en volver, y Puck estaba a punto de marcharse cuando el reverendo Friis abrió una puerta que daba al vestíbulo y dijo:

— ¿Con quién habla usted, señorita Soerensen?

Entonces vio a Puck.

— ¡Vaya sorpresa! —dijo—. ¿Vienes del pensionado? Anda, pasa. Tengo remordimientos respecto a vosotros, los de Egeborg, porque hace mucho que os debo una fiesta aquí, en la granja. Yo también necesito un poco de diversión. Pero hasta ahora no ha podido ser. ¿Querías hablar con Christian? Vendrá pronto. Pasa y espéralo aquí. Estoy seguro de que la señorita Soerensen tiene algún refresco y unas galletas por ahí. ¿No es verdad, señorita Soerensen? Y ahora, cuéntamelo todo.

Y, antes de que Puck lograra reaccionar, estaba sentada en el confortable estudio del párroco, ante una fresca naranjada y un plato de pastas secas, y, poco después, le había confiado al viejo pastor la causa de su visita. El reverendo escuchó su explicación y se rió a carcajadas cuando describió el tremendo salto del caballo, por encima de la cabeza del joven teólogo, que estaba detrás de la tapia, desprevenido.

— Es fantástico —dijo secándose una lágrima provocada por la risa—. El pastor Bach no me había contado nada, pero es fantástico. ¡Lástima no haberme encontrado allí para verlo! Y ¿por eso has venido?

— Lo siento muchísimo, —dijo Puck—. He venido para disculparme. Espero que no le diga usted que se lo he explicado todo. Temo que se enfadaría aún más.

— Te prometo callar —dijo el reverendo—, pero tú tienes que prometerme quedarte a tomar el té. Oigo que Christian ha llegado. Me voy, mientras vosotros arregláis este asunto. ¡Ánimo, hijita, que todo irá bien!



Puck se había levantado de la silla. Estaba de pie en la gran sala, decorada con muebles antiguos y cortinas blancas. El suelo estaba pintado de gris y en las paredes había grabados con marcos dorados que a Puck le hacían sentirse en otros tiempos.

Puck nunca se había encontrado en una habitación así; con su ambiente de armonía y paz no se parecía a nada que ella conociera. No había ni una sola cosa moderna, excepto la instalación eléctrica en las viejas lámparas y en la araña que, evidentemente, eran de la época en que se gastaban velas hechas en casa. La habitación reflejaba el carácter del hombre que vivía y trabajaba allí: un hombre sabio con un carácter alegre.

El viejo párroco había salido por la puerta que daba a la sala del jardín. En el vestíbulo se oían pasos jóvenes y fuertes. La puerta se abrió y entró Christian Bach.

No vio a Puck hasta después de haber cerrado la puerta. Se sobresaltó y levantó las cejas:

— ¿Qué hay?

Puck hizo una reverencia.

— Buenas noches, pastor Bach — dijo.

El joven sonrió. Era la primera vez que Puck le veía sonreír.

— Yo no soy pastor —dijo un poco altivo—. Soy teólogo, pero no pastor. Bueno, da igual. ¿A qué debo este honor?

Era muy reservado. Puck se dio cuenta de que la estaba vigilando. No se le podía culpar; la situación también era bastante difícil para él, que carraspeaba nerviosamente.

— He venido para darle excusas sinceras — dijo Puck al final, tras vacilar un buen rato.

— ¿Excusas sinceras? —repitió el teólogo subrayando la palabra «sinceras» —. ¿Tienes disculpas de diferentes clases?

Aún sonreía un poco. Así que tenía sentido de humor, pensó Puck.

— Quiero que sepa que el otro día no le pedí disculpas por miedo, aunque lo sentí de verdad.

Ella misma estaba asombrada de la firmeza de su voz. No había preparado lo que iba a decirle, pero conocía su propósito: quería terminar el asunto de una vez.

El joven movió la cabeza un par de veces; pero no dijo nada.

— Y también quiero decir —continó Puck—, que siento mucho que usted crea que tuve algo que ver con el incendio. No llevo cerillas y no fumo.

— ¿No? —dijo irónicamente.

Puck sentía que el rubor le encendía las mejillas. ¿Por qué no quería ayudarla un poco, cuando ella se esforzaba tanto en explicarlo todo? No estaba bien por su parte. Por lo menos, debía creer en su palabra.

— No —dijo con firmeza—. Ninguno de los alumnos de Egeborg fuma, y, aunque se diera el caso, yo no iría tirando cerillas encendidas por ahí. Fueron los tres tipos aquellos quienes prendieron fuego. Yo estaba echada en el suelo, comiendo un helado, y de repente vinieron esos tres y se sentaron junto al montón de ramas secas. Se lo he contado todo al jefe de policía; pero, igual que usted, no quería creerme.

Se hizo una pequeña pausa. Luego dijo Christian Bach:

— Estás bastante enfadada, ¿verdad?

— No —dijo Puck en tono seco—. Pero cuando se dice la verdad, lo menos que se puede esperar es que la gente le crea a una.

Había dado en el clavo. Disfrutó viendo la expresión de su cara. La sonrisita irónica se había convertido en asombro casi admirativo. Ahora era él quien carraspeaba.

— Tengo que admitir que... hablas sin rodeos.

— Sí —dijo Puck despreocupada—. Porque siento lo que digo. Y me gustaría disculparme por lo de los caballos. Pero no tengo nada que ver con el incendio.

— Bien...

Él se sentó a la mesa de trabajo. Sus dedos tamborileaban sobre

la tabla. Puck no sabía que hacer. Estaba quieta observándole. Al final, Christian Bach la miró de nuevo con una sonrisa irónica.

— Supongo que estás enterada de que voy a actuar como examinador en el colegio de Egeborg, ¿eh? —preguntó.

Puck sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada a la cara. Había una escondida acusación en aquella pregunta. La ira se apoderó de ella.

— ¡No he venido por eso! —dijo la chiquilla.

— Tampoco yo he dicho que lo hubieras hecho.

— No, no lo ha dicho; pero lo estaba pensando —dijo furiosa—. Yo no temo los exámenes... Bueno, quizá un poco, como todos los que se ponen nerviosos, pero...

— Nervios en un examen, es una excusa que no admito —dijo Bach—. O se sabe el tema o no se sabe. Los nervios en los exámenes siempre se deben a que el alumno acude sin demasiada preparación.

— Pero —objetó Puck—, no es difícil ponerse nervioso.

— Bueno, pero no se debe esperar blandura del tribunal por eso. Porque si se sabe la asignatura no hay razón para tener nervios. Esa clase de nervios no existe.

Puck suspiró hondo. Era inútil hablar con él. Ni podía ni quería entenderla; pero ella había hecho todo lo posible. De él dependía el resto. Estaba en medio de la habitación y, de repente, se sintió extraña. Estaba mortalmente cansada y desconsolada. Tenía ganas de huir de todo.

Pero en aquel mismo instante se abrió la puerta y entró el reverendo Friis.

— Bueno ya va siendo hora de tomar el té —dijo—. La señorita Soerensen está haciendo unos canapés en la cocina. ¿Habéis tenido una agradable conversación?

Era una señal para Puck, como diciéndole: «Acuérdate de que tienes amigos». Aquello la hizo sentirse aliviada. ¡Que el tono de una voz pudiera significar tanto! La simpatía entre las personas era una cosa bien extraña, pensó.

El párroco miró a su joven colega, y de él pasó la mirada a Puck.

— Tenemos que organizar una fiesta para la juventud —dijo—. ¿Querrías ocuparte tú de esto, Christian? Podríamos hacerla justo después del final de curso, por la noche, aquí en la granja.

¡Imaginaos! Si el tiempo sigue tan bueno, podíamos colocar farolillos de colores en los tilos, y antorchas al lado del sendero.

— ¿Antorchas? —preguntó el teólogo—. Creo que hemos tenido ya bastante fuego.

Lo había dicho como una broma, pero no había alegría en su voz.

— Antorchas, sí — explicó el viejo pastor —. Se pueden fabricar con latas de conservas y aceite. Con un poco de cuidado, no hay peligro. Cantaremos, tomaremos refrescos y ponche, comeremos salchichas de Frankfurt y quizá alguien pronuncie un discurso. Yo mismo puedo pronunciarlo. Sí, haremos una gran fiesta y terminaremos con baile sobre el césped. Pero habrá que irse pronto a casa, porque es una lástima dormir mucho una mañana de verano. Lo haremos antes de que me vaya al hospital a hacer disfrutar a los médicos. ¿De acuerdo? Y ahora vamos a tomar el té.

Dio un golpecito amistoso en la espalda de Bach y sonrió amablemente a Puck. Los tres se fueron al comedor. El reverendo dominaba la conversación con su personalidad y logró crear un ambiente tan alegre y divertido que Puck se olvidó de su desagradable entrevista con Christian Bach. Aquello era toda una experiencia.

De repente miró su reloj y vio que, a pesar de los buenos consejos del párroco sobre «acostarse pronto y levantarse temprano», era ya muy tarde. Se asustó de momento, pero entonces se acordó de que la señorita Holm no había dicho nada sobre la hora de regreso.

Como se había entretenido en la casa del párroco, le sería fácil explicar su tardanza en regresar.

— Deberías acompañar a Bente — dijo el reverendo Friis a Christian Bach cuando Puck se estaba despidiendo —. Está bastante oscuro ahora.

— No se moleste —se apresuró a decir Puck—. En un momento llego al colegio. Además, tengo mi bicicleta.

— Bueno, yo no tengo bicicleta — se excusó el teólogo, un poco fastidiado. No le hacía mucha gracia tener que salir a aquellas horas.

Puck dio las buenas noches y fue por su bicicleta. Cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, dijo el reverendo Friis, un

poco serio:

— Me sabe muy mal que no la hayas acompañado, Christian. Es una responsabilidad grande dejar a una muchachita regresar sola por un camino tan oscuro.

— Es que... estoy seguro de que prefería ir sola —se defendió Christian Bach.

— Sí, yo también lo creo, y no me extraña lo más mínimo —dijo el viejo párroco y por primera vez su voz sonaba irritada—. No has hecho mucho para animarla, y esta chica vale mucho, para que lo sepas. Conozco a las personas y no me equivoco nunca. Pero, ahora...

— Será inútil correr tras ella —dijo Bach al comprender que su comportamiento no había sido correcto—. Pero puedo seguirla a cierta distancia sin que se dé cuenta, y protegerla. ¿Se sentiría más tranquilo así?

— Mucho; así que date prisa.

Puck mientras tanto, había llegado a donde estaba su bicicleta y, mientras abría el candado, se acordó de que había olvidado la linterna-farol. No había pensado que su visita a la granja del reverendo iba a prolongarse tanto.

De repente, pensó en los tres gamberros y en lo que habían dicho sobre el dinero del señor Bose. ¿Y si estaban robando en aquel mismo instante? Podía ocurrir de un momento a otro. La mayoría de la gente se había acostado ya, y el pastelero, a quien lo tocaba levantarse temprano por la mañana, seguramente hacía mucho rato que estaba durmiendo el sueño de los justos. ¿Y si fuera a echar un vistazo a ver qué pasaba?

Llevó su bicicleta consigo. Podía necesitarla. Pero un par de casas antes de llegar a la pastelería la dejó y siguió su camino, mientras procuraba buscar la sombra de las casas para evitar ser vista. Por detrás de la casa del señor Bose llegó al patio donde estaba el homo. Allí había una puerta de cristales que daba a la pastelería.

Cuando llegó al fondo del callejón, vio algo que se movía detrás de un saúco. Se quedó muy quieta. Por suerte, ella estaba en la sombra. Seguramente nadie podía verla.



De nuevo algo se movió tras el árbol. Al mismo tiempo oyó un sonido como si alguien rascara en la ventana de la pastelería. Una voz cuchicheó:

— Eh, tú. Ahí no.

— Calla... Ven aquí —respondieron desde la sombra.

Una silueta cruzó el patio y Puck pudo reconocer a uno de los gamberros. El otro estaba al lado de la ventana. ¿Dónde estaba el tercero? Quizá haciendo guardia en la tienda de campaña.

Trabajaban rápida y silenciosamente. Se oyó un ligero golpe en un cristal y el sonido de fallebas que eran abiertas. Puck dio la vuelta para salir corriendo del patio. Tenía que encontrar al jefe de policía. Esta vez no podía fallar. Ahora tenía la posibilidad de atrapar a los gamberros «in fraganti». Tenía que pedir ayuda, pero era importante salir sin ser vista, para que los tipos aquellos no huyeran antes de la llegada de la policía.

Puck era rápida como un gato. Corrió sobre los adoquines del patio y llegó hasta el callejón. Pero en el mismo instante una sombra saltó sobre ella y la sujetó con fuerza. Puck lanzó un grito, cortado por una mano que le tapó la boca. Estaba atrapada.

— No tan de prisa, nena — sopló una voz en su oído, y las manos que la habían atrapado apretaron tan fuerte que Puck estuvo a punto de gritar de dolor.

Pero en aquel momento oyó pasos, y algo zumbó en el aire justo al lado de su sien. Sintió como la presión sobre su brazo y boca se aflojaba. Escuchó el ruido sordo de golpes rápidos, un jadeo y una caída.

Todo ocurrió tan velozmente que tardó algún tiempo en darse

cuenta de lo que había pasado.



El callejón estaba oscuro como boca de lobo. Puck no podía distinguir las caras, y le era imposible imaginar quiénes tomaban parte en la pelea. Lo único que sabía era que la batalla era dura.

Entonces vio como alguien cruzaba corriendo el patio, y comprendió que eran los otros dos gamberros que acudían en ayuda de su camarada.

Nadie la retenía ya, y no tardó en salir del callejón, en busca de ayuda. No había tiempo que perder. Corrió hacia la casa del jefe de policía pero, cuando llegaba a la altura del escaparate del señor Bose a recoger su bicicleta, vio una figura alta y fuerte cruzar la calle, y escuchó la sonora voz del mismísimo jefe de policía, el señor Mikkelsen:

— Un momento. ¡Alto!

Puck hubiera gritado de júbilo.

El policía había llegado hasta ella. Era rápido.

— ¿Qué es eso, jovencita? —preguntó, regañón—. ¿Dónde está el faro de la bicicleta?

La situación era tan absurda que Puck estuvo a punto de lanzar una carcajada. Pero desde el callejón llegaba el ruido de la feroz pelea.

— ¡Están intentando robar en la pastelería! —gritó—. ¡Alguien lucha en el callejón que da al patio! ¡Corra!

— ¿Sí? —dijo el jefe de policía—. Creí que era cosas de chicos.

En un santiamén el señor Mikkelsen había llegado al callejón. Puck pensó en lo rápidamente que podía moverse aquel hombretón en una situación de emergencia. Una figura negra salía como un

rayo del callejón a la calle, en un intento de huida, pero el jefe de policía le atrapó por el cuello de la chaqueta.

— ¡Un momento! ¡No tan de prisa!

Puck le vio arrastrar al mayor de los tres gamberros, de regreso al callejón. No logró ver lo que pasó después; pero los tres tipos aquellos no tardaron mucho en ser sacados de nuevo a la calle por el jefe de policía y..., Puck no creía a sus propios ojos y los abrió desmesuradamente....: por Christian Bach.

Jadeó. Aquello era sensacional. No hubiera creído jamás que el paliducho y estudioso teólogo fuera capaz de boxear. Él había sido su defensor en el momento de peligro. Desde la oscuridad había venido para salvarla de su agresor. Aquello era fantástico. ¡Era un héroe! Puck estaba muy impresionada.

— Tenemos que meter a esos tipos en un lugar seguro, para que no escapen —dijo el jefe de policía—. Los encerraré en mi sótano. Allí pueden estar refrescándose hasta mañana. Ven conmigo, hijita, pero no montes en la bicicleta; a esta hora no puedes ir sin faro.

Puck no podía evitar la risa. Así era aquel policía, al que casi había despreciado. ¡Qué equivocada había estado! No le faltaban ni decisión ni valentía ni rapidez. Pero no se le olvidaba la hora de llevar obligatoriamente encendidos los faros de las bicicletas. ¡Fantástico!

Les siguió y se quedó esperando delante de la casa del policía, mientras los tres gamberros eran encerrados en el sótano y Mikkelsen echaba la llave. Las ventanas tenían rejas, así que no había escapatoria posible.

— ¿Dónde dormirán? —preguntó Puck.

— Hay un par de viejos sofás alla abajo, así que no necesitan estar de pie. Pueden dormir perfectamente —rió el señor Mikkelsen—. Mañana hablaremos con ellos. Pero ahora tendrás que regresar al colegio; te voy a prestar una linterna.

— Ya me encargo yo de que llegue a casa sin novedad —prometió Christian Bach.

El teólogo estaba aún jadeante después de la pelea y, a la luz del vestíbulo, Puck vio que su ropa tenía algún desgarrón. Sin embargo, parecía haberse divertido en grande.

— ¿Se puede saber que ibas a hacer en esta expedición nocturna? —dijo el joven, cuando ya se habían despedido del jefe

de policía y estaban en camino al colegio—. Esas cosas son demasiado peligrosas para una chiquilla como tú.

Era la primera vez que hablaba a Puck en un tono jovial y amistoso. Estaba asombrada. En realidad, era bueno aquel joven tan raro, que se había portado hasta entonces tan mesurada y fríamente, tan irónico e irreconciliable. Era difícil conocer a las personas.

— Les había oído planear el robo de la pastelería.

— ¿Cuándo oíste eso?

— El otro día, mientras estaba comiendo un helado al lado de la leña; la hierba era alta y no me vieron. Hablaban de que se había acabado su dinero y querían buscar más. Fue mientras lo estaban planeando cuando prendieron fuego por accidente en las ramas secas. Huyeron en seguida. Por eso no los vio usted cuando fue hasta la valla del cementerio.

— Cuéntame algo más — dijo Christian Bach.



Y Puck le contó sus aventuras, mientras el joven teólogo la escuchaba con mucha atención. De vez en cuando, si no entendía bien alguna cosa, interrumpía para preguntar. Al final dijo:

— Veo que has tenido bastantes problemas últimamente. Seguro que has estado demasiado ocupada para preparar bien los exámenes.

— Sí — dijo Puck —. Quizá sí; pero ahora todo irá bien.

Habían llegado a la entrada del colegio. Puck se volvió hacia él y le tendió la mano.

— Buenas noches, y gracias por su ayuda. Muchísimas gracias por su intervención, pastor Bach.

— No soy pastor — rió el joven —. Sigues llamándome así, pero no soy pastor..., aunque desgraciadamente estoy a punto de serlo. El pastor Friis me ha pedido que ocupe su lugar durante su estancia en

el hospital.

— Iremos con gusto a escucharle — dijo Puck —. Cuando en el colegio se enteren de que ha luchado usted contra tres gamberros, la iglesia estará tan llena que no cabrá ni una mosca.

— ¡Escucha...! —empezó el teólogo, pero rompió a reír.

Aquella chica valía mucho. Empezó a comprender a su viejo colega. Era una muchacha extraordinaria.

— Más vale que te acompañe hasta el edificio — dijo —. Hay luz en la ventana del director y creo que necesitas que alguien explique tu regreso tan tarde. Ven.

La puerta estaba cerrada y tuvieron que llamar. El director tuvo que abrir la puerta. Llevaba su pipa en la boca y no parecía sorprendido.

— Se te ha hecho bastante tarde, ¿no te parece? — dijo.

— Puedo explicarlo todo — dijo Christian Bach —. ¿Podemos entrar un momento?

— Naturalmente. Usted siempre es bien venido. Pero Puck creo que debe irse a la cama. ¿O...?

— ¿No podía darle diez minutos más? —suplicó Bach—. Me gustaría que ella me ayudara a explicar nuestra aventura.

— Muy bien; ven entonces. Vamos a tomar una taza de té —rió el director.

Cuando entraron en la salita, la señora Frank estaba plegando su costura. Poco después, los cuatro estaban sentados alrededor de la mesa. El matrimonio escuchaba con asombro y espanto el relato de Bach sobre la lucha en el callejón.

— Fue el párroco quien me convenció de que era irresponsable dejar a una jovencita como ella regresar sola a estas horas de la noche, así que la seguí como una especie de... ángel guardián. No pensé ni por un momento que iba a necesitar me, pero ¡sí, sí!... Tienen que perdonar mi aspecto, pero esos tipos eran fuertes como osos y rápidos como monos... Usaban un lenguaje como para espantar a un teólogo. Pero no tuvieron oportunidad de huir, ¿verdad, Puck?

Puck sonrió. No sólo era valiente, sino también agradable y divertido.

— Usted se portó fabulosamente bien — dijo llena de admiración.

— Pero hay una cosa que no comprendo — dijo el director, recostándose en el sillón mientras buscaba su petaca en el bolsillo —. ¿Qué hacías tú en la granja del reverendo? ¿Por qué fuiste? ¿Tenías algo que hacer allí?

Puck se puso colorada. No habían tocado este aspecto del asunto.

— Fui a disculparme con el pastor..., quiero decir con el señor Bach.

Y empezó a contarle todo, pero sin mencionar a Annelise. Cuando terminó, el director dijo:

— ¿Fuiste a pasear sola a caballo?

Puck bajó la vista mirando la alfombra. La señora Frank vino a socorrerla:

— No, no estaba sola, y eso es lo que la ha torturado desde entonces, ¿verdad, Puck?

Puck movió afirmativamente la cabeza. La señora Frank continuó:

— Annelise y Puck paseaban juntas, como lo hacen con frecuencia. Yo estaba casualmente en el camino y lo vi todo.

Puck se sobresaltó. Por eso la señora Frank había sabido aconsejarla tan bien; pero no había dicho nada a su esposo hasta aquel momento. ¡Vaya compañerismo más extraordinario! Puck la miró con una sonrisa radiante.

Más tarde, cuando estaba en su cama del «Trébol de Cuatro Hojas», escuchando la respiración regular de sus tres compañeras dormidas, recordó de nuevo todos los dramáticos hechos de la noche. Era como una película de suspense.

Cuando al final se durmió, soñó con gamberros que, montados en motos, saltaban la valla de piedra del jardín del pastor para caer en los brazos del jefe de policía, que estaba gritando: «¿Dónde está el faro de la bicicleta? ¿Dónde está el taro de la bicicleta?»

* * *

Habían pasado varios días. Puck los había aprovechado para repasar las diferentes asignaturas. Se dio cuenta de que tenía mucho que aprender. Sobre todo en Física. Era una asignatura donde nunca había brillado. Su profesor, el señor Josiassen, movía con pesimismo su cabeza de sabio, delgada, como esculpida a hachazos, cuando le tocaba a Puck explicar un tema.

— Las chicas —solía decir— no tienen ni idea de las asignaturas que requieren cerebro.

De tanto oírlo, por lo menos sabían eso.

Una tarde, Puck se levantó de su mesa y se estiró. Había trabajado mucho. Necesitaba respirar aire libre.

— ¿Alguna de vosotras quiere acompañarme al bosque? —preguntó.

Sus tres compañeras movieron espantadas las cabezas, declarando que no tenían tiempo. Puck se fue sola y, en realidad, estaba contenta de que así fuera. Siguió su ruta acostumbrada, pasando por la casa del guardabosques, por la parte oeste del lago Ege, cuando de repente vio una figura solitaria paseando entre los árboles. Al acercarse más, vio que se trataba de Christian Bach. En aquel instante levantó la vista y la saludó con la mano. Puck dejó el sendero y corrió a su encuentro.

— Hola, diablillo — saludó el joven teólogo, sonriendo—. ¿Qué nuevas travesuras has cometido? Hace mucho que no te veo.

— No tengo tiempo para travesuras —rió Puck—. Estoy estudiando y no me queda tiempo para otra cosa. He salido para tomar un poco el aire antes de regresar con los libros.

Bach suspiró hondo.

— Qué suerte tienes — dijo —. Si tuvieras tantas cosas en qué pensar como yo... Sólo tienes que aprender cierta cantidad de páginas, pasarás el examen y, después, vacaciones, diversión, fiesta y jaleo.

Puck le miró sorprendida. Qué hombre tan asombroso. ¿Dónde quería ir a parar?

— Pero... ¿Qué le pasa? —preguntó compasiva, pero sin entender nada.

Bach hizo un gesto de desesperación.

— ¿Por qué crees que me paseo sin descanso por el bosque?

— No tengo la menor idea.

— Estoy aprendiendo de memoria mi primer sermón en la iglesia de Oesterby —dijo.

— ¿Cómo?...

— Sí, estoy ensayando. En la granja no puedo ir hablando en voz alta. La señorita Soerensen creería que me había vuelto loco. Así que he venido aquí, donde nadie me puede oír, y aquí me

tienes: un pobre hombre que ha sido sacado de su estudio y su biblioteca y empujado ante el público para decir un sermón. ¡Un sermón de domingo normal y corriente, en una iglesia parroquial normal y corriente!

— ¿Cuándo? Iremos a escucharle, pastor Bach... ¡Ay, perdone!

— Ahora sí que me puedes llamar pastor —rió Bach—. El reverendo Friis ha decidido oírme hablar en, la iglesia antes de ingresar en el hospital, así que empiezo ya el domingo.

— ¡Y el sábado es el examen de Física! —explotó Puck.

Bach dijo que sí con la cabeza.

— Lo se. Ni siquiera tengo el sábado para prepararme.

Hizo una mueca cómica. Puck empezó a comprender algo que la llenó de asombro. Un triunfo pequeño, pequeñísimo: Christian Bach estaba nervioso, nerviosísimo.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, él dijo:

— Ya veo que te hace gracia. Admito que estoy algo preocupado. Es algo tan nuevo para mí tener que enfrentarme con una parroquia, sobre todo porque muchos son viejos compañeros de colegio y conocidos míos. Sería más fácil si todos fueran desconocidos; pero...

— ¿Está usted... nervioso? —preguntó Puck vacilando, y al mismo tiempo sonrió.

— Nerviosísimo —dijo—. ¿Qué voy a hacer?

Puck vaciló. No podía contenerse:

— El nerviosismo sólo significa que el alumno no sabe la asignatura.

Bach rio e hizo un gesto con la mano, como para darle un cachete.

— No se te escapa nada, ¿eh? — dijo —. Tengo que darte la razón. El nerviosismo puede tener otras causas, además de la sensación de haberlo olvidado todo. Nunca había estado nervioso por un examen, pero éste..., este examen del domingo es lo peor con que he tenido que enfrentarme hasta ahora.

Pero más te vale volver con tus libros de Física. Yo seguiré con San Lucas Evangelista y la parábola del hombre rico. Si no pasa nada extraordinario, te veré el sábado ante la mesa verde de los exámenes.

— ¡Y yo el domingo en la iglesia! — rió Puck.

Cuando había llegado cerca del colegio se encontró con Annelise. Puck estaba de tan buen humor después de su conversación con el pastor Bach, que la saludó con una ancha sonrisa y un alegre ¡Hola! Annelise le devolvió la sonrisa y el saludo, y las dos amigas se quedaron un poco confusas. Ninguna de las dos sabía qué decir.

— ¿Has ido a pasear? —dijo finalmente Annelise.

La pregunta en realidad no era muy inteligente.

— Necesitaba una pausa en el trabajo —dijo Puck—. Estos estudios me están poniendo nerviosa.

— ¡No exageres! ¿Crees que... será muy severo ese Bach que va a actuar como examinador en Física?

Puck se encogió de hombros. No podía contestar a aquella pregunta. Una cosa era que el pastor Bach y ella se hubieran hecho amigos después del desagradable asunto, y otra bien distinta era saber en qué forma juzgaría a los alumnos en el examen del sábado. Era una especie de científico, se dijo a sí misma, y ese tipo de gente no comprende que las personas normales a veces no entiendan las ideas en el acto.

— Por lo menos se portó fenómeno la otra noche, cuando dio una paliza a esos tres gamberros — añadió Annelise, sin disimular su entusiasmo.

Puck dijo que sí con la cabeza. Annelise continuó:

— Sé muy bien que tanto el director como el joven teologo saben que fuimos nosotras las que saltamos por la valla aquel día. Es extraño que no me haya llamado para regañarme. ¿Lo comprendes tú?

— Sí — dijo Puck, que estaba contenta porque había sido Annelise quien hablara primero del asunto —. Para ser franca creo que está esperando a que vayas tú. No le interesa regañarte. Le interesa que nos portemos bien.

— Y opinas que yo me he portado mal, ¿verdad? —preguntó Annelise con tono de voz provocativo.

Puck hizo un esfuerzo.

— A esa pregunta debes contestar tú misma — dijo —. ¿No te parece?

La mirada de Annelise vagó un poco. Sonrió irónica, pero algo avergonzada.

— Creo que me he portado horriblemente — dijo.

Puck la hubiera abrazado. Así era Annelise: llena de ideas raras; pero, en el fondo, buena y sincera.

— Sin embargo, pienso arreglarlo todo. Hablaré con el director y me impondré un castigo, para que veáis que no temo las consecuencias de mis actos. Bueno, me voy; hasta luego.

Dio un golpecito amistoso en el hombro de Puck y se fue corriendo. Puck la siguió con una mirada feliz y radiante.

* * *

Hacía mucho que Puck no había estado tan contenta como aquella noche. Era como si todas las dificultades que se habían amontonado en torno a ella durante los últimos tiempos, se hubiesen derretido como el hielo. Cuando pensó en los acontecimientos de los días pasados, le pareció que todo lo violento y dramático en torno a la desagradable visita de los tres gamberros a Oesterby, era lo que menos le preocupaba.

Se sintió filósofa pensando en lo extraño que resultaba que una serie de problemas, en sí sin importancia, pudieran encadenarse y convertirse en dificultades casi irresistibles y luego, como por encanto, se desvaneciesen como la niebla para volver a dejar el cielo azul.

Volvió a su memoria algo que había aprendido en geografía sobre los troncos flotantes de los ríos de Finlandia. Basta con que un solo tronco se cruce en el agua, para que todo el cauce se obstruya. Lo mismo ocurre con los problemas de la vida; pero si se logra separar ese tronco atravesado, los demás siguen su curso, como si nada hubiera pasado.

Seguramente la conversación con Annelise era lo que más feliz había hecho a Puck. Le había demostrado que su amiga, a pesar de su genio difícil, que de vez en cuando engañaba tanto a ella como a los demás, era buena, honrada y agradable.

Sin embargo, le hubiera gustado saber lo que Annelise pensaba cuando dijo que ella misma se impondría un castigo y que no temía las consecuencias de sus actos. ¿Imponerse un castigo a sí misma? La gente no se imponía castigos. Era estupendo que Annelise estuviera dispuesta a hablar con el director Frank. Eso significaba que por fin se había dado cuenta de lo que debía al compañerismo y la buena moral del pensionado de Egeborg. Pero Puck no

comprendió como iba a imponerse un castigo. Seguramente era sólo una forma de hablar.

Cuando a la mañana siguiente Puck bajó a desayunar, le esperaba una sorpresa. Al entrar en el comedor oyó grandes risas, y vio en un rincón gran número de alumnos alrededor de algo que no logró distinguir. Alboroto la vio e hizo un gesto para que se acercara.

— Ven, Puck. Mira esto.

El centro de la curiosidad era un libro. Iba de mano en mano y era mirado con gran entusiasmo.

— ¿Qué pasa? —preguntó Puck—. ¿Qué hay en ese libro que lo hace tan divertido? ¿De dónde lo habéis sacado?

— Estaba aquí, sobre la mesa — explicó Alboroto —. Alguien lo abrió. El libro es normal y corriente, ni sé cómo se titula; pero mira lo que pone en la primera página.

Alguien tendió el libro a Puck, quien prefirió ver primero el título. Se trataba de «Oliver Twist», de Dickens, y en la primera página había un verso escrito:

En la vida hay que mostrar
valentía ante el peligro,
cuidar mucho la amistad,
ser responsable y sincero,
aunque amenace un castigo.

Y debajo estaba escrito con letras grandes:

De cobardes como Annelise Dios nos libre,
porque abandonan a los amigos con solo oler al tigre.

Puck no podía dejar de reír. Quien hubiera escrito aquello había dado en el clavo. Pero ¿quién podía ser el desconocido poeta difamador, que pasaba el rato escribiendo en los libros de los demás? No estaba bien, aunque Puck hubo de admitir que el tal poeta tenía sentido del humor.

— ¿Sabéis quién lo ha escrito? —preguntó a Alboroto.

— Ni idea, pero está muy bien hecho. Conforme los alumnos llegaban al comedor, iban leyendo el libro. Cuando por fin entró Annelise, fue el blanco de risas y burlas; pero, hay que admitirlo, ella lo tomó muy bien, riéndose a carcajadas con los demás.

Después del desayuno hubo una pequeña pausa antes de empezar el repaso del día. Cuando Puck salió al parque vio a

Annelise y a Karen pasear bajo los árboles. Corrió hacia ellas. Annelise tenía bajo el brazo el libro con la poesía satírica.

— Quiero decirte, Annelise, que te has portado estupendamente al no enfadarte por este verso — dijo Puck.

— ¡Ah, eso! — dijo Annelise, poniéndose colorada —. Me dio mucha risa.

— No lo entiendo —dijo Karen—. Cuando me escribieron aquello en mi libro, me puse muy triste. Pero quizá fue porque mi madre había escrito el verso original. Por cierto, ¿quién escribió el verso en tu libro, Annelise?

Annelise vaciló un momento. Estaba confusa. De repente Puck lo comprendió todo: Aquél era el castigo que su amiga se había impuesto a sí misma. Ella era quien había escrito el verso, era quien había dejado el libro en el comedor para ser el hazmereír de todos los compañeros.

Enseñaría, a los que fueran capaces de entender, que ella estaba dispuesta a recibir su castigo por lo que hizo. Estaba bien pensado. Había sido muy valiente por su parte. Pero había demostrado otra cosa a Puck.

— Bueno — dijo ésta —. Me voy. Sólo quería decirte que en mi opinión estaba muy bien hecho.

Su mirada se cruzó con la de Annelise. Le guiñó el ojo en señal de complicidad. Por la expresión de la cara de Annelise comprendió que la había entendido.

— Pero no me explico quién ha querido ponernos en ridículo — dijo Karen—. Seguramente no lo sabremos nunca.



Annelise movió la cabeza. Puck dijo:

— No, y tampoco vale la pena pensar más en eso. Quienquiera que fuera el poeta o poetisa, quizá, a pesar de todo, haya hecho un trabajo útil. Dejemos que siga siendo un secreto la personalidad de ese o esa que escribe en los libros de los demás.

Sin que Karen lo notara, volvió a guiñar el ojo a Annelise, dio la vuelta y corrió hacia el edificio principal del colegio. Se sentía muy feliz. No solo Annelise se había impuesto el castigo de ser el hazmereír de todos, sino que con su verso había hecho causa común con Karen. Y aquello era justamente lo que Karen necesitaba.

Puck no había conocido hasta entonces el talento poético de Annelise. Ahora el cielo estaba limpio, sin una nube. Solamente quedaba una pequeña amenaza: el examen. Pero no había más remedio que enfrentarse a él deportivamente y esperar que los examinadores no fueran demasiado severos.

Al fin llegó el día en que, para terminar los exámenes, sólo faltaba una asignatura: La Física.

Con el sábado llegaron los nervios. De repente, todos tuvieron la sensación de haber estudiado poco y mal y de que, además, les iba a tocar un tema que no habían tenido tiempo de repasar. Puck empezó a dudar de la amabilidad de Christian Bach.

Seguramente, como examinador, sería muy distinto de aquel joven que había dado una paliza a los gamberros en el callejón de la pastelería. Seguramente aquel sabio científico les estaría escuchando con una sonrisa irónica. Seguramente no le quedaría mucha benevolencia.

Puck iba y venía ante el aula de los exámenes sin querer entrar en razón. Tanto Inger como Navio intentaron calmarla, pero en vano. Su nerviosismo crecía por momentos. La cabeza le daba vueltas. Sus labios estaban secos y sus piernas temblaban. Nunca en su vida había tenido tanto miedo a un examen. Tenía que salir bien. Pero ¿qué podía hacer ella? ¿Cómo lo lograría?

La llamaron por su nombre. Hubiera querido que se la tragara la tierra. ¡Si pudiera desaparecer! Pero no había salida.

Alguien le abrió la puerta, y ella entró en la clase.

Allí estaban, sentados alrededor de la mesa, y allí estaban las papeletas sobre el tapiz verde. Puck sintió temblar sus piernas, pero se acercó hasta la mesa. También sus manos temblaban. Se sentó en la silla.

Se hizo una pequeña pausa. Puck levantó la vista y su mirada se cruzó con la de Christian Bach...

¡Estaba sonriendo, animándola! Su nerviosismo se evaporó como el rocío bajo el sol. Los ojos de Bach eran amables; su sonrisa

amplia. Toda su actitud era agradable y casi amistosa. Se rió un poco y dijo:

— Antes de empezar quiero decir que retiro todo lo que dije sobre nervios en los exámenes. No olvides, Puck, que mañana me toca a mí, y que tú vas a actuar como examinador.

Puck se apoyó en el respaldo de la silla y le miró. Una sonrisa apareció en su rostro. Se sentía a salvo. ¡Claro que todo iría bien! Naturalmente, sabía la asignatura, había estudiado mucho. No tenía porqué temer.

— Escoge una papeleta, Puck — dijo Josiassen.

Sin vacilar, la muchacha alargó la mano y tomó una de las papeletas. Daba igual cuál fuera. Ella estaba segura de aprobar. ¡Y lo consiguió!

El resto del sábado fue una gran fiesta. Había helados gratis en la pastelería del señor Bose, que así cumplió la promesa hecha a Puck, cuando supo su papel durante el intento de robo.

Hasta la señora Bose se mostró agradable y admitió, delante de su esposo, que los chicos del pensionado de Egeborg valían mucho. Puck había sacado un ocho, y estaba más que contenta. Sus notas trimestrales en Física, durante el curso, no llegaron a tanto, y además no había recibido un ocho de regalo, sino que se lo había ganado contestando muy bien.

Por la noche fue a La Gran Granja. Annelise había invitado a algunas amigas. Karen estaba allí, también Navio e Inger y un par de chicas más. Hacía un tiempo espléndido, y tomaron el té en el jardín. A su regreso al colegio cantaron a todo pulmón, y el humor fue excelente.

Al día siguiente, Puck se levantó temprano y se puso uno de sus vestidos más bonitos. Buscó su libro de salmos y se fue con sus compañeros a Oesterby. Habían decidido ir todos a la iglesia para escuchar el sermón de Christian Bach.

Ya estaba el pastor en el pulpito. Puck le miró nerviosa. Estaba muy pálido y serio. Puck le comprendía. Lo que sentía él ahora lo había sufrido ella el día anterior, cuando iba hacia la mesa verde.

Él no se precipitó. Estuvo un momento consultando sus notas, luego dejó correr su vista por toda la Iglesia y, por un momento, su mirada se cruzó con la de Puck, que sonreía para darle ánimos. Y Christian Bach le devolvió la sonrisa casi imperceptiblemente. Sólo

Puck se dio cuenta de que la había visto, y de que él había comprendido su señal. Carraspeó levemente y empezó a hablar.

Fue un buen sermón; claro, cordial, razonable, y noble todo fácil de comprender. Habló en un lenguaje moderno, sin abusar de palabras rebuscadas y solemnes. Explicó la historia del hombre rico, que se olvidó de los auténticos valores de la vida para dedicarse a amontonar tesoros.

— Hay que tener en cuenta — dijo —, que riqueza no significa dinero únicamente. Riqueza pueden ser también los valores humanos, con los que podemos ayudar a otros, apoyarles y animarles. No debemos ser mezquinos ni con el dinero ni con esta otra forma de riqueza. No debemos satisfacernos sólo a nosotros mismos, como el hombre rico de la parábola, sino que debemos compartir nuestra riqueza demostrando confianza, benevolencia, amistad, comprensión y clemencia. Entonces nuestra riqueza, y cada persona la posee en alguna forma, servirá para dar felicidad y alegría a nuestros semejantes...

Eso era algo que todos comprendían. Puck estaba escuchando con gran alegría; sentía que ella formaba parte de aquel sermón. Cuando el culto religioso había terminado, el pastor salió a la puerta de la iglesia para saludar a cada uno de los feligreses. Cuando Puck salía, él la saludó con un apretón de manos y una sonrisa cordial.

— Pasé el examen — dijo Christian Bach.

— Usted me puso un ocho —rió Puck—. Yo le pongo un sobresaliente hoy.

— Gracias, severo examinador — rió Christian Bach—. Nos veremos en la fiesta de final de curso que celebraremos en el jardín del reverendo.

Con la alegría jubilosa que sólo conoce quien acaba de pasar por un examen difícil, Puck salió al sol.

